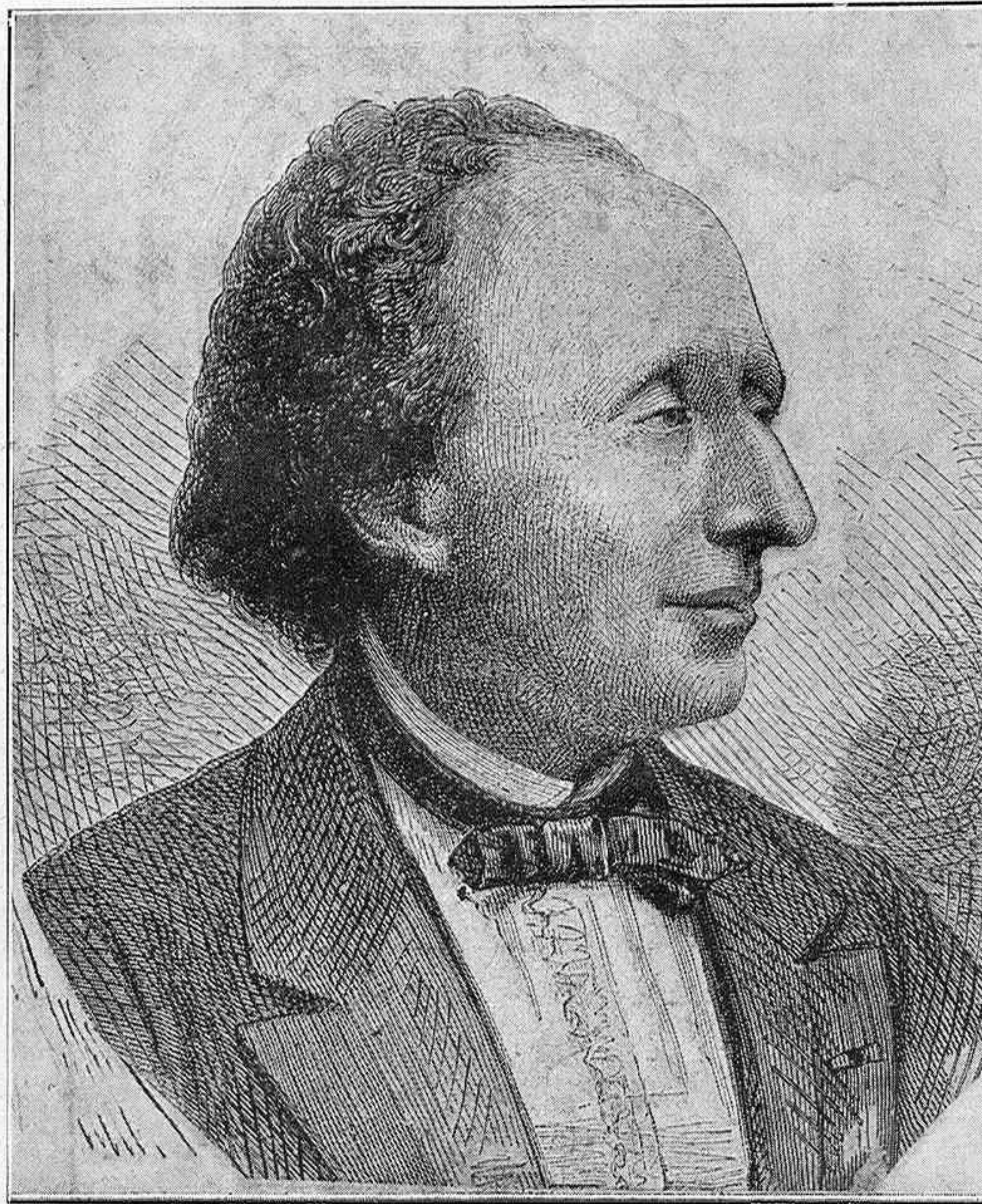


JULIO ROMERO DE TORRES

El eximio pintor cordobés, según uno de sus últimos retratos, magnífica obra del gran fotógrafo don Miguel Andrés

DE LA VIDA QUE PASA

RECORDANDO A UN NARRADOR DE CUENTOS



HANS CRISTIAN ANDERSEN
Popular cuentista danés, cuyo 125 aniversario celebra Dinamarca en el mes actual con gran esplendor

La Biblioteca Nacional de Francia—regida por un administrador general, que estos días ha sido nombrado prefecto del departamento del Rin meridional y substituído por Jules Cain, funcionario no técnico—inaugurará el próximo día 27 de Mayo una Exposición literaria, bibliofílica y artística, consagrada al cuentista danés Hans Cristian Andersen. Pocos escritores alcanzaron en el pasado siglo mayor celebridad. Su patria, conmemorando el cumplimiento de los ciento veinticinco años de su nacimiento, le ha consagrado un bello monumento y está celebrando suntuosas fiestas, dedicadas casi exclusivamente á los niños. En las escuelas, durante varios días, los maestros contaron la vida de Andersen, hijo de un zapatero remendón, pobrísimo y torpe aprendiz de varios oficios, andariego buscador de su pan de cada día, que gastaba en libros cuantos ores podía hurtar á la mermada satisfacción de sus necesidades. Andersen es la representación de la voluntad, del sacrificio y de la ternura de corazón. Escribió novelas, dramas, narraciones de viajes, sin lograr apenas éxito; antes al contrario, críticos implacables, á quienes la posteridad recuerda no por sus escritos, sino por haber acibarado la vida de Andersen, se ensañaron contra el pobre escritor, de estilo desmayado y tosco, de cultura limitada y desordenada. Un día, Andersen escribió un cuento dedicado á los niños, y su ingenuidad, su bondad, su espíritu de misericordia y conmiseración, sus palabras llanas, su estilo claro como agua de manantial, conquistaron la admiración de todos los pequeños daneses. Fueron ellos los que alentaron al escritor y forjaron su fama, que corrió el mundo entero. Cuando murió, en 1875, ya habían sido traducidos los cuentos á todos los idiomas que se hablan en Europa y á varios de los que se hablan en Asia. Los críticos, en cambio, Hertg, Heiberg y otros, apenas eran conocidos en la misma Dinamarca.

El 30 de Abril se celebró el homenaje de los niños daneses á su cuentista genial. Acompañados de sus maestros, llenaron la plaza del Municipio para presenciar el desfile de los personajes imaginados por el glorioso narrador. El censo andersiano, más afortunado que el de nuestro Galdós, fué ultimado hace tiempo, y así ha podido ahora representarse á los ochocientos y pico de actores de los cuentos... Un clamor continuado iba designando á los personajes en su desfile y recordando los títulos de cada narración. Terminado el desfile, el alcalde de Co-

penhague invitó á los niños á gritar tres veces «¡hurra!» en loor del mago escritor que les había entretenido y regocijado tantas horas y había puesto en sus cerebros gérmenes de ideas que fructificarían lozanas con la edad. Y los niños gritaron tres veces «¡hurra!», con un clamor que, transmitido por la radio, repercutió en toda Europa, y aun pasó el mar en varias direcciones. Finalmente, se llevó á los niños al Teatro Real, donde se representó un cuento de Andersen, la *Historia de una madre*, puesto en acción por un escritor contemporáneo.

Los periódicos han dedicado numerosas páginas á estudiar la figura y la obra del original narrador; los escaparates de las librerías mostraban la variedad de sus ediciones, y por todas partes, al lado de la bandera nacional, roja y blanca, leíase esta inscripción: «¡Por Andersen ha sido glorificada Dinamarca en el mundo!»

Un periódico tuvo la donosa idea de preguntar á los niños: «¿Qué cuento de Andersen prefieres tú y por qué...?» Y las respuestas han dado idea de lo que será el minúsculo reino danés en el porvenir, trocados en hombres los niños del presente. El hijo del jefe del Gobierno actual—Gobierno socialista en una monarquía secular—ha respondido en esta encuesta: «Yo prefiero á *Juan el Torpe*. No se amedrenta ante los reyes y las princesas, y penetra, lleno de decisión, en todas partes, montado sobre su cabra.»

En la inauguración del monumento, alzado á la entrada del puerto, junto á los jardines del Palacio real, el jefe del Gobierno, en un breve discurso dirigido á los niños, afirmó que el danés que había sido útil á su patria, el más grande, el más glorioso, fué este Andersen, que supo conmover el corazón de millones de niños en el

mundo entero. La conmemoración de esta fiesta ha repercutido no sólo en Francia con su Exposición andersiana en la Biblioteca Nacional, sino en Inglaterra y en Alemania, donde el narrador de cuentos infantiles es considerado como un mago benefactor. En España también se hicieron diversas traducciones y numerosas ediciones de sus cuentos. Debemos á Andersen alguna gratitud, porque en un relato de viaje hecho por España nos trató con cordial consideración, en una época en que franceses é ingleses habían puesto de moda hacer las más disparatadas narraciones de nuestras costumbres. Es lástima grande que en España no se haya recogido esta iniciativa y no se haya celebrado en las escuelas la conmemoración de

aquella fecha, para decir á los niños, cuando menos, cómo merece recordación y admiración este hombre que desde la humildad de su origen llegó á alcanzar la estimación de los doctos y de los buenos. Tan pobres eran los padres de Andersen, que para disponer de lecho nupcial tuvieron que aprovechar, recibidas de limosna, las maderas que habían servido de catafalco en los funerales del conde de Trampe, y que conservaron mucho tiempo adheridos pedazos de tela negra. En este lecho nació Juan Cristian Andersen, en 1805. Poco después, para poder sustentarlo y criarlo, su madre había de pedir limosna. Y luego, él mismo ha de conocer la tristeza y el dolor de la infancia desvalida. Así, su corazón se colmó de misericordia para los niños.

Esta evocación de Andersen tiene, además, algo de rectificación en la pedagogía de los pueblos nórdicos, que tanta influencia ha ejercido en las naciones latinas, tan propicias á la imitación. Se nos había dicho que la superioridad de los pueblos sajones se debía á los métodos de educación, que inclinaban á los niños hacia la devoción, la práctica y la admiración de la fuerza, y copiamos los ejercicios rítmicos de los suecos y el esculatismo de los ingleses, con uniforme y vocabulario, y los deportes de los noruegos, y hasta la gimnasia entrenadora de los finlandeses... Y he aquí que ahora Dinamarca, la maestra espiritual de todos los pueblos del Norte, proclama: «Nuestro hombre más grande y glorioso es aquel mago narrador, de origen humilde, que supo conmover el corazón de nuestros niños...» Vean los maestros españoles, y aun los gobernantes españoles, si no vale la pena de recoger esta lección...

DIONISIO PEREZ

NINGUNA teoría científica es rechazable de plano; ninguna tampoco puede ser admitida sin más garantía que la elocuencia de su autor; he aquí lo primero que se ocurre ante las conferencias tan honda y fundamentalmente interesantes que el doctor médico don Camilo Calleja ha comenzado á dar en el Ateneo, rotulando la primera *El secreto de la gravitación por medio de nuevos estudios de física biológica*.

Después de oír al conferenciante, ambos convencimientos se aferran aún más al espíritu; las hipótesis, las ideas del doctor Calleja son muy atrevidas. Están, en mucho, en contradicción con conceptos científicos secularmente admitidos; pero, «¿Por qué no?» Ni sería la primera vez que las ideas científicas admitidas como axiomas, y viejas ya por serlo, ceden, más ó menos trabajosamente, el campo á las ideas nuevas, ni hubo jamás idea genial que no fuese atrevida.

Por otra parte, la ciencia, que parece explicarlo todo y que de tal presume, suele á veces conformarse con la descripción de los fenómenos y con un nombre, una etiqueta científica, que muchas veces no pasa de ser una hipótesis sin demostrar, aunque en su apoyo puedan ser citados muchos hechos y construidas muchas demostraciones matemáticas.

Sin pensar más que en Einstein, ya que de teorías de la gravitación se trata, podría sentirse una inclinación fuerte para admitir, por lo menos provisionalmente, las teorías del doctor Calleja.

Tal como el eminente médico las expuso en el Ateneo son, además, muy atractivas y tienen la ventaja de hacer intervenir en la mecánica general del universo un factor hasta ahora menospreciado ó, por lo menos, no tenido en cuenta: la acción termodinámica de los seres vivos, que, como toda fuerza, evidentemente ha de tener una acción que en el fondo bien pudiera ser la que el doctor Calleja indica; no hay, en efecto, ninguna verdadera demostración científica que se oponga á ella, y el espíritu se siente inclinado, ganoso siempre de explicación de los fenómenos, á considerar como probable por lo menos.

Esa fuerza, según el doctor Calleja, actúa más intensamente durante la noche que durante el día y contribuye con la de los rayos solares á producir el movimiento de la Tierra, pero actuando casi en dirección opuesta.

La física matemática, según el doctor Calleja, no puede explicar esos fenómenos porque no tiene en cuenta la intervención de la energía emanada de los seres vivos, cuyos efectos son ultraexperimentales é incalculables.

Por eso los autores se veían obligados á continuar substituyendo una explicación por una palabra y se conformaban con hablar de atracción.

Los autores continuaban diciendo:

«La Tierra no se aleja del Sol constantemente, á pesar de la presión de los rayos solares, porque el Sol atrae á la Tierra.» Lo cual no soluciona el problema y hace persistir uno de los «secretos de la Naturaleza». Añadió que la palabra atracción «no significa sino que los efectos se determinan aparentemente, como si ejerciesen acción á distancia, lo cual es inconcebible, puesto que los objetos no pueden actuar donde no están, y que si se admitían fuerzas atractivas se suponía la creación constantemente de movimiento, lo cual está en contradicción con el axiomático principio de la causalidad motriz».

A ese concepto, mejor dicho, á esa palabra que pasa falazmente por explicación es necesario oponer, según el doctor Calleja, el de «presión».

La teoría así presentada tiene, quizás, demasiada sencillez para ser admitida, y, sin embargo, cabe recordar que siempre son semillas en su última esencia las leyes fundamentales del Universo.

El doctor Calleja, además, demostrando una enorme cultura y los más profundos conocimientos de física biológica, documentó su conferencia con toda amplitud.

¿Será suficiente para convencer? La ciencia moderna es muy exigentemente experimental y,

puesto que de fenómenos biológicos se trata, apenas si cabe hablar de ellos sin que surja en nuestro espíritu la figura de Claudio Bernard.

Por de pronto, una segunda conferencia del doctor Calleja, dicha en un ambiente menos científico que el del Ateneo, aclara aún más, documentándola con eficaz sencillez, la teoría.

El sabio conferenciante formuló con toda claridad dos series de proporciones: una referente á la prelación de los principales factores del movimiento rotatorio de la Tierra, y otra atañente á la explicación de las diversas fases del movimiento de la Tierra.

Las manifestaciones referentes á la primera parte fueron cuatro:

1.^a El Sol es propulsor de la Tierra y verifica la propulsión por la acción fotodinámica ó presión de los rayos solares.

2.^a El Sol no actúa como tractor ó remolcador. La palabra atracción, usada significando «acción á distancia», debe desecharse.

3.^a Los seres vivientes, con su oxidación ó respiración interna, producen una acción termodinámica, que impele la Tierra mayormente



DON CAMILO CALLEJA

Eminente doctor, que ha dado interesantes conferencias acerca de los movimientos de la Tierra

durante la noche y, por tanto, en dirección casi opuesta á los rayos solares; y

4.^a La producción del movimiento rotatorio del globo terrestre es comparable al de los proyectiles, como los cohetes.

Las proposiciones que sirvieron al doctor Calleja como base de su sólida argumentación se condensan en estos términos:

1.^a La producción del giro de la Tierra en torno de su eje se explica por las alternativas que se producen diariamente en la nutrición de la mayoría de los seres vivientes.

2.^a La producción del movimiento traslatario de la Tierra, con las variaciones en su distancia al Sol y de las estaciones del año, se explica por las alternativas de los vegetales, que muda anualmente su verdor, perdiendo y adquiriendo de nuevo la clorofila.

3.^a La fijeza del eje de la Tierra, mirando siempre el polo Norte hacia la estrella polar, se explica por el mayor empuje de los seres vivientes y de los rayos solares en el hemisferio Sur, efecto de la gran extensión en él del Océano y de las montañas de hielo que hay en la región polar del Sur; y

4.^a El movimiento rotatorio de la Tierra no es explicable matemáticamente, y por esto los físicos siguen considerándole como un arcano ó secreto de la Naturaleza.

No hay modo de seguir aquí punto por punto la argumentación, que, partiendo de hechos innegables, conduce al doctor Calleja, con una lógica irreprochable, á demostrar las ocho proposiciones; pero tampoco es absolutamente necesario. Hay ya en el comienzo de esa argumentación un recuerdo muy interesante y absolutamente exacto: Newton, descubridor de las

leyes de gravitación universal, no habló nunca de la atracción como causa, sino como manera de manifestarse el fenómeno; fué un discípulo que, como tantos otros de los grandes descubridores, quiso llevar más lejos la teoría, quien introdujo la confusión contra la cual reacciona ahora, tan enérgicamente, el doctor Calleja; Newton habló sólo del *cómo* de los fenómenos astronómicos; su discípulo hizo de ese *cómo* un *porqué*; y el doctor Calleja, ahora, restablece los términos del problema científico y expone un *porqué* muy fundamentado en hechos reales y en deducciones lógicas.

El porqué de la rotación parabólica está en la existencia de dos empujes en distintas, pero no opuestas direcciones; uno conocido de la física matemática: la propulsión de los rayos solares; otro que esa ciencia desconoce: la acción termodinámica determinada por acciones fisiológicas, y que, en definitiva, puede ejemplificarse recordando cómo se produce el movimiento de las máquinas de vapor.

Los seres vivos producen esa acción termodinámica consecutiva á las reacciones que en ellos se verifican, y variables con las horas del día y la acción de esas fuerzas, y no de la atracción actuando á distancia combinada con la de los rayos solares, resulta el movimiento de rotación terrestre.

El movimiento de traslación le explica también el señor Calleja haciendo intervenir el factor fisiológico, teniendo en cuenta las grandes alternativas periódicas de actividad de los vegetales, que aquí no podemos detallar.

Esa explicación es lógica, pero aún lo es más la que el doctor Calleja da de la fijeza del eje de la Tierra mediante el análisis de la distribución de los seres vivos en la superficie terrestre.

En resumen, en la genial teoría del doctor Calleja quedan explicados racionalmente los movimientos de la Tierra con sus periódicas variaciones por el concurso de los dos empujes: el solar y el vital. A la intervención de los seres vivientes se debe el que la Tierra efectúe sus movimientos con recurrente periodicidad, lo cual, de otro modo, sería inexplicable. Así vemos que la vuelta ó giro del planeta en torno de su imaginario eje dura las mismas horas que tardan en repetirse con periodicidad las alternativas del funcionamiento nutritivo y, sobre todo, de la oxidación de los seres en conjunto que viven en el planeta.

La física biológica, dándonos á conocer la acción motriz del movimiento invisible emanado de los organismos vivientes, nos explica racionalmente los movimientos del planeta, anulándose de este modo los imaginarios mitos de inadmisibles fuerzas atractivas, y así está demostrada nuestra proposición de desechar la palabra atracción del tecnicismo científico, reemplazándola con la palabra presión, y en armonía con este cambio, en vez de la ley de la atracción universal, proponemos la ley de las presiones, según la cual los movimientos que aparentemente se producen por atracción les determinan realmente presiones que actúan hacia donde los empujes sean menores desde donde sean mayores.

Por consiguiente, el movimiento rotatorio de la Tierra, que es un arcano para la física matemática, deja de serlo si se tiene en cuenta la intervención de los seres vivientes, los cuales, con su oxidación, determinan una acción termodinámica que impele la Tierra en dirección casi opuesta á los rayos solares.

Aun abre horizontes más amplios el doctor Calleja, puesto que implícitamente invita á estudiar, con nueva y probablemente más fecunda orientación, las interacciones astronómicovitales.

Entretanto, nadie puede negar que las ideas del doctor Calleja son geniales y que abren un campo amplísimo á los estudios experimentales.

El sabio conferenciante mereció, pues, los aplausos calurosos con que su conferencia fué acogida, y merece también que sus aportaciones científicas sean debidamente estudiadas y contrastadas.

IN MEMORIAM

Julio Romero de Torres y sus mujeres cálidas

HACE treinta años, en la Exposición Nacional de 1899, obtenía un pintor andaluz, escasamente conocido fuera de su ciudad natal, una tercera medalla. Tenía poco más de veinte años; se había ejercitado en banales alusiones anecdóticas á una Andalucía de cromo alegre, y su silueta alta, magra, su ceceo cordobés, sus ademanes y gustos toreriles se destacaban en los grupos turbulentos de los artistas incipientes.

Sin embargo, el lienzo que le valiera aquella recompensa no tenía semejanza con los de muchachas vestidas de percales claros, cabelleras enfloradas y rítmicos gestos bajo el sol del Sur, entre una palpitación lumínica aprendida de los maestros sevillanos y, sobre todo, del sorollismo, que ya entonces ejercía su influencia.

El lienzo del mozo cordobés pintorero y pintor, á quien gustaba más hablar de mujeres, de coplas y de toros que de arte, se titulaba *Conciencia tranquila*, y respondía á un ajeno concepto melodramático—un hombre, con barbas de caricatura literaria, aparecía maniatado y entre guardias civiles, en medio de una habitación humilde, mientras la policía huronea en sus pobres muebles, buscando papeles compro-

metedores, y la esposa y el hijo del detenido lloran angustiosamente.

¿Por qué este asunto que á nada anterior responde y nada luego ha de ratificar? En el mismo año, otros jóvenes pintores, que después habían de definirse y consagrarse contrariamente—Chicharro, Alvarez de Sotomayor, entre ellos—, pintan cuadros iguales de tamaño y de tema. Todos opositaban á las tres plazas de pensionados de Pintura en la Academia de Roma. El tribunal impuso á los artistas como asunto del cuadro *El anarquista y su familia*. Aun pueden verse en los altos de la Escuela de Bellas Artes algunas de estas obras ocasionales que, como en el caso de Romero de Torres sorprenden, vistos á la distancia de tiempo y la diferencia de concepto estético que separa á los incipientes, victoriosos ó derrotados, de aquella oposición, y los maestros actuales.

Julio Romero torna á Córdoba, á la vida remansada de la Escuela y el Museo regentados por su padre en la típica plaza del Potro. En la claridad jubilosa de los cortijos y en las excursiones á la sierra inmediata, como en las frágiles aventuras de amoríos provincianos reencuentra los temas gratos á la adolescencia. Pinta de nuevo con la paleta de azules rosas, rojos amarillos, blancos y grises, las mocitas mimbrenas y alegres, tan distintas de ese tipo de mujer triste, hierática é inquietante que años más tarde va á definirle de manera profunda en la historia de la pintura española.

De entonces, de aquel lustro que media entre la tercera medalla de 1899 y la de 1904, sus obras principales son: *Aceitunera*, *Horas de angustia*, *Mal de amores*, *Rosarillo* y *La niña del barrio*.

En 1906, esa endémica é incurable hipocresía erótica que corroe la idiosincrasia española, le sirve de reclamo cuando quiso dañarle de silencio. El Jurado de la Exposición Nacional rechaza, con otras tres obras más, la obra enviada por Julio Romero de Torres al Palacio del Hipódromo, donde ya los cuadros empezaban á tener que disputar las cuadras á los caballos de la Guardia civil. Julio Romero había presen-



Julio Romero de Torres, en su estudio, «filmando» con Valle Inclán y la actriz María Bequer una de las escenas de «La malcasada»

tado *Vividoras del amor*, una escena de meretricio, sombría y humilde, casi austera. En aquel cuadro, que la miopía puritana no supo ver, hay como un atisbo de la melancolía sensual que ya empezaba á despertar en el alma, pero todavía no había asomado en el arte de Julio Romero.

Vividoras del amor se expuso particularmente, con los otros tres lienzos rechazados también por inmorales—*Naná*, de José Bermejo; *El sátiro*, de Antonio Fillol, y *Espera*, de no recuerdo quién—, y por primera vez el nombre de Julio Romero de Torres salta, brilla, se alza, se abisma en las controversias periodísticas y las discusiones literarias.

A partir de este momento, Romero de Torres y su pintura entran en el período combativo que precede en unos artistas á la fama popular.

De un lado, los ataques irreflexivos, las agresivas negaciones, las implacables diatribas. Enfrente, los ditirambos hiperbólicos, las afirmaciones arbitrarias, las conceptuosas defensas de los escritores. Julio Romero representa entonces, con el pintor Anselmo Miguel Nieto y el escultor Julio Antonio, secundados por el entusiasmo de prosistas y poetas, la protesta contra el arte



Julio Romero de Torres, en el puerto de Buenos Aires, cuando hizo su Exposición, que constituyó uno de los éxitos más grandes del célebre pintor



Julio Romero de Torres llevando su clásica capa y el sombrero cordobés. Fotografía de Miguel Andrés

académico y vulgarista. Fuerza es reconocer que, si bien anticiparon los ecos múltiples y apasionados en torno suyo la popularidad del artista en los grandes núcleos sociales, no del todo capacitados para la consagración definitiva, le perjudicó algo en el sentido de la pureza estética del triunfo la incondicional é intransigente actitud de los elementos intelectuales y seudointelectuales.

El año 1912, con motivo de no concederle la segunda medalla de oro el Jurado de la Exposición Nacional—la primera la obtuvo en 1908—, se le regaló otra, costeada por suscripción popular y modelada por Julio Antonio. Jacinto Benavente escribió que «si los cuadros de Romero de Torres han de figurar entre sus iguales, sólo en este Museo (el del Prado) deben hallar lugar, sin temor al fallo de revisión de los venideros».

Y López Barbadillo añadió, en *El Imparcial*, que antes debían quemarse todos los cuadros de Rubens y de Tiziano para colocar, en sustitución de ellos, los del joven artista cordobés.

Pero no sólo ahora en que la muerte angustiza la obra de Julio Romero y la añade a la de los maestros del siglo xx, que centurias venideras habrán de estimar en su justo valor, sino aun en plena juventud y en medio de las encontradas escaramuzas de apologistas y detractores, la obra del autor de *La musa gitana* estaba más allá y por encima de las loas furiosas y las diatribas enconadas.

Sus cuadros significaban la suma perfección de un género peculiar y la afirmación personal—únicamente personal, pues sus imitadores fracasaban—de una tendencia concreta.

•••••

La verdadera orientación estética de Julio Romero surge espléndida en *La musa gitana*, que fué el lienzo culminante de la Exposición Nacional de 1908.

Un nuevo concepto de la psicología andaluza brota de este cuadro admirable, de manera limpia y fragante, con fresca y genial intuición de belleza. Ese aire de copla, ese rumor de fontana, esa tibieza carnal y núbil, ese aroma de jazmín bajo la luna, que constituyen el encanto misterioso é inestable de toda la pintura de Julio Romero nace aquí, en esta muchacha desnuda—desnudez de hembra del pueblo, ajena á los tabladillos de los estudios que frecuentan las modelos profesionales—, y á quien la sombra maciza, inflamada de deseos, de un gitano arrulla con el sonido de una guitarra.

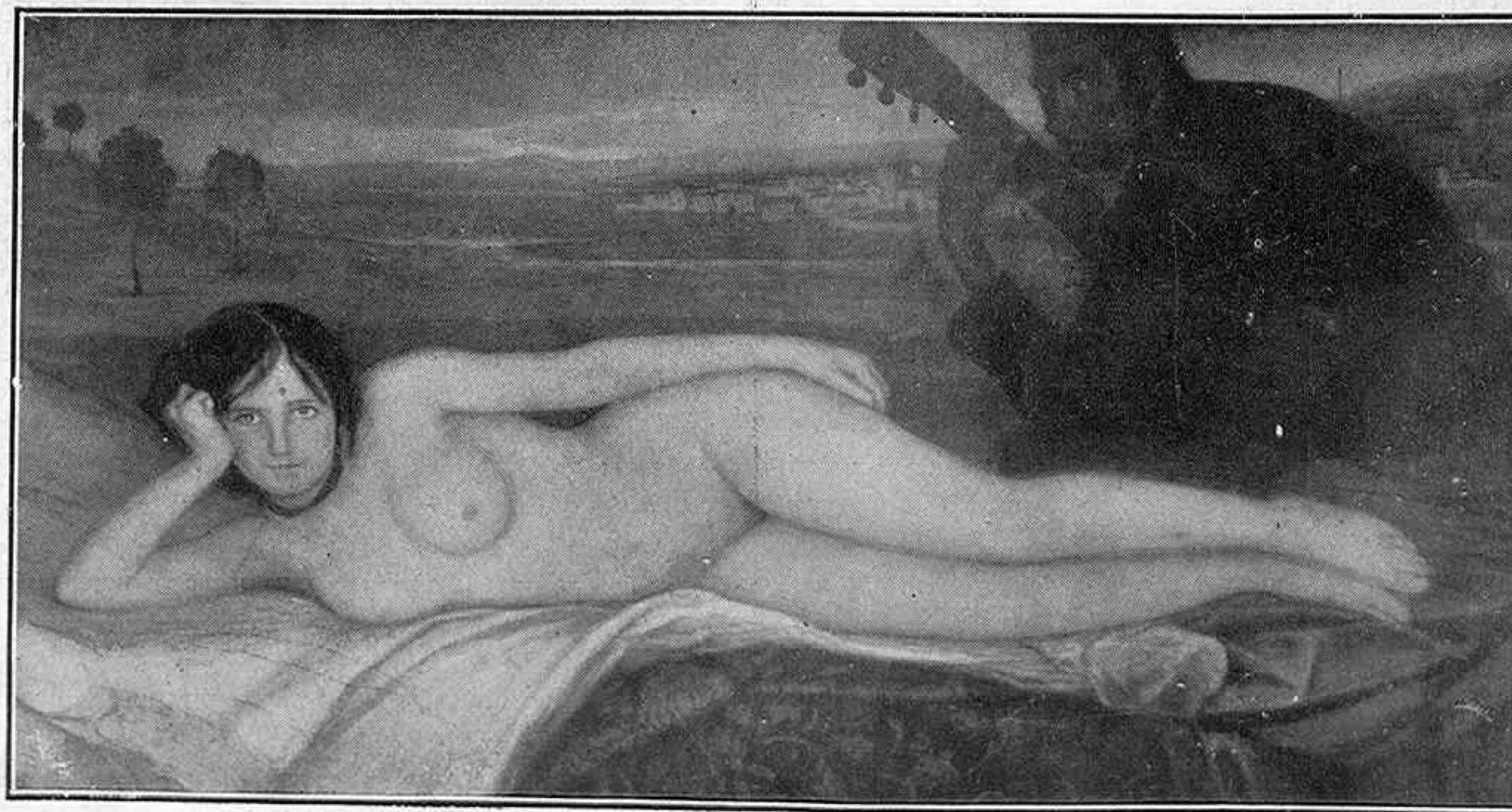
Todo lo anterior se hunde, se desvanece,



«La consagración de la copla», cuadro que presentó Julio Romero de Torres en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912. El Jurado no lo consideró digno de la primera medalla, y, entonces, los artistas le concedieron una especial, obra de su gran admirador y exjímio escultor Julio Antonio



Medalla que los artistas otorgaron á Romero de Torres por su triunfo en la Exposición del año 1912



«La musa gitana», obra cumbre del gran maestro Julio Romero de Torres, premiada con primera medalla, y que se conserva en el Museo de Arte Moderno, de Madrid (Fot. Vernacci)

se deshace en la tolvanera del olvido. A partir de *La musa gitana*, la personalidad del artista adquiere lo que ya no perderá jamás: el sentido exacto de su temperamento y la visión sagaz del alma de la mujer cordobesa, acaso la más andaluza. de todas las andaluzas.

Primero con reminiscencias italianas, luego idealiza con mayor realismo de verdad hispánica, y libertado, al fin, de cuanto pudiera poner trabas á esa fuerte ansiedad sensual que consume las carnes morenas de sus mujeres y la agarena ancestralía del pintor, se suceden los diferentes períodos evolutivos de un arte original, nuevo en la pintura coetánea y eterno en la del mundo. Un arte que no por venir de salas museales carece de espontáneo y gracioso naturalismo recién creado, un arte que se entronca á la Italia renacentista, pero que es nervio, esencia y pasión de mujer

viva y actual en lo entrañable del mediodía español.

Surgen las evocaciones arcaizantes de feminidades ardientes, y como una nostalgia de los viejos retablos y como una resurrecta y extraña aparición de doncellas rafaélicas en muchachas provincianas y cortijeras, á las que el primer amor del hombre ó los imprecisos deliquios religiosos enserian durante las calmas vesperales de la ciudad ó del campo cordobeses.

La voluptuosidad y el misticismo constituyen los dos temas únicos—aislados ó unidos—, pero suficientes para colmar la inspiración del artista, para crear la enorme serie de emociones plásticas que realiza ya hasta que la muerte le sorprende con el pincel en la mano, otra vez reintegrado á la casa natal, en la plaza del Potro.

Repite al principio el paralelo entre las dos mujeres cálidas, soñadoras, encendidas por opuestas llamas de un mismo fuego interior: la pasión divina y la pasión humana: *El retablo del amor*, *La consagración de la copla*, *Las dos sendas*, *El pecado y la gracia*, *Amor místico y profano*. Figuras de monjas con fondos claustrales ó de plazuelas románticas, en las que se aboceta una iglesia ó una cruz alumbrada por faroles de luz macilenta; pubescentes serias, pudorosas, y que tienen una rosa en la mano y recortan su silueta sobre calles adonde una fuente lanza su hilo de agua y cruza un jinete montado en un corcel de metopa clásica.

•••••

En otro lugar de este número publicamos, con ocasión de una Exposición hecha en Sevilla, dos de las últimas obras del gran pintor cordobés. Son quizás las más bellas que creó su pincel, y desde luego culminan en su obra.

J. F.

SEMANA TEATRAL «Sombras de sueño». Otras novedades



Una escena de la obra en tres actos «La torre de la cristiana», original de los señores Quintero y Guillén, estrenada con buen éxito en la Comedia

UNAMUNO, que explica ahora «Historia de la literatura castellana», quiere al mismo tiempo continuar esa historia, y, como todo literato ambicioso, toma otra vez el camino de la escena. ¿Podrá ser *Sombras de sueño* una página más en las futuras historias de nuestra dramática?

Si juzgamos por los aplausos calurosos y casi unánimes que, con ocasión del estreno de esa obra, sonaron y resonaron en el Español, deberíamos pensar que sí; pero la experiencia nos ha demostrado reiteradamente que los públicos de estreno no suelen acertar en la valoración de las obras dramáticas, y que unas veces por exceso y otras por defecto dan como exactos valores absolutamente erróneos.

Desde luego, aun sin acudir á impresiones ni á juicios personales, analizando un poco las manifestaciones de entusiasmo en relación con el momento en que se producían, sería fácil separar ya un elemento de entusiasmo completamente ajeno, y aun en cierto modo contrario, á

la impresión producida por la obra de arte; la ocasión que hizo, por ejemplo, de la más endeble de Galdós la más famosa, y que ahora, con menos motivo, coloca al autor de *Sombras de sueño* en una situación

privilegiada para suscitar el entusiasmo público, sobre todo allí donde se congreguen para escucharle amigos y admiradores suyos.

La obra de arte en otro momento juzgada objetivamente, sin atender para nada á la firma, ¿hubiese despertado igual entusiasmo? Supongamos que sí, aunque la hipótesis es excesivamente atrevida, y aun nos quedaría otra cosa que preguntar: ¿ese entusiasmo le provocó el dramaturgo, fundamentalmente—, y no me parece necesario caracterizar aquí la diferencia—el literato?

La buena forma en arte del señor Unamuno ha nacido de su labor en otros géneros literarios. Unamuno es ensayista, fundamentalmente, y autor de novelas, de un modo secundario, y alguna vez de novelas con clave que quizás pu-



Tres figuras principales de la zarzuela «El mesón de la Florida», estrenada en Fontalba (Fots. Díaz Casariego)

dieran ser clasificadas como género intermedio entre la verdadera novela y el ensayo, ó, por lo menos, colocadas dentro del género novelesco en las lindes con el ensayismo. En esos géneros el señor Unamuno está ya juzgado, en cuanto puede ser definitivo el juicio de los contemporáneos. Varón eximio de la generación del 98, que tuvo la paradoja por arma, y ha seguido cultivándola, es maestro en ella y, consiguientemente, en el arte de construir frases redondas, pero agudas, para ser paradójicas también; sin la retórica vieja, pero con una retórica nueva y por mucho que sea su contenido, más formal siempre que fundamental.

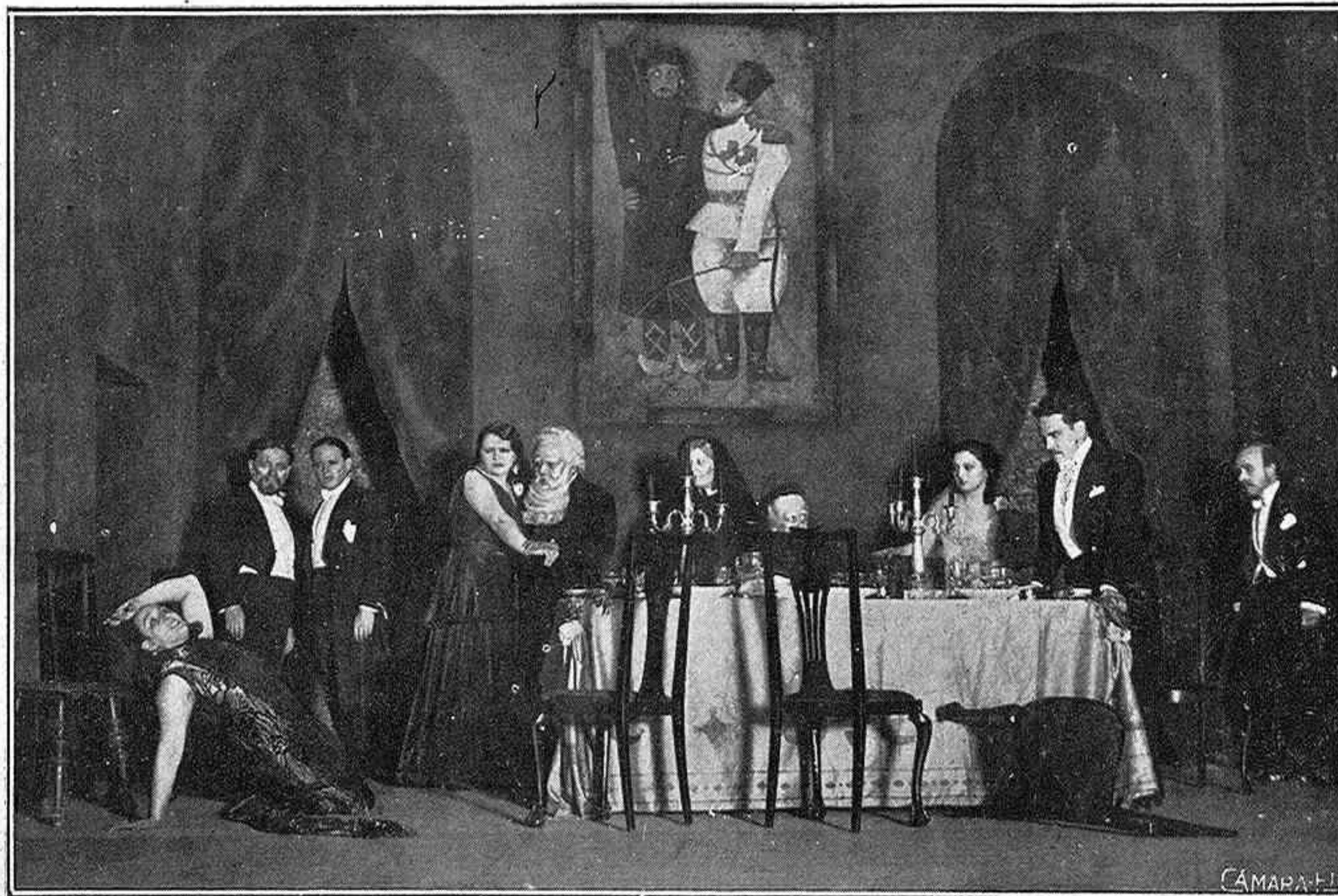
Pero el señor Unamuno, como tantos otros literatos que se hicieron famosos en otros géneros, siente la ambición del teatro (y entiéndase bien que me refiero á la ambición noble de actuar más reciamente sobre las multitudes, y no á la ambición mezquina de mayores beneficios pecuniarios), y cabe preguntarse si ese estilo, exterior é interno, de la literatura del señor Unamuno es tan apropiado para el teatro como para el libro.

En uno de los momentos en que los literatos franceses trataron de renovar su teatro, el anhelo principal de los innovadores fué el de llegar á construir el verdadero lenguaje dramático, cuya condición esencial había de ser característicamente hacerse más humano, más real, desprendiéndose, en apariencias al menos, de todo artificio retórico.

Habría quien piense que esa exigencia respondía á otra ambición del teatro francés: la de ser realista en todo y por todo; pero no es difícil apreciar que podía responder también á la exigencia fundamental y lógica del género dramático, que es, por su esencia, acción más que verbo.

En este sentido, el señor Unamuno no es aún un dramaturgo, y *Sombras de sueño* no puede entusiasmar á los aficionados al arte dramático. El hecho mismo de transportar de la novela al drama diálogos enteros parece indicar que se toma por característica del género escénico la forma dialogada, y, aunque esa sea la apariencia, la realidad es cosa muy distinta. El diálogo mismo en el drama ha de ser acción, ha de tener un dinamismo que puede faltarle en la novela; así, los diálogos de *Sombras de sueño*, drama, aun dichos muy acertadamente por los actores y aun siendo los mismos, no tienen igual fuerza que el lector encuentra en los diálogos de la novela.

Podría pensarse que el señor Unamuno tiende á una forma nueva de teatro, y que su ideal esté



La Compañía de María Teresa Montoya en una escena de «Anfisa»

(Fot. Diaz Casariego)

precisamente en construir dramas en que lo abstracto domine sobre lo concreto; pero es evidente que el señor Unamuno en ese ideal está aún en el período de los intentos, muy dignos de estimación, muy plausibles, pero nada propicio para determinar entusiasmos calurosos.

Menos aún puede producirlos cuando el tema es manoseado, y el autor nos lo presenta en condiciones de particularismo que le alejan, en cierto modo, de lo abstracto, y con personajes encerrados en una vida interior, puramente imaginativa, que les impide vivir una existencia real, llevándoles, por incompatibilidad con ella, hasta el suicidio, que por fruto de causas puramente imaginativas tampoco puede producir la emoción dramática deseada.

Pero claro está, todos estos defectos no dicen nada en contra del señor Unamuno pensador y literato. En todo caso, señalan la inadecuación de su estilo, y tal vez de su temperamento artístico, al drama. Con eso y todo, quedan en *Sombras de sueño* motivos suficientes para el aplauso.

La torre de la cristiana, obra en tres actos de los autores de *La copla andaluza* y *El alma de la copla*, es, evidentemente, un progreso si la comparamos con esas otras dos obras, y nos referimos, sobre todo, á la técnica. Los señores Quintero y Guillén han aprendido, evidentemente, á trazar y mover las figuras, y así han podido ahora construir un obra, semejante á otras muchas, pero en la que se acusa todavía una personalidad propia, singularmente en algunos tipos, como el de Juan Gomiles por ejemplo, que al romper la vulgaridad reinante con una escena que recuerda al Galdós de *Alma y vida*, muestra más firmeza de trazo y más viveza de observación que la mayoría de las comedias, tan al uso, cuya acción se desarrolla en un ambiente andaluz más ó menos exactamente copiado.

El tipo mismo del príncipe musulmán está bien buscado para mostrar un contraste recio, y, además, para dar á la obra un aspecto ideológico de que suelen carecer sus congéneres. Aun siendo todo lo demás vulgaridad y sólo vulgaridad, *La torre de la cristiana* no es completamente una obra vulgar.

El público la oyó con gusto y aplaudió en los finales.

No es una obra definitiva, pero es un paso más, y muy acertado, de los autores de *La copla andaluza*.

Fué, además, muy acertadamente interpretada.



El mesón de la Florida es otra vez la zarzuela melodramática clásica, á la que para ser buen melodrama suelen faltar, y faltan en este caso, dos condiciones fundamentales: el interés y la emoción.

De ambiente seudohistórico y seudogoyesco —hay hasta majos y majas jugando á la gallina ciega—, ni aun por ese camino logra interesar. Al público le dejan frío los entusiasmos, hasta el martirio de los fernandistas, y esa frialdad tampoco es compensada por el calor de la intriga amorosa.

La música, como suele ocurrir en estos casos, es superior al libro, aunque no sea, ni había en realidad para qué, un prodigio de modernidad. Alguna vez suena á Barbieri, que sigue sonando bien, y otras tiene la gracia picaresca de las tonadillas originales que dieran al autor de *Pan y toros* su máxima frescura.

Menos grata cuando se eleva á lo dramático, la partitura de *El mesón de la Florida* es en conjunto, y sin que entusiasme excesivamente, muy aceptable.

ALEJANDRO MIQUIS



Fernando Soler, el eminente actor, con algunas figuras de su Compañía, en la tragicomedia de Muñoz Seca «Satanelo»

(Fot. Ortiz)

LA ACTUALIDAD ARTISTICA

Una visión de España de Walt Louderback :-: Una Exposición de dibujantes

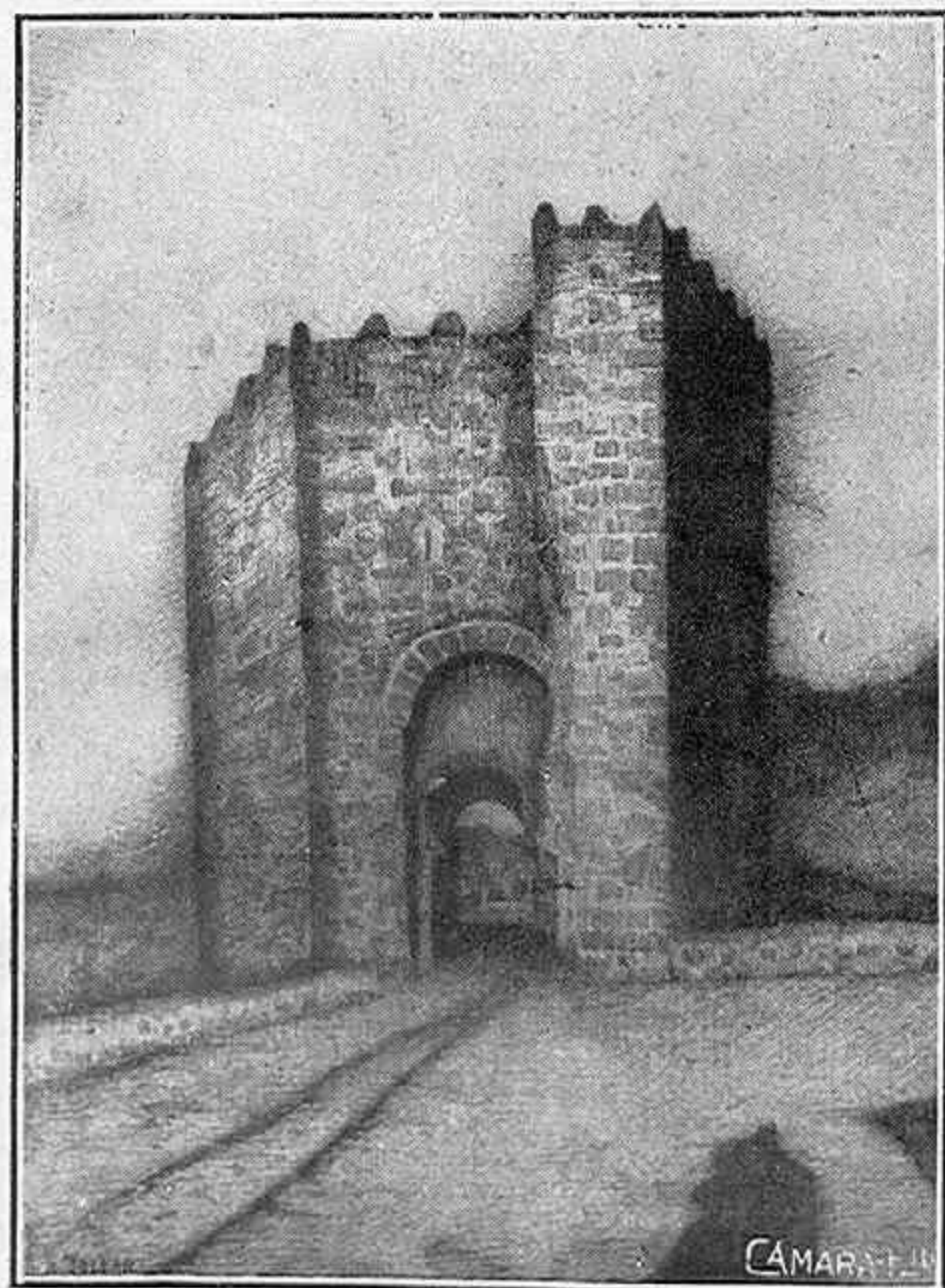
No siempre ha de ser la caravana acéfala, compacta, fugaz y espesa de turistas yanquis quienes crucen el territorio nuestro en demanda de lo típico y á caza de lo sensacional pintoresco. Alguna vez había de seducir á un artista—á un capaz y sensible artista—, como es el pintor yanqui Walt Louderback, de New York, la idea de buscar la nota de color, de color de leyenda hispana, acre, pinturera, colmada de ecos vocingleros y de amplitudes abigarradas.

No podemos imaginarnos cómo sería la España ideada por el artista antes de verla y conocerla. Pero á la vista de su obra considerable vislumbramos un gozoso fervor, de hombre que tiene un feliz hallazgo insospechado ó de artista al que la realidad sorprende aún más que lo presentado.

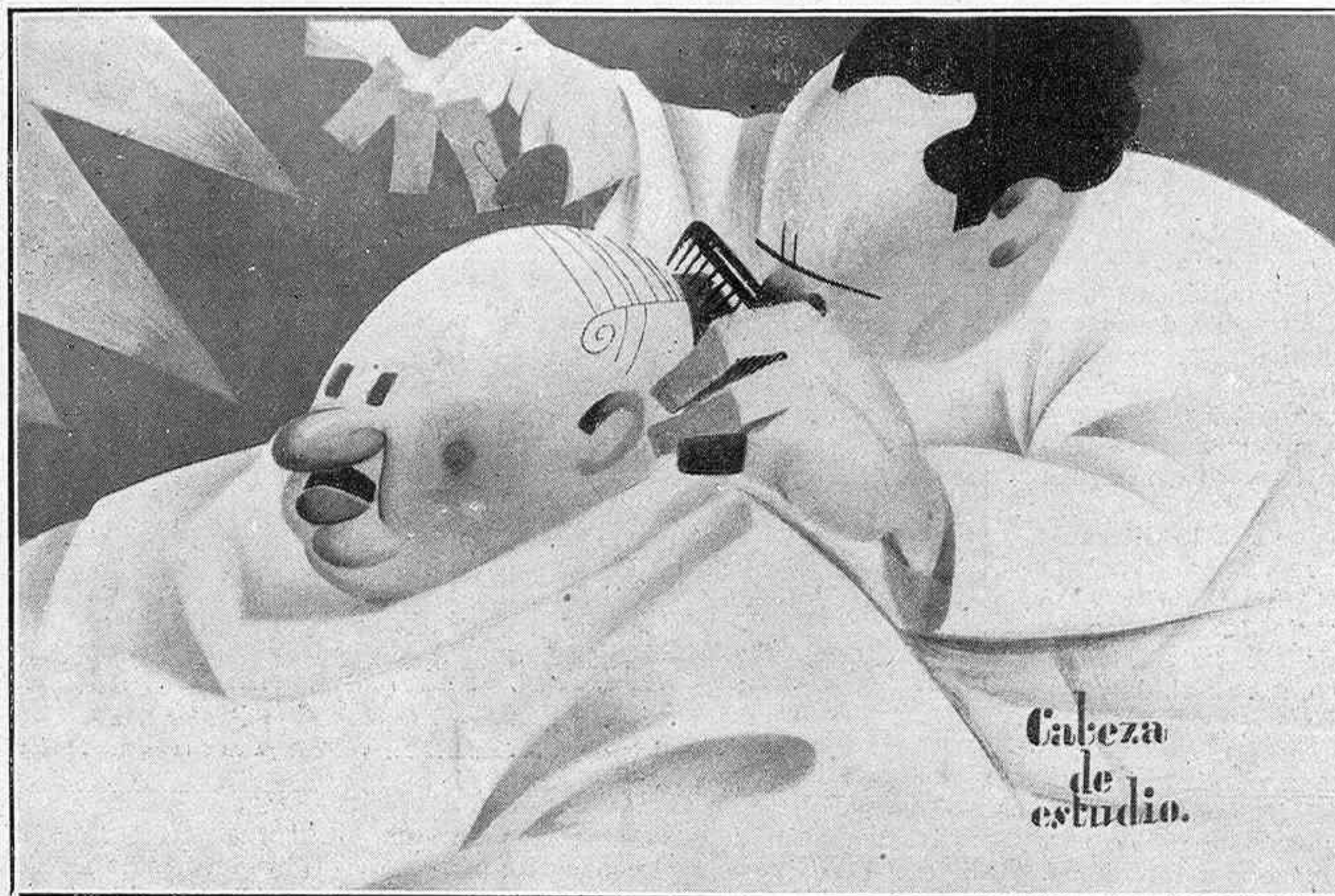
Es un buen catador de escenas enraizadas al terruño y á la leyenda. Es un perspicaz observador que acierta plenamente con el tema de aparente virtualidad y eficazísimo efecto. Es el glosador amplio, oportuno y veraz, de tipos y ambientes peculiares «á la exportación»...

Sus cuadros y dibujos sobre asuntos españoles son legítimamente acreditativos de una España demasiado vista y reiterada, demasiado traída y llevada en revistas teatrales y en cuadros..., en literatura de turismo y en tópicos concienzudamente renovados, de discurso eclesiástico.

Sin embargo, el señor Louderback nos la presenta con un color nuevo, con un sabor acentuado y en varios aspectos, algunos ciertamente originales, plasmados con fuerte expresividad.



«El Puente de San Martín», por Antonio Collar



«Cabeza de estudio», por «K-Hito»

Andalucía ha seducido y captado alegremente al pintor yanqui. Sus tipos gitanos, sus escenas de ambiente, han animado su espíritu, que canta y vibra en su paleta con opulencias cromáticas extraordinarias.

Se vislumbra un regusto espiritual morboso en su obra, hecha con fervor y con gozosa actividad.

Su colorismo cantarín encontró propicio campo en esa Andalucía pintoresca, que ha buscado con ahinco y ha encontrado con acierto. No la desvirtúa. Pero la engalana con los tonos brillantes y el sentido decorativo y mural de su técnica vigorosa.

Sus dibujos, hechos con barras de color, son una síntesis amplia, definidora, de la vida de la gente humilde, de los mercados, de la plaza pública, y escenas portuarias y de pescadores; alguna vez también, paisajes. Pero son los menos, y en ellos el artista tiene menos dominio de sus buenas facultades de colorista.

Le seducen mucho más los grupos, á los que sabe arrancar su graciosa movilidad. Le encanta el barullo. Se desenvuelve mejor entre gentes metidas en sus faenas habituales, y se diría que hasta sus voces y sus gritos quisiera encerrar en los límites estrechos de sus dibujos, expresivos y alegres.

Sus buenas condiciones de dibujante, de ilustrador de facultades indudables, también resplandecen en sus lienzos—grandes orgías cromáticas—, trazados con pinceladas gruesas, firmes, de extraordinaria firmeza, y de un amplio sentido decorativo, con cierto aire de cartel...

Así, á pesar de que á las veces sus temas son en cierta manera sombríos, refugan insospechadamente por el encanto de su colorido.

No puede negarse al señor Louderback su constructivismo pictórico; como no pueden negarse sus cualidades de dibujante y de pintor de viva paleta, ni su acierto en dar con los temas que se proponía y que mejor van á su temperamento. Así, del propósito al logro apenas hay distancia, y así su obra aparece lograda plenamente.

•••••

Joaquín Xaudaró, al frente de la Unión de Dibujantes, viene realizando una callada, pero eficaz labor, que es de deber proclamar y extender. Se ha logrado, desde que fué elegido Pre-

sidente, positivos aciertos en sus gestiones y una reiteración precisa en la popularidad que los dibujantes y humoristas consiguieron desde los memorables Salones de Humoristas.

Entre los más destacados aciertos, es este de tener un local permanente de exposiciones, donde vienen dándose á conocer artistas jóvenes de positivo mérito y de seguro porvenir. Cada vez es más numerosa la lista de dibujantes nuevos, que vienen por derecho propio á engrosar la de maestros conspicuos, que más que nunca ven cómo surgen temibles competidores.

No suelen abundar los humoristas, ciertamente; pero dentro del aspecto decorativo y de la ilustración empiezan á descollar legítimamente unos cuantos nombres, co-

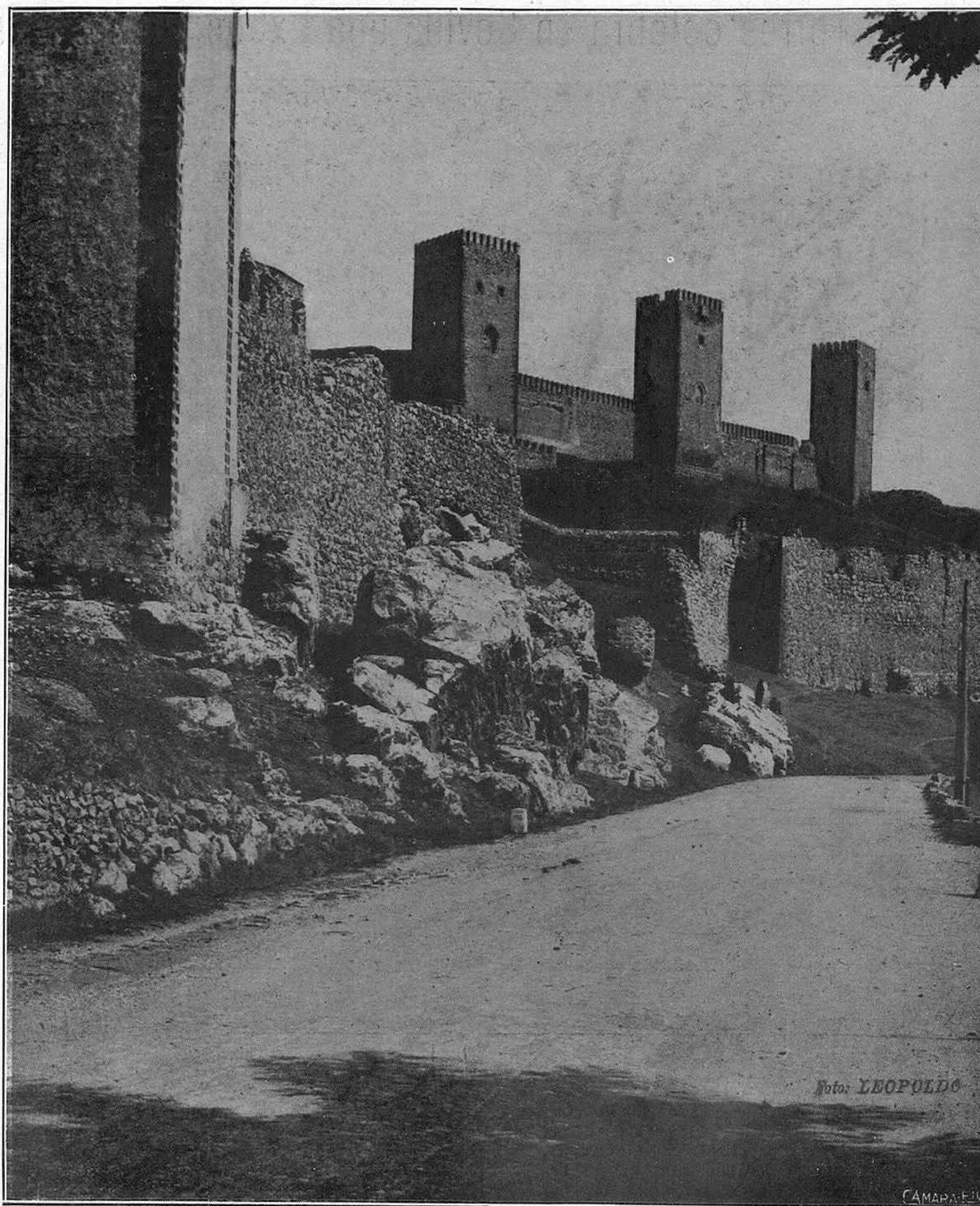
mo Antonio Collar, Díaz Ramos, Carlos de Salazar, Gutiérrez Santos, Guillermo Soler, Silverio, que muestra buenas condiciones para la caricatura personal; Garcialez, oportuno y gracioso en su «Bar Americano»; Remedios Baró, Vila, Deli, que no hacen mal papel al lado de los dibujos de Ribas, de Xaudaró, de K-Hito, de Karikato, de Roberto, de Pedraza, del veterano Lozano Rey y de otros maestros en el dibujo y en la *chargé* que habitualmente exponen en el salón del *Fotodín*, y que merecen la atención y curiosidad del público, que ve periódicamente renovarse el salón.

Por cuanto significan y suponen ahora también, estas exposiciones de dibujantes merecen divulgarse y creemos que son acreedoras de la atención de que se ven asistidas desde sus comienzos.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



«Dibujos», por Gutiérrez Santos



C A M I N O S

*Andar y no cansarse,
en esto está el secreto
fecundo de la vida;
en no cansarse, en eso.*

*En perseguir, alegres,
la luz de nuestros sueños,
sin que, rendida, el alma
se desespere.*

*Tercos,
que es igual que ser fuertes;
la vida es sólo eso;
andar y andar; que nunca
se abata nuestro vuelo.*

*Terquedad contra todo;
que el corazón, inquieto,
cuando quiera una cosa
que la consiga.*

*Esto
es la vida; caminos
y caminos; anhelos
de ir á sitios que siempre
se vislumbraban muy lejos.*

*Voluntad. ¿Que una estrella
nos atrae con el bello
refulgir de su lumbre?
Pues á volar al cielo.*

*Imposible no hay nada
para el hombre; yo creo
que á todas partes llega
nuestra ilusión, queriendo.*

*No hay camino en la vida
que no tenga su término;
en no cansarse; sólo
en esto está el secreto.*

*En ser como es la ola,
que cuanto va más lejos,
más grande es su pujanza
y el ruido de su eco.*

(Fot. Leopoldo) FERNANDO LOPEZ MARTIN



NOTAS DE ARTE

Julio Romero de Torres celebra en Sevilla una Exposición con gran éxito



«Amparo», por Julio Romero de Torres

REALMENTE no se concebía bien una Exposición en Sevilla, con pabellones regionales, sin una «Casa de Córdoba» ni, menos aún, una «Casa de Córdoba» sin cuadros de Julio Romero de Torres, y el público ha demostrado, aun durante los días tráfagosos de Semana Santa y Feria, que tenía apetencia de esas dos cosas tan complementarias una de otras y tan integrantes del arte contemporáneo andaluz.

El máximun de visitantes que los pabellones de la magnífica Exposición de Sevilla ha recibido le tuvo en esos días, tan propicios para otros placeres, la «Casa de Córdoba»: 30.000 personas desfilaron por aquellas salas, magníficamente decoradas con muy bellas obras artísticas por Enrique Romero de Torres, y se detenían extasiadas en la sala en que están reunidas, en admirable exhibición, las obras del ilustre Julio, el indiscutible maestro cordobés que comparte con el inmenso y llorado Inurria el imperio del arte contemporáneo.

Las dos obras que hoy reproducimos, *Amparo* y *La niña de las uvas*, son centros de máxima atracción en esa Exposición. Son dos obras cúspides en que culmina con un recio sabor de solera clásica el arte portentoso de Julio Romero de Torres. De espléndida belleza las dos, no aparece en ninguna de ellas nada que pueda parecer amaneramiento, y suele ser más bien tributo rendido al gusto público, enamorado de una modalidad creada por el artista. Aparece, en cambio, una personalidad perfectamente definida, fuertemente arraigada en un dominio absoluto del dibujo; una recia construcción y un admirable equilibrio de valores fuertemente acusados, sin embargo. Parecen obras de esas que un gran artista pinta amorosamente para sí, recreándose en ellas y con plena sinceridad técnica y emotiva.

Si así las pintó Romero de Torres para él, se ha frustrado su intento final; en estos tiempos tan pobres en amor al arte y tan faltos de esplendor de los potentados que debieran buscarle afanosamente y

pagarle bien, las dos obras maestras que reproducimos, en unión de otra titulada *Esclava*, han encontrado inmediatamente comprador, y Julio Romero de Torres las ha vendido en precio muy inferior á sus méritos, pero casi fabuloso para lo que ahora se estila. Veinte mil duros son el precio estipulado, muy poco, repetimos, en comparación con lo que valen los cuadros, muchísimo en comparación con lo que ahora pagan las más bellas creaciones modernas los mismos que se dejan robar cientos y cientos de miles de francos por falsificadores de obras antiguas.

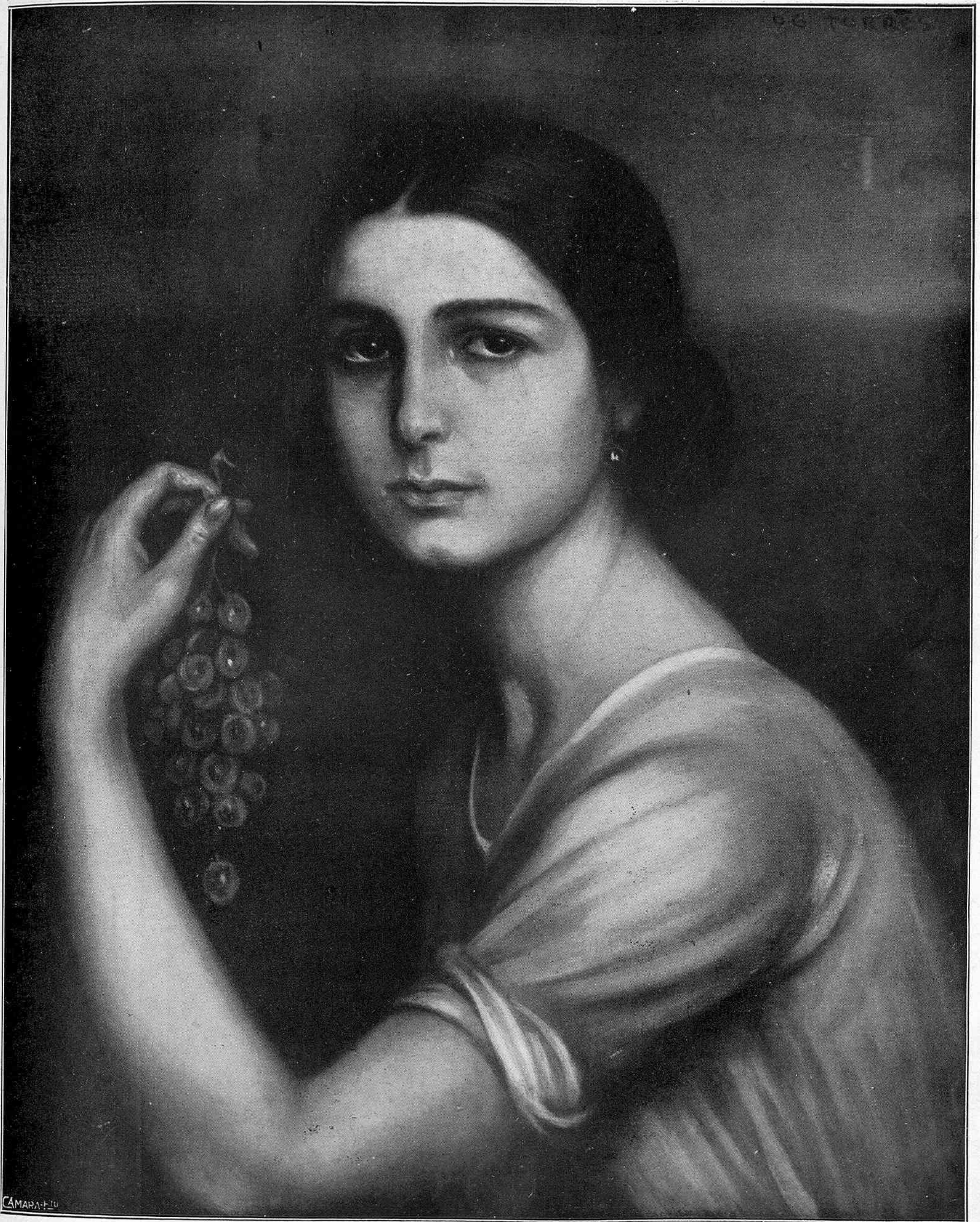
No es, sin embargo, que falte quien sepa admirar la belleza en las grandes obras; es que, naturalmente, á los «marchantes» les es más fácil comerciar en provecho propio, aunque con daño del arte, con lo antiguo que con lo moderno, con los autores muertos que con los que, afortunadamente, viven aún.

[No serán, ciertamente, las que hoy publicamos las únicas obras que en la «Casa de Córdoba» venderá Romero de Torres.

Ni una sólo de las que allí existen quedaría sin comprador si los que las admiran tuviesen su bolsa á la medida de su admiración; pero aun sin ser así, seguramente que muchos, la mayoría, tendrán compradores; por la «Casa de Córdoba», y por el singular atractivo de la sala del gran pintor cordobés, desfilan constantemente los amadores de arte más selectos, y entre ellos hay muchos que tienen la suerte de ser suficientemente afortunados para permitirse el mágico regalo de una obra de Julio Romero de Torres.

Envidiemos á los que tal pueden hacer los que no somos tan dichosos, y conformémonos con admirar las obras de arte cuando sean expuestas, y con lamentar que puedan convertirse en propiedad privada—porque hay personas que superan en buen gusto á las corporaciones públicas—las obras maestras que tienen en sí mismas un derecho y casi una obligación de universalidad.

SANTIAGO HERRERA



«La niña de las uvas», cuadro original del ilustre artista Julio Romero de Torres, que figura en su actual Exposición de Sevilla

(Fots, Moreno)

CUENTOS DE "LA ESFERA"

La feliz pareja

FERNANDO

MI amigo Luis Quintana y su mujer Isabel Lozano formaban un matrimonio interesante, que había logrado cierta celebridad. Dentro del círculo de sus amistades, que eran muy numerosas, gozaban de una gran simpatía y estimación y siempre se les citaba á las jóvenes casaderas y á los solterones recalcitrantes como ejemplo digno de ser imitado. Cuando queríase animar á algún célibe remolón, de uno ú otro sexo, á correr el albur de las consecuencias de una lectura eclesiástica de la Epístola de San Pablo, con todas las de la ley, se les invitaba á mirarse en el espejo de aquellos cónyuges excepcionales.

Se les conocía mucho más que por los Quintana por una de esas frases *clisés* que acostumbra á emplear los cronistas y revisteros de sociedad. Nombrábaseles, generalmente, «la feliz pareja». Y había motivos muy fundados para llamarlos así. Porque nadie había observado jamás en Quintana ni en su esposa el menor desacuerdo, y sí, en cambio, era notoria su absoluta y continua penetración. En las espléndidas fiestas con que á menudo obsequiaban á sus relaciones en su fastuosa morada, en los paseos, en el teatro, en las comidas de gala de los salones aristocráticos que frecuentaban, en todas partes donde se les veía, distinguíanse notablemente por la devoción mutua que se demostraban, sin alardes ni hipocresías.

Tanto ella como él habían salido triunfantes y sin mácula en cuantas ocasiones los tenorios profesionales ó las presumidas aventureras de alto y bajo copete pretendieron poner cerco á su fidelidad conyugal. ¡La quina que habían tragado los maldicientes y murmuradores de oficio!

Pero aunque al principio les costó trabajo á las gentes difamadoras y chismorreras convencerse de lo inquebrantable del fervido culto y la lealtad amorosa

que existía entre Quintana y su mujer, acabaron por persuadirse y dejarlos al fin tranquilos en el disfrute de su envidiable dicha.

Desde que me los presentaron en un té de moda del hotel más preferido á la sazón por el público madrileño aficionado á estas costumbres mundanas, se estableció entre nosotros una cordialidad profunda y sincera. Isabel era lo que se dice una mujer hermosa, en toda la extensión de la palabra. Del tipo medio de estatura de la hembra española, ó sea ni alta ni baja, en su cara morena, de facciones perfectas, irrepugnables, predominaba el bello atractivo de unos ojos negros como la endrina, de rutilante brillo y enmarcados por largas y combadas pestañas. Su cuerpo, más se asemejaba en sus suaves y armónicas ondulaciones al maravilloso é inmortal modelo de la Venus de Milo, que á

los escuálidos y rasos figurines lanzados é impuestos, en gran parte, por los modistos parisienses. Y no obstante el conjunto de seductoras gracias que la Providencia había acumulado en ella, con mano pródiga, Isabel no parecía en absoluto hallarse enterada de tales encantos. O, al menos, si lo sabía bien, si se percataba de los efectos perturbadores que producía en cuantos hombres, jóvenes y provecetos, la contemplaban y tenían la suerte de escuchar su dulce y grata conversación, poseía un arte delicado *para no darse cuenta* de la admiración que provocaba. Las adulaciones y lisonjas á su radiante hermosura, resbalaban sobre su invariable y discreta cortesía. El más atrevido y experto galanteador fracasaba irremisiblemente en sus cábales amatorias, y ó se conformaba con una simple concesión de trato superficial, ó, desdeñado, optaba por la huida franca y definitiva.

Quintana también reunía las condiciones apetecibles para inspirar pasiones á las mujeres deseosas de escarceos é intrigas fáciles de amor. Joven, guapo, rico, alegre de carácter y hombre de mundo, sobrabanle las oportunidades para lanzarse, si hubiera querido, por el sendero de las conquistas. Pero enamorado hondamente de su linda y adorable mujercita, nunca tuvo la flaqueza de posponerla á ninguna otra. A pesar, pues, de hallarse en ambiente propicio á delinquir, «la feliz pareja» siempre supo resistir bravamente los embates y burlar las asechanzas que intentarían minar su idilio y alterar su vida normal.

El matrimonio Quintana fué, con su proverbial afabilidad y efusiva deferencia, mi brújula orientadora insustituible en mi primer viaje á Londres. Obligado mi amigo Luis á marchar á la capital inglesa para ponerse al frente del Consejo de Administración de unas



En las espléndidas fiestas con que á menudo obsequiaban á sus relaciones...

El matrimonio Quintana fué, con su proverbial afabilidad y efusiva deferencia, mi brújula orientadora insustituible en mi primer viaje á Londres. Obligado mi amigo Luis á marchar á la capital inglesa para ponerse al frente del Consejo de Administración de unas

minas de grafito que se explotaban en España en la provincia de Toledo, y de las cuales, la mayoría de los accionistas eran ingleses, había instalado con Isabel en un elegante y coquetón hotelito de Chester Terrace. El sitio no podía ser más ideal. Sin estar alejado del centro de la gran urbe, disfrutaba de las inmejorables vistas del soberbio Regent's Park. Desde las ventanas del hotel se abarcaba con los ojos una de las perspectivas más espléndidas en aquellas frondosas arboledas y limpios y anchurosos paseos que componían el inmenso parque. El alojamiento de los Quintana reunía las ventajas encantadoras de su situación en un sector apacible y nemoroso de estar y muy próximo á las amplias arterias de Oxford Street, Regent Street y demás vías constantemente transitadas por un enjambre ensordecedor de peatones, autobuses, taxis, camiones y toda clase de vehículos.

Quintana é Isabel, excelentes conocedores de la vida londinense, tanto en el aspecto social como en el artístico, guiaron mis pasos por la colosal metrópoli y me orillaron habilísimamente mis primeras dificultades de comprensión del endiablado idioma característico de *chóferes*, *policemen* y demás gente popular; y también me ayudaron con asiduo interés á familiarizarme con el ambiente comercial, los diversos espectáculos, los museos y monumentos y las complicadas comunicaciones subterráneas y de superficie. Con tan obsequiosos y cultos *cicerones*, no es extraño que de mi primera visita á la gran capital del Reino Unido me quedara un recuerdo imborrable.

En efecto, á ellos principalmente debí el encariñarme con las magníficas atracciones que brinda la adelantada ciudad. Sus deleitosos jardines de Kensington, sus parques, sus espléndidos teatros Covent Garden, Daily's, Drury Lane, Hippodrome, entre otros tantos, sin olvidar el clásico coliseo Old Vic, en donde se rinde tan fervoroso tributo al inmortal genio de Guillermo Shakespeare; sus asombrosos museos el Británico—que deja en el cerebro una impresión duradera por sus grandiosas riquezas de valor incalculable—, el de Historia Natural, el de Victoria y Alberto, la National Gallery, la Wallace Collection; sus admirables edificios, tales como sus templos de San Pablo y de Westminster, sus Casas del Parlamento y su Palacio de Buckingham, y en fin, sus incommovibles y hermosos puentes sobre el Támesis y sus espaciosas é interminables avenidas, por las que circulan regueros humanos y caravanas mecánicas incesantes; todas estas estupendas atracciones de la enorme colmena, admiradas por mí en aquella temporada primaveral, bien cierto estoy que se hicieron más inolvidables en mi mente en virtud de la grata compañía con que se dignaron honrarme los de Quintana. La «feliz pareja», en aquel tiempo, quiso regalarme una parte de su dorada felicidad, haciéndome los honores con las más exquisitas delicadezas y atenciones.

Pero, ¡qué cambiado encontré al matrimonio en mi segundo viaje á Londres, tres años más tarde! Solamente había vuelto á saber de ellos desde mi regreso á Madrid, por alguna que otra carta recibida de mi amigo Luis. Y nada denotaba en sus escritos que se hubiera operado variación importante en aquel hogar. Sin em-



... poesía en su corazón, juntamente con su infinita ternura, un manantial inapreciable de energías...

bargo, todo el optimismo y la alegría que rebotaban en el ánimo de aquel hombre modelo, habíanse trocado en preocupación y tristeza en cuanto se quedaba á solas conmigo. Porque el caso era que mientras nos hallábamos en presencia de Isabel, procuraba por cuantos medios tenía á su alcance aparentar el mismo contento que siempre y se complacía en concurrir con ella acompañándome á los mismos lugares en donde tres años antes habíamos disfrutado tan intensamente juntos. Pero apenas nos separábamos de su angelical esposa, su espíritu se derrumbaba de modo harto visible y todos los esfuerzos que hacía para disimular y ocultarme su decaimiento resultaban inútiles.

Cuando me di cuenta exacta de su estado de desaliento y pesadumbre, insistí una y otra vez para que me abriera su corazón y me manifestara sus cuitas. Consideraba como un deber inexcusable aliviar con mis palabras y con mis actos, si hubiera sido necesario, la pena de mi noble amigo.

Gran trabajo me costó, sin embargo, que al fin accediera á mis requerimientos y me hiciera su confesión.

La causa de su abatimiento era de las que no habían pasado en absoluto por mi imaginación: cualquier otro motivo me hubiese producido menos estupor. Metido de lleno Luis Quintana en el terreno de las confidencias, me dijo, lisa y llanamente, que todo su pesar provenía de que estaba al borde de la ruina. La Sociedad de grafitos le había tragado gran parte de su capital. Entusiasmado por los beneficios que al principio se obtenían, adquirió una considerable cantidad de acciones, que sus tenedores le cobraron á buen precio. Pero no tardó en verse descender la producción; porque sólo se trataba de afloramientos y bolsadas con escasa proporción de mineral y que á medida que se profundizaba desaparecía totalmente todo vestigio de grafito. No queriendo el Consejo de Administración desatender los reiterados informes de los ingenieros, que afirmaban rotundamente que si se proseguían los trabajos de calicatas y galerías se encontrarían al fin los tan

ansiados filones, continuaron las tareas que sólo dieron como resultado el que se aumentaran de manera fabulosa los gastos de explotación, sin suministrar rendimiento alguno á las acciones en varios años.

Pero con ser tan grande la tribulación que mi amigo experimentaba por su desastre económico, aun era mayor todavía porque de ninguna manera deseaba que su mujer se enterara de su tremenda caída. Figurábase que ella, habituada á la opulencia y ostentación, hasta entonces, no podría soportar aquella penuria y escasez. Y para retrasar todo lo posible el horrible trance, Quintana había lanzado por la pendiente, primero, del crédito que pudiéramos llamar lícito, humano; y cuando éste comenzó á faltarle, por el peligroso camino de la usura.

Sin vacilar, vi, claramente, lo que mi dilecto amigo debía hacer para salvarse. Aparte de poner á su disposición en el acto las modestas disponibilidades de mi patrimonio, le aconsejé con toda suerte de argumentos que el mejor partido que podía tomar era el de exponer la verdad á Isabel, sin demora ni titubeos. Por muy doloroso que fuera el momento de la revelación, yo abrigaba la certeza de que ella sabría sobreponerse y no sólo afrontar resignadamente la situación apurada, sino que sus te-

soros de bondad suplirían con largueza y eficacia moral los que hasta aquellos instantes habían derrochado.

Muy grave tendría que ser mi desengaño para que mi opinión arraigada de antiguo sobre la mujer no se viera confirmada plenamente en aquella ocasión. La compañera del hombre, entendía yo, que al tener probada á conciencia su firmeza invariable y su invencible pasión, precisamente en los días de infortunio es cuando su grandeza de alma se manifiesta con todo su vigoroso y benéfico influjo. Y en el caso de referencia, no podía fallar mi profunda convicción.

•••••

Así sucedió, efectivamente. Terminadas las gestiones que me habían llevado á Inglaterra, á las pocas semanas, recibí en Madrid una carta de mi amigo, fechada en un pueblecito de la costa malagueña. Al ofrecerme su nueva casa un pequeño cortijo, que era cuanto había logrado salvar de su naufragio financiero, bendecía la hora en que le había iluminado en el tenebroso camino por donde marchaba.

«Tenías razón, amigo mío—me decía—. Mi sorpresa ha sido tan extraordinaria como mi gozo, al ver que mi amada Isabel, á quien yo creía irresoluta y apocada, poseía en su corazón, juntamente con su infinita ternura, un manantial inapreciable de energías capaz de hacer frente á las mayores adversidades. A ti te debo haber encontrado la senda de mi salvación. En vez de ir derecho al precipicio, adonde indefectiblemente me hubiera desplomado, tú me sacaste de la ceguera en que me hallaba. Pero á ella, á su voluntad de acero, realmente admirable, débole el triunfo conseguido sobre mis reveses de fortuna, por la fuerza con que ha sabido impulsarme. Me siento dichoso cada vez que considero toda la riqueza espiritual que atesora. De ahora en adelante, sí que creo que mereceremos con entera justicia y mejor que nunca, el dictado de «La feliz pareja».

FRANCISCO ANAYA RUIZ

(Dibujos de Quesada Hoyos)

UN NUEVO LIBRO DE JOSE FRANCES
 «ENTRE EL FAUNO Y LA SIRENA»



JOSE FRANCES

(Dibujo de Eduardo Malta)

José Francés, nuestro dilecto é insigne compañero, acaba de publicar un nuevo libro, admirable como todos los suyos, y con el cual se reintegra á su actividad novelística, un poco olvidada en holocausto de su generosidad crítica.

La obra crítica de Francés es extensa é intensa —lo saben bien los lectores de LA ESFERA— como la de ninguno. Los artistas le temen y le respetan á la vez, porque á su agudeza y penetración se irán en ningún caso los menos visibles defectos de técnica ni los más escondidos procedimientos en que la estética no esté representada.

Culto hasta lo inconcebible, de la clara fontana de su ingenio brotan con frecuencia luminosas enseñanzas, que en no pocas ocasiones han servido de ruta y jaro á legiones de artistas, que creen en él y siguen sus consejos, convencidos de hallar el laurel que persiguen.

Cada año viene lanzando al mercado de las letras un volumen que es toda una enciclopedia, única en el mundo, por la que desfilan las obras más notables y de mayor actualidad, y merced á la cual se han hecho ó consolidado no escaso número de reputaciones artísticas, que sin Francés no habrían adquirido difusión y prestigio.

Pero si grande y meritoria es su labor de crítico, la que como novelista lleva realizada no lo es menos.

Narrador genial, da á los personajes de sus libros toda la selecta naturalidad con que salen creados de la fértil imaginación que los fecunda.

Siempre emociona y apasiona. Modelos del género son novelas como La raíz flotante, La mujer de nadie, La danza del corazón, El hijo de la noche, Como los pájaros de bronce y tantas otras, divulgadas y traducidas á diversos idiomas.

Siempre hace meditar, agudiza y estimula, impulsa al lector á penetrar en el mundo de los personajes y cosas que se describen y no aparecen en la trama. Es un alarde de arte del ilustre novelista en el que pocos le igualan entre los de su generación.

Finalmente, como cuentista, Francés es, acaso, uno de los primeros contemporáneos. Sus tomos de cuentos La ruta del Sol, Miedo, El espejo del Diablo, etc., testimonian esa maestría. A ellos viene á unirse ahora Entre el fauno y la sirena, donde el admirable cuentista ha reunido una escogida serie de narraciones en las que la vida y las gentes del mar y de tierra adentro viven con extraordinario y apasionado realismo. Como muestra

de la bella antología cuentística que supone el nuevo libro de Francés, reproducimos á continuación un originalísimo cuento, colmado de melancólica ironía.

EL LANZADOR DE GLOBOS

I

Los jueves, las ciudades modernas se anían con el vuelo corto y cautivo de los globos anunciadores.

En los grandes almacenes se incuban durante la semana esos huevos enormes que luego vienen á buscar las recoveras espontáneas, las madres de los chiquillos, para que obsesionen á la muchedumbre á ras de sus cabezas, donde el recuerdo brota al leer tantas veces el nombre bamboleante.

No tienen la gracia menuda y humilde de los globos que se venden, ni su color sin mácula, rebelde á la librea del reclamo. No parecen, como aquéllos—rojos, azules, verdes, amarillos, morados—, cuando se escapan de la manita torpe ó rompen el hilo débil, frutos ávidos de ser ex-

puestos en los mercados celestes ó ideas fugientes al pensamiento que las moldea. Ondulan «atados corto», chocan contra las narices de los transeúntes altos, el crepúsculo les apaga y desletra, les cambia en unas simbólicas bolas de grillete que las gentes gregarias no vacilan en ostentar. Necesitan aproximarse al fulgor de los escaparates, recibir la lechada luminica de los arcos voltaicos en las pausas circulatorias, para entonces recobrar por un instante el color y el estigma publicista. Diríanse trozos flotantes del alma de las muchedumbres, opaca, redonda, dispuesta á dejarse rotular, y que sólo al resplandor ajeno adquiere brillantez y disimula su forma vulgar.

II

De tantos, mezclados, viciños, inactivos ó inquietantes, como había dentro del café esta tarde de un jueves, sólo dos hombres miraban el desfile de los globos, testas vacilantes y ocasionales de la multitud acéfala. Los demás les veían ó no les veían, pero no les miraban.

El hombre melancólico de las manos cruzadas y el pensamiento errabundo. El hombre que escribía y de cuando en cuando levantaba la cabeza para refrescar el pensamiento á través de las ventanas oculares.

Y coincidieron cuando del otro lado del cristal —que intercambiaba en dos acuarios diferentes la calle y el café— vieron la silueta flaca, agalgada, de otro bipedo de su sexo, que sostenía el globo semanal de los almacenes, mientras lanzaba hacia la fauna abisal del interior esa mirada interrogativa y desconfiada de los citados con poco dinero ó mucha tacañería en la mesa de un café. Hacía un poco de viento, y el anuncio esférico le abofeteaba suavemente el rostro y le desteñía y teñía con sus reflejos de vino sucio. Luego se hundió, sin prisa, en el acuario exterior, sujeto al dedo el globo, ya negro, con que le premiaron la compra de unos calcetines ó de una camiseta.

El escribiente dejó la estilográfica, que sudaba tinta entre su índice y su pulgar, ya acostumbrado á intoxicarse de azul fijo. Miró al hombre melancólico que meditaba, y sonrió, animándole á sonreír por el mismo motivo.

—Hace falta valor para ir así, como un niño ó como una madre, llamando la atención hacia su rostro sin afeitar, su gabancete raído y su desgarbo—comentó el melancólico.

—¿Quién sabe? Tal vez no buscaba aquí dentro sino un niño ó una madre, para regalarles el globo que aceptó sin saber por qué. Sospecho que no iba á gusto con él. Hay hombres tímidos que no se atreven á rechazar lo que millares de estúpidos ó de audaces se envanecen de mostrar en el día ferial de los globos comunes, en ese día que expresa bien la plenitud espiritual del censo.

—¿No le gustan á usted los globos?—preguntó el cogitabundo.

—Mucho. No éstos. Sino los que yo lanzo cada día—respondió el escribiente.

—¿Ah! ¿Es usted...?

—Lanzador de globos, señor mío. Inflaglobos, que no es precisamente soplapitos, como algunas veces me suponen los propios globos lanzados

por mí á la atmósfera y á los ¡¡ooohhhs!!! de las gentes expuestas á padecer torticolis. Claro está que no de estos globos en serie y con la barriga servil al reclamo, que los comerciantes se cobran en los céntimos ó las pesetas de sobreprecio; ni tampoco de esos en forma de berenjena ó de porra múnice que los vendedores ambulantes

cisaron ser soplados por nadie. Les pierdo de vista pronto. Los hay que suben demasiado alto; los hay que se pierden; los hay que se meten por una chimenea donde empiezan á guisar.

—¿Y no hace usted más que lanzar globos de esa clase?

El hombre que escribía se miró el índice y el pulgar achatados, manchados por el sudor de varias estilográficas.

—Es como un vicio más poderoso que mi voluntad y que mis ilusiones. No; realmente no hago otra cosa sino inflar globos y lanzarles desde mi huertecico de escritor solitario. Yo debería, ya lo sé, plantar árboles que me dieran sombra, seguir creando mi jardín literario; pero, ¿qué quiere usted?, empezó divirtiéndome esa tarea de lanzar muñecos pintados por mí, con apariencia de personajes ó de bestias, y ha concluido esto por ser mi tarea exclusiva...

—¿Y no vuelve usted á ver nunca á sus globos?

—Ya lo creo. Me los encuentro á ras de tierra ó encaramados en las torres.

—¿Y ellos le reconocen á usted?

El hombre que escribía se encogió de hombros.

—No siempre. Para seguir subiendo, todos han procurado arrojar el lastre de la gratitud y apagar la luz que les iluminó y les hinchó por primera vez. Pero esto no importa. Lo que unas veces me sorprende y otras me duele es que de cuando en cuando llaman á mi puerta, abro y penetra uno de esos globos con ínfulas de ser un hombre que piensa, que siente y que tiene músculos, vísceras, huesos como los hombres. Yo sé que no es sino una forma bamboleante é insuflada, á la cual se le escapa el gas. ¡Quiere presumir ante mí, desdeñarme y vituperarme! Alguna vez le invitaré á usted á presenciar este espectáculo del globo con apariencia de persona creyendo que todos estamos en las nubes, como él...

—Lo celebraré mucho, señor... ¿Cómo?

—¡Ah! Sí. Es verdad. Tome mi tarjeta.

Y el lanzador de globos entregó al cogitabundo su tarjeta:



Cubierta del tomo de cuentos que acaba de publicar José Francés, y en el que la pluma del ilustre novelista logra máximo vigor, máxima sugestión y máxima universalidad

hinchán desde el borde de las aceras, con un impudor de inconsciente ancestralía pagana. Mis globos son como aquellos grotescos que en otro tiempo, y aun ahora, en algunas fiestas pueblerinas, se lanzan al espacio, y que tienen formas de seres humanos y zoológicos. Me divierte inflar globos de esta clase y verles luego subir, subir por los aires mientras los vecinos se asoman para reírse con ellos ó envidiarles. Algunos estallan de pronto, ¡¡paff!! Otros se consumen de su fuego interior; otros se desinflan y se hacen un pingajo gris, que cae vertiginosamente. Pero la mayor parte se elevan tan orondos, tan enfatuados, tan parecidos á lo que ellos quisieran ser, que no puede usted imaginarse cuánto me regocijan.

—¿Y son todos grotescos?

—La mayor parte. Pero su realidad cómica es un secreto para la muchedumbre. Lo sé yo, la comprenden otros lanzadores de globos, ó los seres á quienes imitan estos globos y que no pier-

FULANO DE TAL

CRÍTICO

—Muchas gracias—dijo el meditabundo—. Me gustará también verle lanzar uno de sus globos.

—¡Oh! Es muy fácil. Verá.

Y el lanzador de globos cogió sus cuartillas, esparcidas sobre la mesa de mármol, las enrolló en forma de tubo, sopló, y en el aire enrarecido, espeso, escandaloso, del café, empezó á precisarse y á flotar un fantoche grotesco que buscaba la hélice quieta del ventilador como un aeronauta de caricatura, dispuesto á lanzarse á los vientos próximos del sitio donde los hombres sitúan la gloria.—JOSE FRANCÉS



EL VIEJO PARIS DE NOCHE
UNA CALLE DE MONTMARTRE

MONTMARTRE va desapareciendo poco á poco; en lugar de las casas misérrimas, en callejas sombrías, que tenían el prestigio de la imaginación de sus habitantes, van surgiendo edificios altos, casi rascacielos, colmenas humanas sin color ni sabor. Montmar, re deja así de ser pintoresco; pero aun quedan en él rincones vetustos con todo el color de los tiempos en que la plaza del Tertre era como la capital de una república independiente, y parejas de enamorados, infinitamente menos siniestras que las de la Villette ó los «fortifs», y capaces de inspirar á los dibujantes bellas estampas.

(Dibujo de Ochoa)

MUJERES DE AMÉRICA

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

TUVE una sorpresa magnífica al recibir el primer libro de esta escritora.

Entre muchos que llegan á mí, pálidamente, que desdoble y miro con un sentimiento de religiosa obligación, tantas veces inútil, aquel de María Alicia es una prenda inolvidable.

Son demasiadas las mujeres que editan versos y prosas vulgares en nuestra América racial. Con frecuencia, el prólogo de estos volúmenes rampiones es un retrato bello, y acaso medio desnudo, de la autora; después sigue el exordio de un poeta, que le dice á la dama cuatro galanterías. Entonces ella hace su aparición, imitando fatalmente, y sin conseguirlo, á la Ibarbourun, con desplantes y llamadas de un erotismo grosero, cuyo valor se pudiera reducir al título de cierta comedia popular: *¡Aquí hace falta un hombre!*...

Precisamente cuando la mujer saludable empieza á demostrar, hasta en los países hispanos, que se basta á sí misma, dentro de la ineludible colaboración humana, ese mutuo apoyo social nada relacionado con la famosa Libido, digan lo que quieran las divulgaciones freudianas.

Esa pobre literatura de ocasión, exenta de arte y personalidad, nos acostumbra á la tristeza de muchos casos iguales. Y quizá somos una excepción en la constancia de abrir y leer cada día estos libros, privándonos de otras lecturas atrayentes y rápidas: es que rendimos un previo tributo al genio posible, en desagravio al cruel egoísmo con que la mayoría de los escritores, así se llamen críticos, rehuyen su atención al compañero desconocido y aun al afamado contrincante.

Aquí, en España, es costumbre de cada autor, en general, no prestar interés más que á su propia obra. O á la del amigo compinche de quien espera un elogio público.

Y ya cuando aparece un libro, sabemos, con no poca diversión y fisga, quién ha de alabarlo y cómo y dónde, ó quiénes se han de hacer los desentendidos y mudos, como si la obra, por buena que sea, no se hubiese publicado.

Con este criterio tan... tan mediocre, por no llamarle otra cosa, se pierde alguna oportunidad del hallazgo feliz. Como este mío al tender las manos creyentes, sobre muchas equivocaciones, al encuentro de un poeta.

Aquí está, refrendado por dos nombres de mujer, según en nuestra América se usa: María Alicia.

Tiene cinco años de escritora confirmada, cinco libros en el regazo juvenil, y ya no necesitaría su apellido español para ser conocida entre los buenos lectores del castellano, libres de prejuicios tradicionales y de sectas literarias: los que saben, en fin, que una mujer puede ser un gran escritor.



María Alicia es suramericana; otro peligro para temer que su obra, niña y vehemente, se afiliasa á la innovación erótica de «Juana de América», sin llegar, como no ha llegado ninguna prosélita de la insigne uruguayana, á ese punto de honradez emotiva, acento candoroso del instinto, que nos recuerda la primaria conjunción amorosa de *Dafnis y Cloe*. Y que es el distintivo escolástico de la Ibarbourun, tan difícil de mantener sin morbosa contaminación, y que tales estragos produce entre las escritoras modernas hispánicas.

No; María Alicia anda por su camino propio; es Ella, únicamente suya, aunque fiel á su tiempo, á su edad y á su linaje. Domina bien el ámbito de sus aptitudes, porque tuvo la intuición de su destino, con raro acierto, y no lo defrauda; pese á la hostilidad del ambiente en que se nutre y lucha: por lo mismo que avanza sola, ajena á las rutinarias esclavitudes.

Desde su primer libro *La rueca*—versos—, fué nuestra escritora una revelación; nuestra, dos veces, aunque ha nacido y vive en la Argentina. Pero nos corresponde por la casta, el idioma y el sentimiento. Sus raíces literarias son esencialmente españolas en la pura categoría de misticismo y pasión que tan ahincada lucen aquí los grandes poetas originarios.

De esa órbita insigne le viene á María Alicia su tradición única, interna lumbré que la autora desplaza fuera de toda ley á la retórica exactitud, vivida al conjuro de todo grito espiritual.



MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ
Ilustre escritora suramericana

Obediente á su histórico resorte, diríamos que la obra de María Alicia se asemeja á esa noble arquitectura del hogar andaluz que abre en el patio su corazón y lo diluye, recogidamente allí, en mapaderos de agua sollozadora, albercas y cauchiles; en olores de arbustos perennales, murta y arrayán de los jardines claustrales y los huertos mediterráneos.

Así, en todas sus producciones, las poesías *Crepúsculos de oro* y *Música de siglos*, como en las prosas poéticas *Idolos de bronce* y *El hermano ausente*, la autora se nos muestra íntima y vibrante, con más austeridad que morbidez, á estilo de la buena estirpe castellana; pero tan lejos de arcaísmos arrumbados como lo pueden estar la Luna y el Sol en el cenit. Tan distante, pues, del barroquismo de Góngora y de sus incautos mixtificadores, como de la transición realista de los románticos decadentes.

María Alicia Domínguez es el poeta de ahora, que exprime su arte en una multiplicación de la Belleza suma, bajo el acoso de formas y matices estrictos, rebosantes de contenido ideológico. Y sin olvidar los graves enigmas evocadores.

«Muerte, llave del misterio.
Dolor, espuela del canto...»

nos dice la sutil artista, entregada á su cantar doliente. Sabe que el dolor sin remordimientos guarda tesoros de futura gloria inmortal, y que si á veces nos deslumbra ó nos abrasa, es siempre una egregia Luz.

Y, al través de tan subido resplandor, la poesía profunda y entrañable de esta moza primaveral, nos conduce, á menudo, á la Santa de Avila y á su compañero fray Juan de la Cruz. Como si las inclitas voces de aquellos célebres peregrinos hallasen una resonancia en la voz nueva de la criatura que hoy dice por el hermano ausente:

«Reposa. El lobo del mundo
no hará nunca presa en él.
Llora por ti, que aun caminas:
él ya no es llanto ni sed.»

Y más tarde, rezando:

«Piedad para la boca,
teñida en la pasión como en un vino rojo;
piedad para el orgullo de la frente engrendida
bajo el laurel solemne y el mirto rumoroso;
piedad para los ojos regalados de luces,
y para el corazón que es llama sobre el polvo.»

Esta mujercita de contornos finos, de mirada nocturna y expresión adorable, trata los asuntos del amor con la enorme delicadeza de un delirio sublime. De su espíritu, enfervorizado, brotan el presentimiento y la esperanza junto al atisbo de una primera realidad, sagrativamente, con respeto y unción.

En su obra *Música de siglos* hay algunas composiciones de esta índole inefable; sobre todo, una maravillosa, desde la cual imagina convertirse en árbol, en espera del hombre elegido, y que termina así:

«...Un día has de buscarme por todos los caminos
de la tierra y del bosque, sin poderme encontrar
ni bajo álamos de oro, ni bajo oscuros pinos.
Yo me habré vuelto un árbol y te veré pasar.»

Si mi recuerdo llevas como una abeja loca,
cuyo aguijón de fuego te punce el corazón,
deshilando mi nombre, todo miel en tu boca,
mis hojas, cuando pases, te darán su canción.

Pero si por la senda vas marchando al acaso
y tus ojos espejan un amor que no es mío,
se detendrá mi savia luminosa á tu paso
y encontrarás un árbol cubierto de rocío.»

Para cada gran secreto humano tiene María Alicia una actitud de observación intensa: el amor, el dolor, la muerte, el fraterno deber que nos exige un tributo social de trabajo y sacrificio:

«Yo adormeci mi inquietud larga,
cerré mi templo y fui á sembrar.
Sembrar es bueno. ¡Hasta en la onda
móvil y amarga hay que sembrar!...»

Con esta *Canción de los sembradores* nos abre el vital impulso de muchas promesas generosas: quiere lanzar la semilla de su ternura hasta el supremo *aljolí de la Eternidad*.

Y en un suelo tan clavado de huellas como el del arte literario, María Alicia Domínguez destaca su figura moza llena de interés, ávidos los grandes ojos morenos frente al ansia viva de la propia creación.

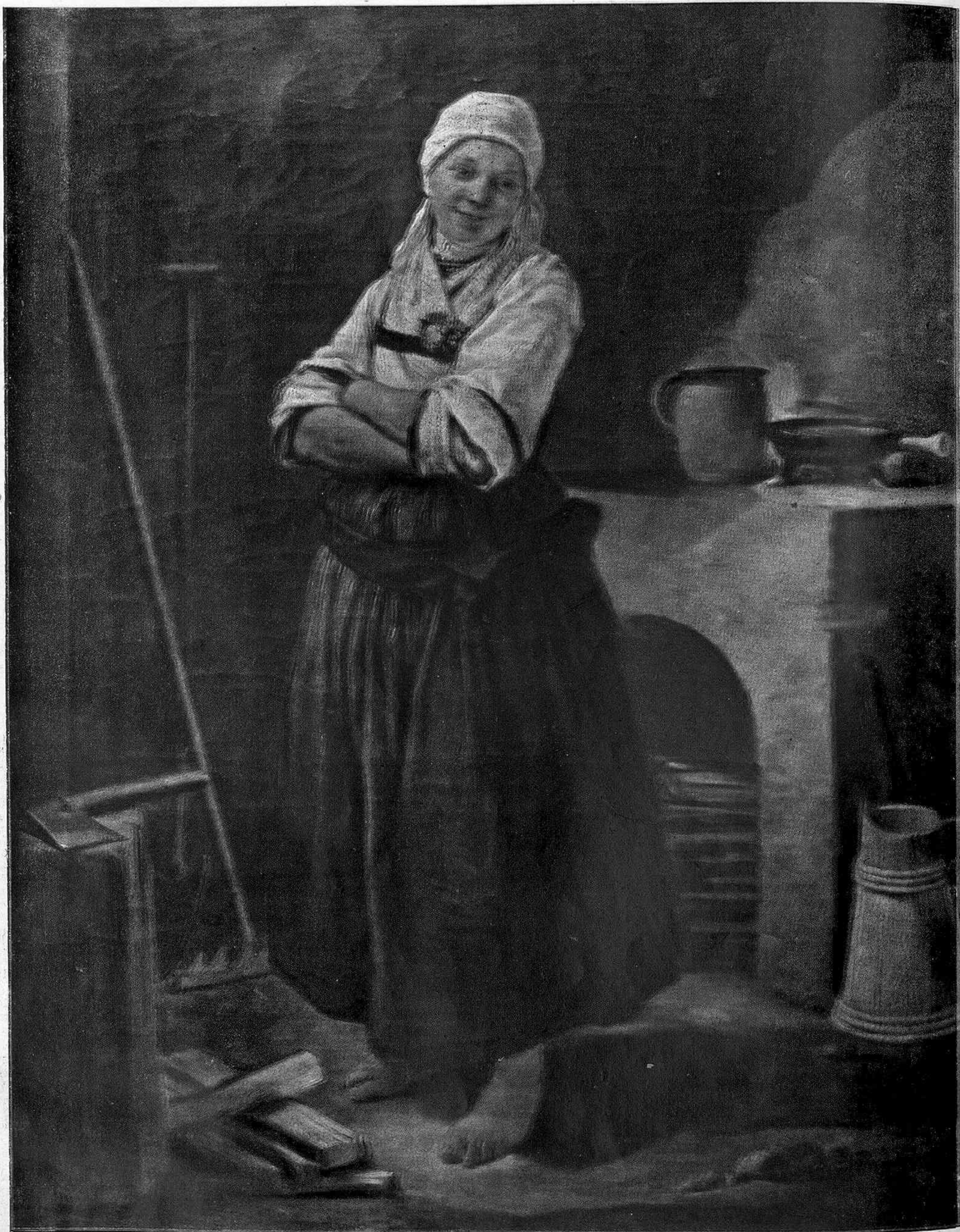
Su genio lírico no necesita ningún elemento artificial en que inspirarse; le bastan los cielos, los océanos, las selvas y los montes. La Naturaleza le da toda la gama de sus tonos más sensibles, mientras la artista urde versos y prosas bajo el signo radiante de esa fértil juventud que permite á la criatura más atormentada extraer de todos los sufrimientos materiales un eterno optimismo redentor. Y exclamar:

«¿Por qué decir: No he de volver á verte?
Mundo del sol, del mar y de la selva:
aunque me vaya y aunque nunca vuelva:
¡No hay muerte!»

Rotunda y alegre afirmación, que por sí sola vale por todas las ilusiones efímeras de la Tierra.

CONCHA ESPINA

Madrid y Mayo de 1930.



«Aldeana», cuadro de Carlos Hutin,
que se conserva en el Museo del Prado

SOBRE EL LINAJE

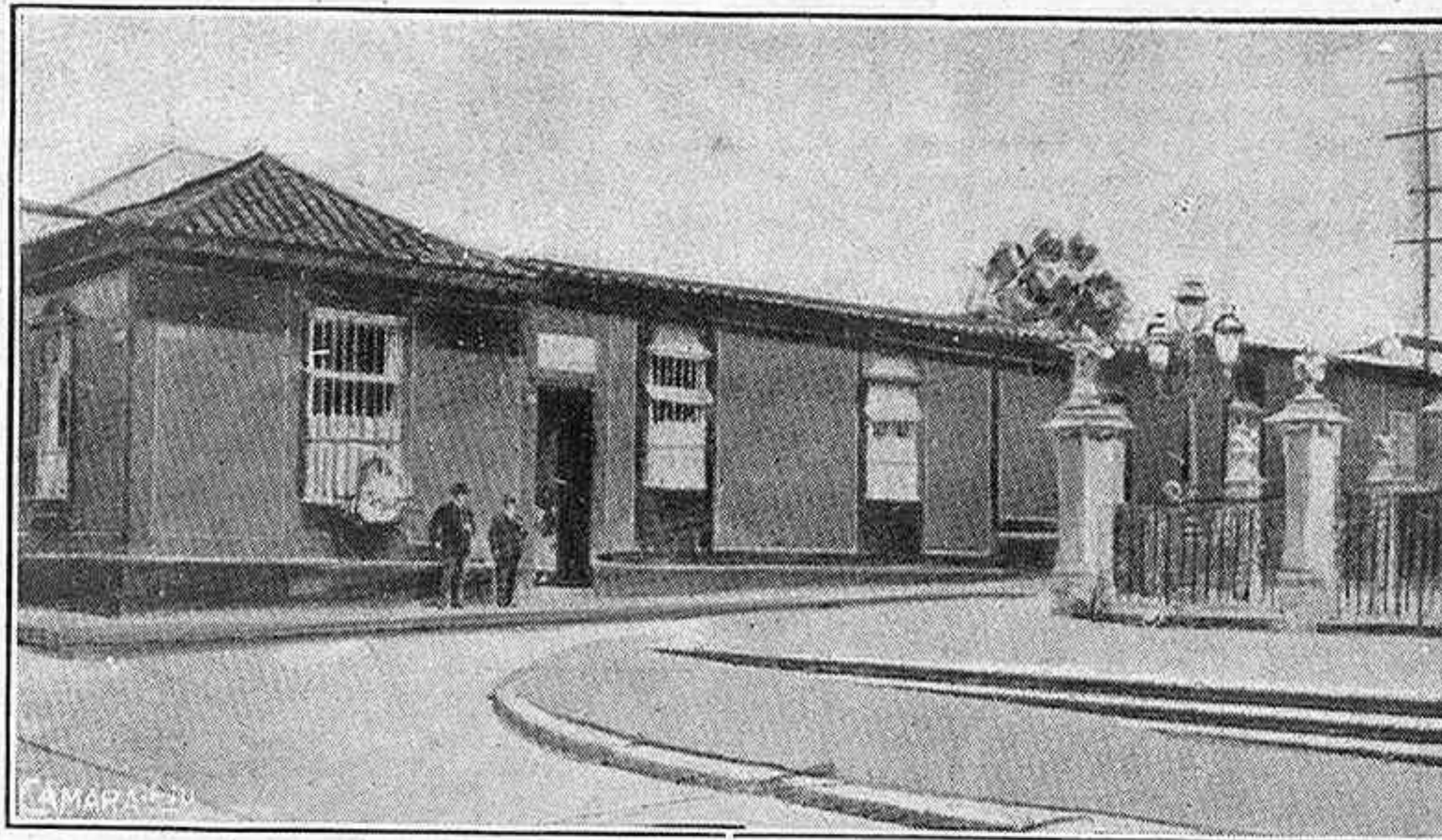
EVOCACIÓN DE DON ANDRÉS BELLO

VIAJANDO por Galicia en visita de escuelas llegué á una vieja ciudad histórica de tipo campesino, y me asomé, como hago siempre, á la primera escuela que me salió al paso. Aunque no estuviesen el asta bandera y el escudo, el cántico ó recitación acompañada de las niñas y otras señas no menos fehacientes, me habrían bastado para descubrirla. La señora maestra me acogió con gran alegría. Era también de tipo campesino, rural, muy inteligente, muy efusiva. Se volvió hacia las niñas y me presentó, ponderándome mucho:

—Aquí tenéis á este caballero que se molesta en venir á vernos. Es un escritor famoso y lo mejor que ha hecho es una gramática de la Lengua Castellana. Vosotras me habéis oído hablar seguramente de él y de sus viajes. ¡Hágame el favor de sentarse, señor Bello!

¿Por que no prolongar en este siglo la existencia gloriosa de don Andrés Bello, que nació en 1781, á bastantes millas del puerto de Vigo, el más próximo de esta escuela, y que hizo en vida méritos sobrados para ganar el elogio de una maestra española de 1929? No hubiera sido cortés rectificarla. Además, seguramente acababa de pronunciar un buen juicio literario, porque yo creo también que lo mejor que he hecho es lo que no he hecho. Hay, pues, sesenta ó setenta niñas orensanas, de origen céltico, que tienen fundamento para decir que han visto al glorioso don Andrés Bello.

Desde fuera de su *gens* chilena he seguido siempre esta gran figura americana con simpatía familiar. Mi buen amigo don Francisco A. de Icaza, al enviarme poco antes de morir su «Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España», me escribía:—Quizá le interese saber que entre las relaciones



Casa en que nació Bello en Caracas

auténticas de méritos y servicios realizados por mí para ese libro hay un salmantino de apellido Bello. No he seguido la pista. Sígalas usted que es también salmantino.—Difícilmente hubiera podido seguirla yo que en punto á linajes soy cervantista. Mejor podrían hacerlo los biógrafos de don Andrés Bello, que acaso encontrarán el origen de esa frondosa rama americana en el soldado del marqués del Valle y que pueden considerar más interesante la genealogía. Por mi parte, un aragonés filólogo é historiador me decía muchas veces:—Tiene usted uno de los apellidos más antiguos de España; viene de los montes de Teruel y descende, sin duda, de los Bellos, tribu famosa en la guerra numantina—. Pero Valle Inclán me advirtió un día, despectivamente, desde la altura de su Inclán céltico, que en Galicia todos los viejos son Vellos. La verdad es que nunca se me había ocurrido fundar orgullo en cosas tan ajenas á mi acción personal.

Para entretenimiento de los linajistas de

América diré que, en efecto, en la relación transcrita por Icaza de las personas que pasaron á Nueva España con Hernán Cortés ó con Pánfilo de Narváez, figura, como residente en la ciudad de Méjico, un Juan Bello que declara lo siguiente

«Joan Bello, dize: Que es vezino desta cibdad, y natural de cibdad rodrigo, é hijo legítimo de Joan Bello Troche y de Leonor Gutiérrez de Cáceres, é que pasó á esta Nueva España en companya de Joan de Grijalua, á la descubrir y después tornó á ella con Pánfilo de Narvaez; y se halló en la conquista y toma desta cibdad de Méjico y de las demás provincias á ella comarcanas y en las de Igueras y Panuco y los Chontales, en remuneración de lo cual le fué encomendado el pueblo de Izmiquilpa y el de Estata; é que es casado y tiene una hija legítima y su casa poblada con sus armas y caballos.»

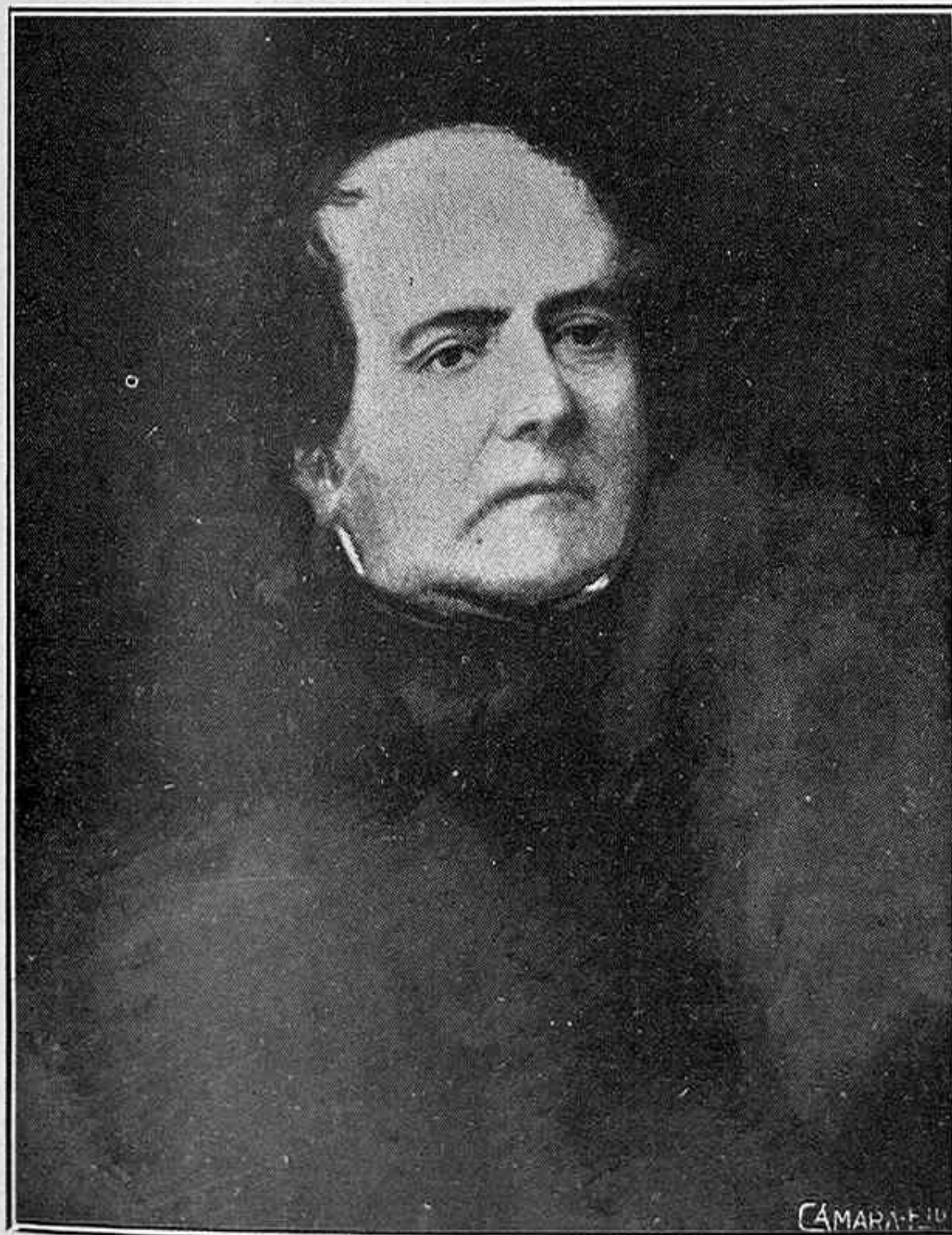
Este conquistador, encomendero, es de los pocos que no piden nada. La mayoría de los que figuran en la relación «padesen necesidad» porque no les dieron nada ó lo que les dieron «es de poco provecho».

Sin seguir la pista, como me aconsejaba nuestro inolvidable amigo Icaza, vi que su noticia contradecía otra de Bernal Díaz del Castillo en la «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.» Allí se habla de ese Joan Bello y yo lo recordaba como uno de los soldados que mandó Hernán Cortés con Francisco de las Casas contra la rebeldía de Cristóbal de Olí. Era uno de los que Cortés había llevado de Cuba y Bernal Díaz dice que murió en el camino de esa terrible expedición con Francisco de las Casas. Lo cual, como

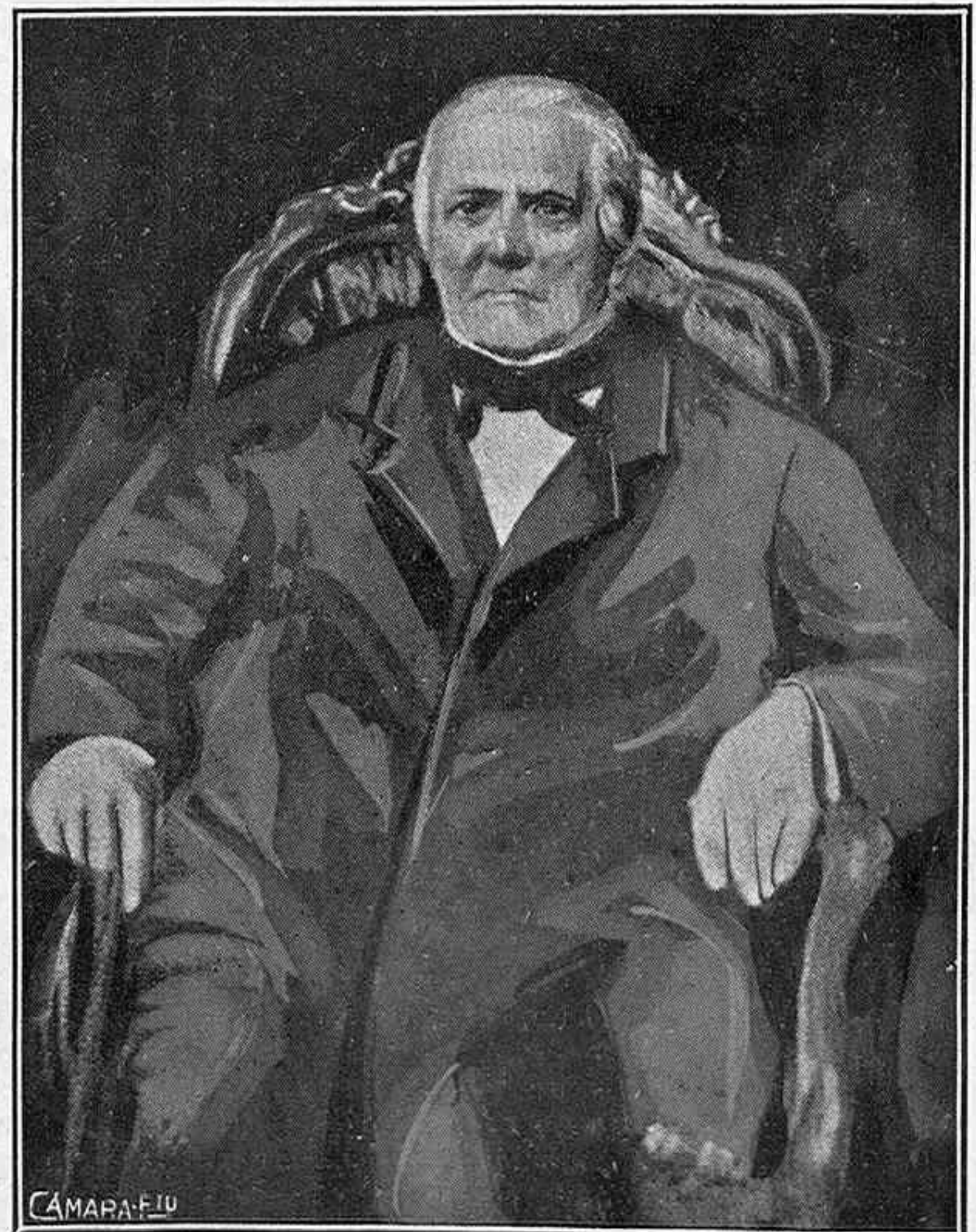
se vé por la relación transcrita, no ocurrió así, por fortuna para Joan Bello y quizá para América, si, como parece posible, arranca de ahí y no de algún otro emigrante, hidalgo ó plebeyo que llegara después, el linaje del gran humanista americano.

Quizá algún día considere entretenida la búsqueda de datos nuevos sobre el oscuro soldado de Hernán Cortés. En cuanto al origen de Andrés Bello mejor han de conocerle y estudiarlo, si lo creen oportuno, venezolanos y chilenos. En un artículo de Joaquín Alvarez Bello, publicado en la Revista Chilena—donde encuentro interesante iconografía del patriarca—, leo que «...el orgullo de las familias americanas se cifra en recordar sus apellidos, del viejo solar hispano...» Revertiéndolas á nuestro ideal actual diré que acaso el orgullo de las familias españolas se cifra en ver glorificados los apellidos fuera de su viejo solar.

Luis BELLO



«Don Andrés Bello», cuadro existente en el Seminario de Santiago



«Don Andrés Bello», óleo de Arturo Lamarca Bello



Un aspecto de la feria callejera de cuadros, que actualmente está instalada en el boulevard Montparnasse, de París

LA «FOIRE AUX CROUTES» UNA EXPOSICION EN EL BOULEVARD

El inmenso Grand Palais de París resultó ya, desde hace mucho tiempo, insuficiente para cobijar en los primaverales días del Salón Anual toda la producción artística que sus autores anhelan dar á conocer.

Por eso, con deseo de suplirle ó de completarel, han ido surgiendo, unas veces con airado empaque de protector y otras más humildemente, y en más de una ocasión con propósito de definir tendencias ó mostrar resultados de escuelas diversas, otros muchos salones, de menor importancia numérica, pero no siempre de menor interés artístico, que tampoco han resuelto el problema.

Cosa análoga ocurre con las exposiciones particulares que iniciaron los pintores consagrados, ya que se consideraban demasiado selectos para codearse con la muchedumbre en el Gran Palais, y que luego han hecho, sobre todo, los pintores adinerados.

Esos salones privados son, efectivamente, costosos, y eso ha sido uno de los motivos que han dado mayor amplitud á la vieja *Foire aux croutes* en que exhibían sus obras, más ó menos geniales, generalmente menos, los *rapins* de Montmartre, pintores incipientes ó incomprendidos,

que tenían el orgullo de su bohemia y no vacilaban en exponer sus cuadros en medio de la calle, como un desafío á los cenáculos y á las camarillas que les impedían llegar.

Ahora, el éxodo de los ciudadanos de la república libre de Montmartre hacia otros extremos de París, ha hecho que la *Foire aux croutes*, la exposición callejera, se traslade también, y si no ha llegado todavía á Montrouge, se ha instalado ya en el boulevard Montparnasse, donde aun siguen dándose cita, aunque ya hace muchos años que desdeñan la vieja *Rotonde*, los hijos de Apeles de los más diversos países y tendencias.

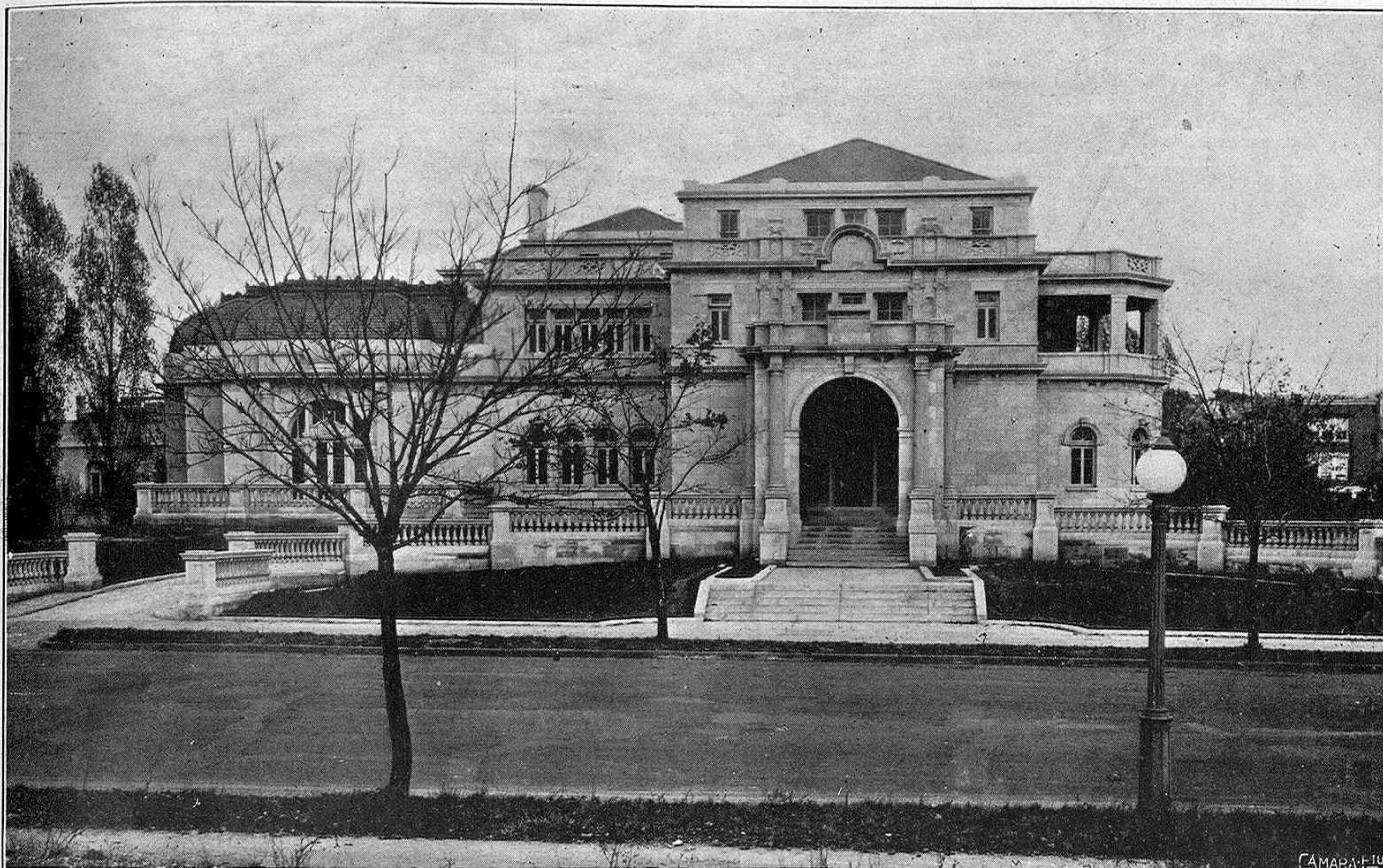
En el boulevard Montparnasse está actualmente la verdadera *Feria*; pero los artistas callejeros no se conforman ya con un espacio limitado ni con un tiempo reducido é invariable, y del barrio más americano de París descenderá luego é irá á instalarse apoyada en la verja del Luxemburgo ó en la del jardín de Cluny.

De lejos, esa Exposición recuerda un poco aquella que hace algunos años instalaba aún, en la calle de Alcalá, ante la Presidencia ó ante San Fernando, y alguna vez, más reducida, junto á la verja del Palacio de Buenavista, un

industrial, un «marchante» de ínfima categoría, cuyos negocios no debieron ser tan prósperos como él hubiese deseado.

Las exposiciones de Montparnasse y del Quartier, á pesar del rótulo despectivo de su origen, suelen ser más fuertes que la madrileña, y hay en ellas, á veces, firmas destinadas á conseguir más gloria que la de aquel famoso *Zammonino*, firmante de casi todo lo que en Madrid se exhibía. En París, además, hay aún afición suficiente para que las exposiciones callejeras no sólo sean viveros de gloria: los expositores venden muchos cuadros, y si es cierto que hay demasiados pintores, hay también muchos aficionados á la pintura.

De todos modos, en los nuevos cafés de Montmartre no tienen ya las paredes el bello y esperanzador ornamento que todavía conserva la *Rotonde*. Aquí también hubo una época en que el «periodista» de Fornos, hoy muy justa y dignamente enriquecido, mercader de obras de arte, vendía tallitas á precios económicos; pero que á veces servían de auxilio heroico á los artistas incipientes y paupérrimos. Aquellos tiempos pasaron, y no puede decirse que los actuales sean mejores.



Vista general de la Embajada de España en Washington

LA RESIDENCIA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL NUEVO PALACIO DE LA EMBAJADA EN WASHINGTON

EL PALACIO DE ESPAÑA EN WASHINGTON

SITUADO en una de las calles más importantes del distrito residencial de Washington, la suntuosa capital de los Estados Unidos, se levanta severo y magnífico el palacio de España, inaugurado por el actual Embajador de Su Majestad, don Alejandro Padilla y Bell, el día 23 de Enero de 1928, onomástico de nuestro Augusto Monarca.



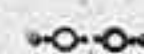
Una riquísima dama norteamericana construyó el lujoso edificio para que sirviera de morada a los vicepresidentes de la Nación, que no tienen, como el primer Mandatario, casa oficial para vivir durante el tiempo que ocupa el alto puesto en la gobernación del país. Era vicepresidente de la República, el que fue presidente después, Mister Calvin Coolidge, cuando la espléndida dama hizo el regalo a la Nación. Pasado el asunto a la sección respectiva del Senado, después de breve discusión, se tomó el acuerdo de dar las gracias a la generosa dama por el obsequio que deseaba hacer; pero manifestando que el Senado no podía admitirlo porque su sostenimiento sería muy costoso y

El excelentísimo señor don Alejandro Padilla y Bell,



el sueldo de los vicepresidentes no basta para vivir con tanto lujo. El vicepresidente Mister Coolidge, que siendo gobernador pagaba ochenta dólares de alquiler de casa al mes, y vicepresidente alquiló una modesta mansión de doscientos al mes, se manifestó contrario a trasladarse al palacio que se quería regalar a la Nación.

En vista de la negativa del Senado, la dama mantuvo cerrado por algún tiempo el palacio, que ya no sería residencia vicepresidencial, hasta que, por fin, resolvió venderlo. España no tenía a la sazón casa propia en la capital de los Estados Unidos, como la tenían otros países, y comprendiendo el Gobierno de Su Majestad que de la representación diplomática depende muchas veces el crédito y el prestigio de un país, resolvió adquirir el palacio en venta para establecer en él la Embajada en Washington, adaptándolo a las necesidades de su nuevo destino, haciendo en su interior algunas reformas y cambios y levantando de planta en la parte posterior de la fachada principal las oficinas de la cancillería y las habitaciones para el personal de la Embajada.



Embajador de España en Washington

Bajo la dirección de nuestro Embajador,



Patio andaluz de la Embajada de España en Washington



La señorita Rosa Padilla y Satrustegui, hija del Embajador de España en Washington

señor Padilla y Bell, que puso un gran entusiasmo en la adaptación del edificio para las necesidades del palacio dedicado a la representación diplomática de España, las obras quedaron terminadas en breve plazo, y el día del Santo de Su Majestad, hace dos años, el nuevo palacio de España en Washington abrió sus puertas de par en par.

Aquel día España pasó a ocupar el puesto de Potencia de primera clase desde el punto de vista de su representación diplomática, y el Gobierno de Su Majestad y su Embajador en los Estados Unidos pudieron sentirse orgullosos de la adquisición hecha, que redundaba en nuevo prestigio de España en el mundo social de Washington, como lo reconocieron jubilosamente todos los españoles radicados en este país.

Al lado de la Embajada de España se halla el palacio de Méjico, seguido del de Cuba, y al frente, reproduciendo las líneas generales del Renacimiento, se levanta la Embajada de Italia, nuestra gloriosa hermana latina.

Todo en la Embajada de España tiene sabor nacional diluido en el más puro ambiente de hispanidad. Diríase que el alma de España permanece junto a la forjada puerta, montándose guardia de honor a sí misma. Rojos damascos, señoriales y pesados, cubren las paredes del vestíbulo, apareciendo el escudo de España sobre un banco tallado de factura monacal que imprime a esa primera estancia un sello de profunda personalidad y carácter.

El comedor de gala, el gran salón de fiestas, el de conciertos, con una tribuna para los músicos, las distintas salas de recepción y espera, y, sobre todo, el despacho en donde el Excmo. Sr. Padilla y Bell atiende, estudia y resuelve los asuntos diplomáticos entre nuestro país y el gobierno de Washington, todo ostenta con fuertes relieves el más depurado estilo español.

En el arreglo y ornato de las varias dependencias de la Embajada descúbrese inmediatamente la sutil distinción y fina elegancia de la



Vestíbulo español del palacio de la residencia en Washington



Magnífico salón de fiestas del palacio de la Embajada

Excmo. Sra. D.^a Carmen Satrustegui de Padilla, esposa del señor Embajador, y de sus encantadoras hijas Rosita y Maruja Padilla y Satrustegui, que gozan de la más alta estima y consideración en las esferas de la gran sociedad de Washington.

De entre las obras de arte que encierra la Embajada española merecen especial recuerdo los retratos pintados por Mengs, el exquisito artista que embelleció los palacios de Madrid, San Ildefonso y Aranjuez, enviados por el Gobierno para gala de los salones de ese suntuoso palacio. Para los visitantes norteamericanos tiene, sin embargo, un atractivo especial, que no se cansan de alabar: el elegante patio andaluz, en cuyo centro un surtidor desgrana, de día y de noche, sus perlas de agua delante de un cuadro de azulejos representando a la Virgen de los Reyes, la querida madre y patrona de la piedad sevillana. Todo en este primoroso patio tan alegre y tan castizo es de España, menos el agua y la luz. Cuanto hay en el recinto de los salones: muebles, cerámica, forjas, azulejos, cuadros, tapices, faroles, lámparas y alfombras, todo procede de la industria española.

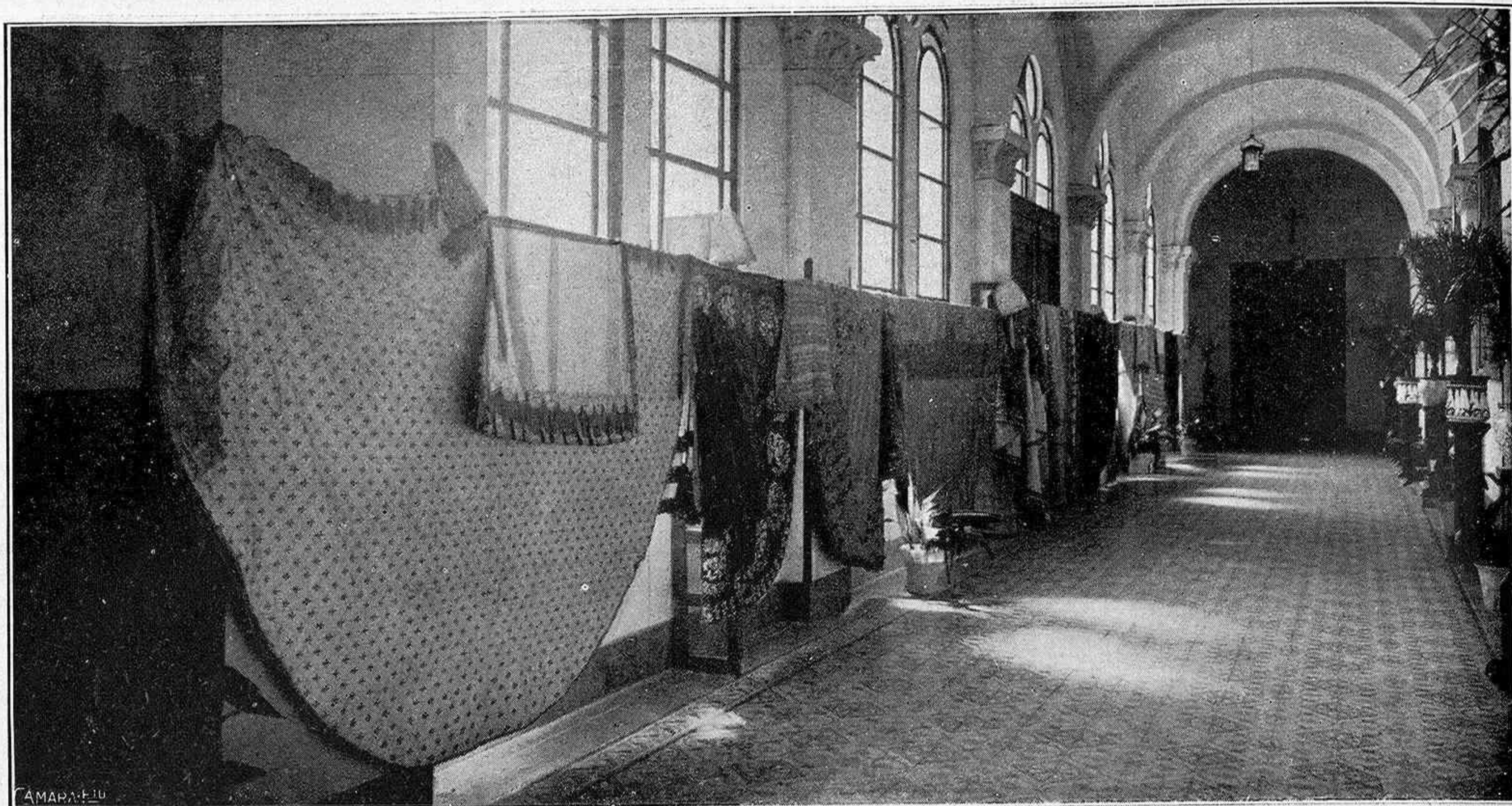
Hace poco tiempo, con motivo de celebrarse el santo de Su Majestad el Rey, se celebró en los salones de la Embajada una fiesta de adhesión, simpatía y amor a nuestro Soberano, y todos los españoles que a ella asistieron, por especial invitación del señor Embajador, procedentes de Nueva York y de otras ciudades de los Estados Unidos, a la usanza española levantaron sus copas cuando el dignísimo representante de España, al terminar el banquete, pronunció estas breves palabras: Señores: por Su Majestad el Rey...

Y un rápido fulgor de patria y de lealtad brilló en todos los ojos que instintivamente se dirigieron al retrato del amado Soberano, cuya vida y salud guarde Dios.

MARCIAL ROSSELL



La señorita Marichu Padilla y Satrustegui, hija del Embajador de España en Washington



Aspecto general de la galería de Atocha, donde se celebra la Exposición de mantos

Los mantos de la Virgen de Atocha y los trajes imperiales de las Reinas de España

LA iglesia en que hoy reposan los hombres ilustres no llevó en vano el nombre de Real Basílica de Atocha. Fué durante muchos años el templo predilecto de los monarcas españoles, que hasta don Alfonso XIII, que fué casado en San Jerónimo, en Atocha celebraron sus enlaces.

Fué, además, hasta que su estado ruinoso hizo cerrarla, la iglesia que semanalmente visitaba la Corte de España en acto oficial: todos los sábados, los reyes, con su séquito y su escolta brillantísima, cruzaban Madrid, desde Palacio á la Basílica, por la calle Mayor ó la calle del Arenal, la Puerta del Sol, la calle de Alcalá y el paseo de Trujeros, para ir á rezar la salve ante la imagen de la Virgen de Atocha.

Era un espectáculo para los madrileños, y más aún para los forasteros, que tenían menos ocasiones de ver á los Reyes, y era también motivo para manifestaciones de monarquismo y de afecto personal á los monarcas, que durante el largo paseo no cesaban de saludar á los que les saludaban.

Más tarde, cerrada la Basílica, la salve fué cantada durante algún tiempo, con igual

solemnidad y el mismo carácter palatino, en la iglesia del Buen Suceso; pero ya no era lo mismo, ni el recorrido era por lugares de máxima circulación, ni tan largo, y, además, los tiempos habían cambiado. La salve por antonomasia era la de Atocha, y en cualquier otro lugar no tenía ya ambiente apropiado.

Ahora, la Basílica ha querido recordar sus glorias pasadas, la de aquellos tiempos en que

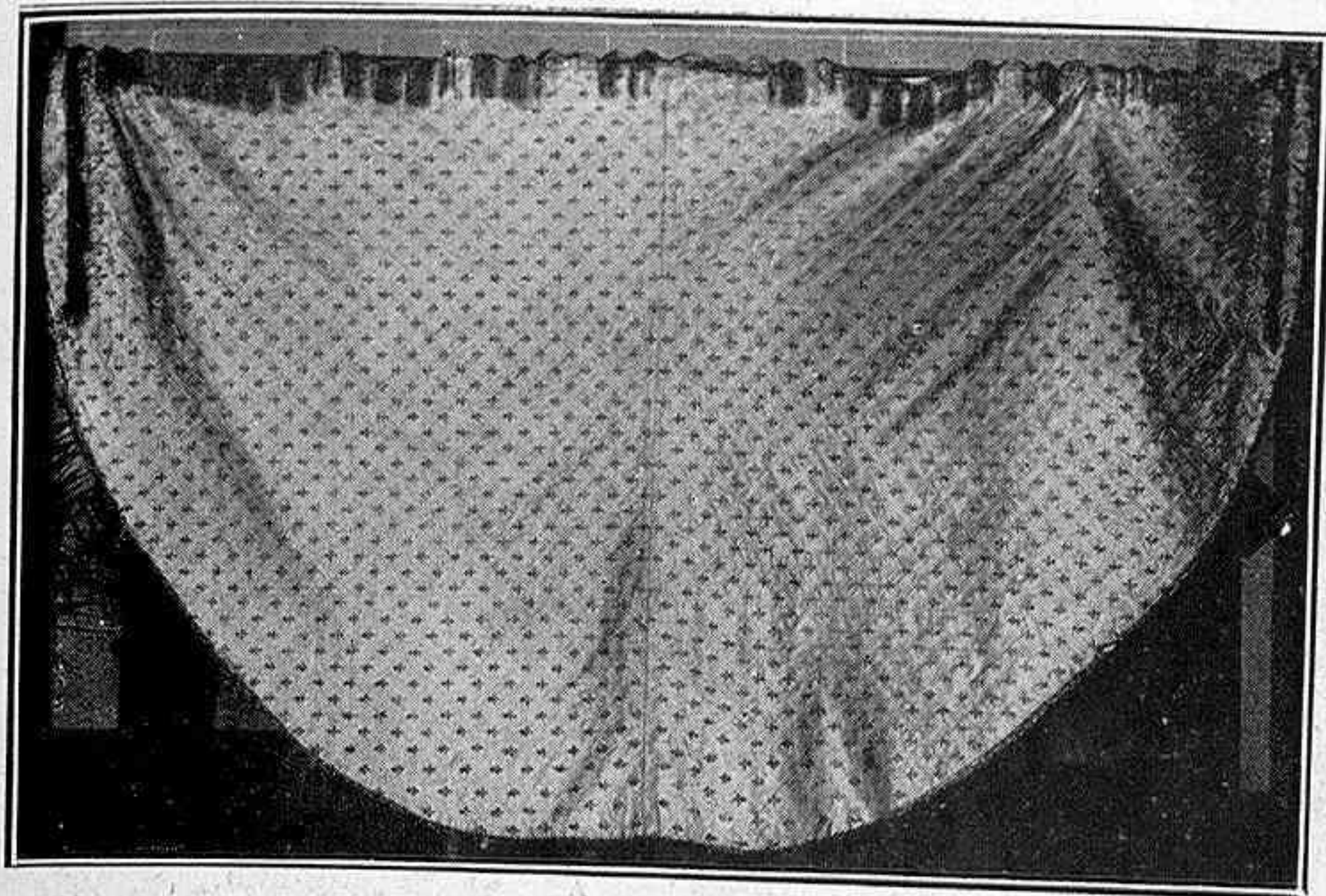
los muchachos madrileños aprendían á conocer y admirar las glorias históricas nacionales viendo las banderas colgadas, como ex votos, en lo alto de la iglesia, y ha hecho una Exposición de mantos de la Virgen, que tiene un doble interés: el artístico, porque entre esos mantos hay algunos que son verdaderas obras de arte, y el histórico, porque muchos también fueron hechos con vestidos imperiales de reinas de España.

La reina Cristina, esposa de Fernando VII; Isabel II; la reina Mercedes, la madre de nuestro actual Monarca, y algunas otras damas de la Familia Real, como la infanta Isabel, regalaron sus mantos de boda para ese fin piadoso, y ahora pueden ser cómodamente vistos en la Exposición, que tiene una enorme fuerza de evocación histórica.

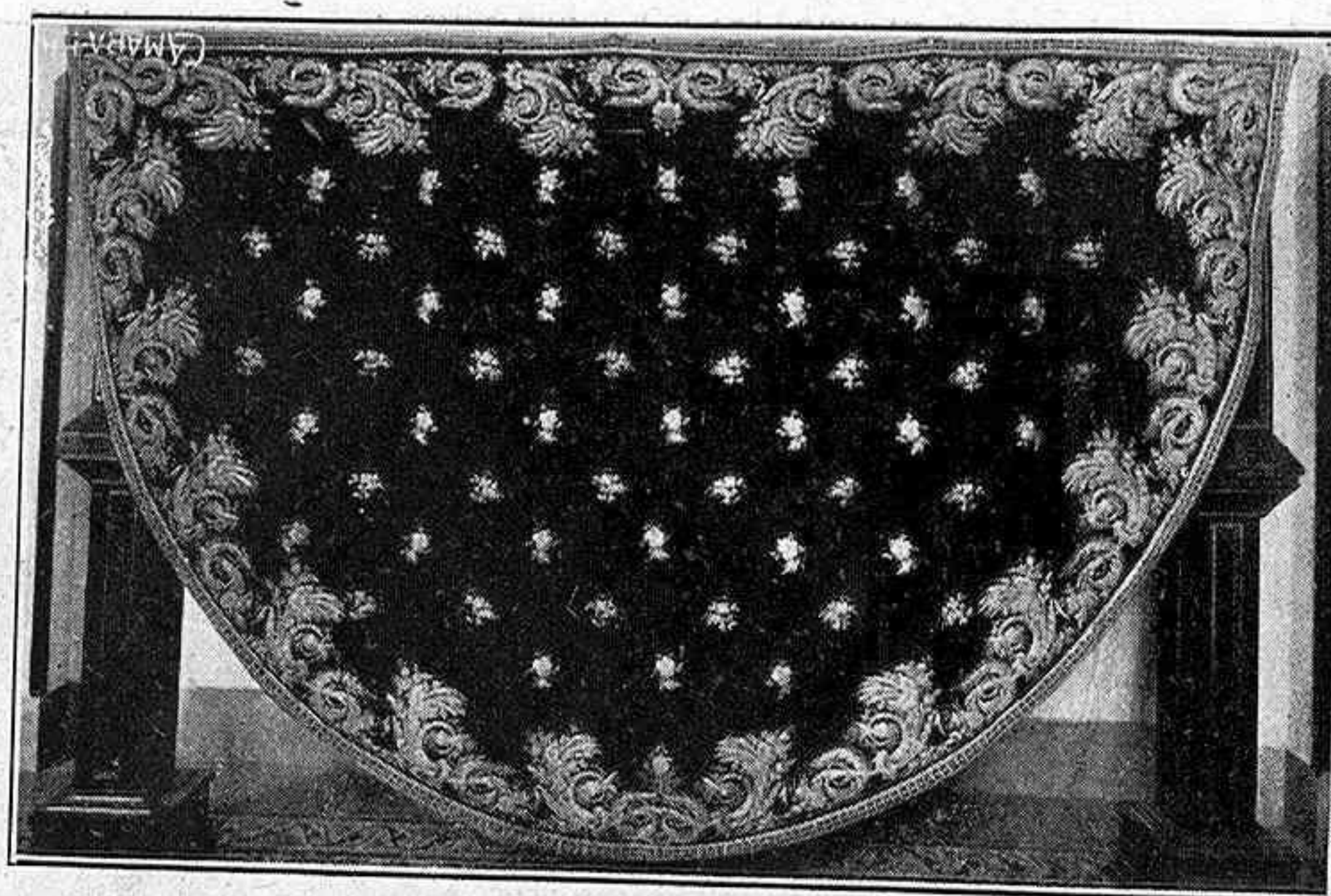
La reina María Cristina, que fué durante muchos años símbolo y bandera de la libertad en la guerra civil, ocasionada precisamente por un acto suyo; la reina Isabel, *la de los tristes destinos*, que no eran fáciles de vislumbrar el día de su boda; la reina Mercedes, la más popular de las reinas españolas, muerta en flor, y á la que aun cantan



Boda de S. M. el Rey Don Alfonso XII con Doña María de las Mercedes: momento en que el Patriarca de las Indias entrega las arras al augusto contrayente



Manto que la Reina Doña María Cristina regaló á la Virgen. Está confeccionado con su vestido de boda



Uno de los mantos más antiguos y de mayor valor artístico que figuran en la Exposición de mantos, de Atocha



La Reina María de las Mercedes de España



La Reina Doña Cristina antes de su matrimonio con Alfonso XII

posamente ataviadas también, cubrían la carrera.

Tenían entonces los madrileños, no muy bien avenidos á veces con otras manifestaciones de la realeza, el orgullo de aquellas preciosidades suntuarias de las fiestas de Corte, y los había—y en gran número—que conocían al dedillo coches, libreas y palafrenes, y oficiaban de cicerones estáticos, mientras el museo en marcha, las cocheras, las caballerizas y el *guadarnés* de Palacio, con todo su cortejo de servidores enmascarados, iba pasando ante su vista.

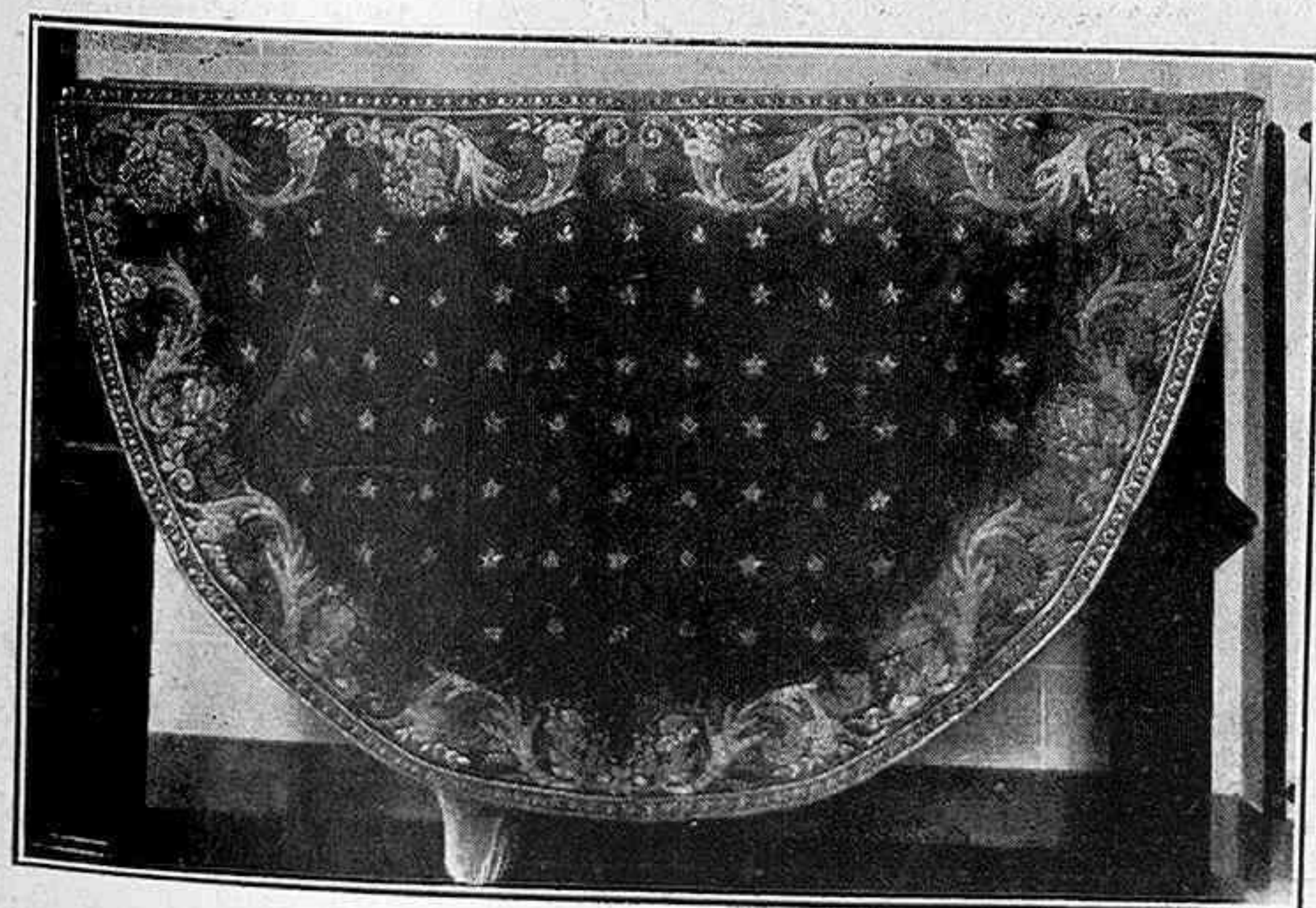
No faltaban en la comitiva los coches más famosos, algunos de ellos, tal vez los más histórica y artísticamente bellos, vacíos, de respeto. El coche de nácar, el de Carlos III, el de caoba, el de concha, el de los dos mundos, el de la Corona; y los cicerones explicaban que aún quedaban en el cocherón, con otros de menos fuste, el más antiguo de todos: el de Doña Juana la Loca, negro como los pesares de su dueña...

Los coches á la federica y la indumentaria Luis XV de otros servidores, izados sobre las monumentales carrozas, hacían recordar las más fastuosas Cortes del mundo, y el cortejo, en lento caminar, para ofrecer bien á la mirada de los madrileños el esplendor de su Corte, tardaba horas en pasar, y era tan largo, que los reyes de armas que, en *landeau* un poco discordante con el pomposo resto, le encabezaban, estaban ya en Atocha cuando el coche Real aun no había salido del patio de la Armería...

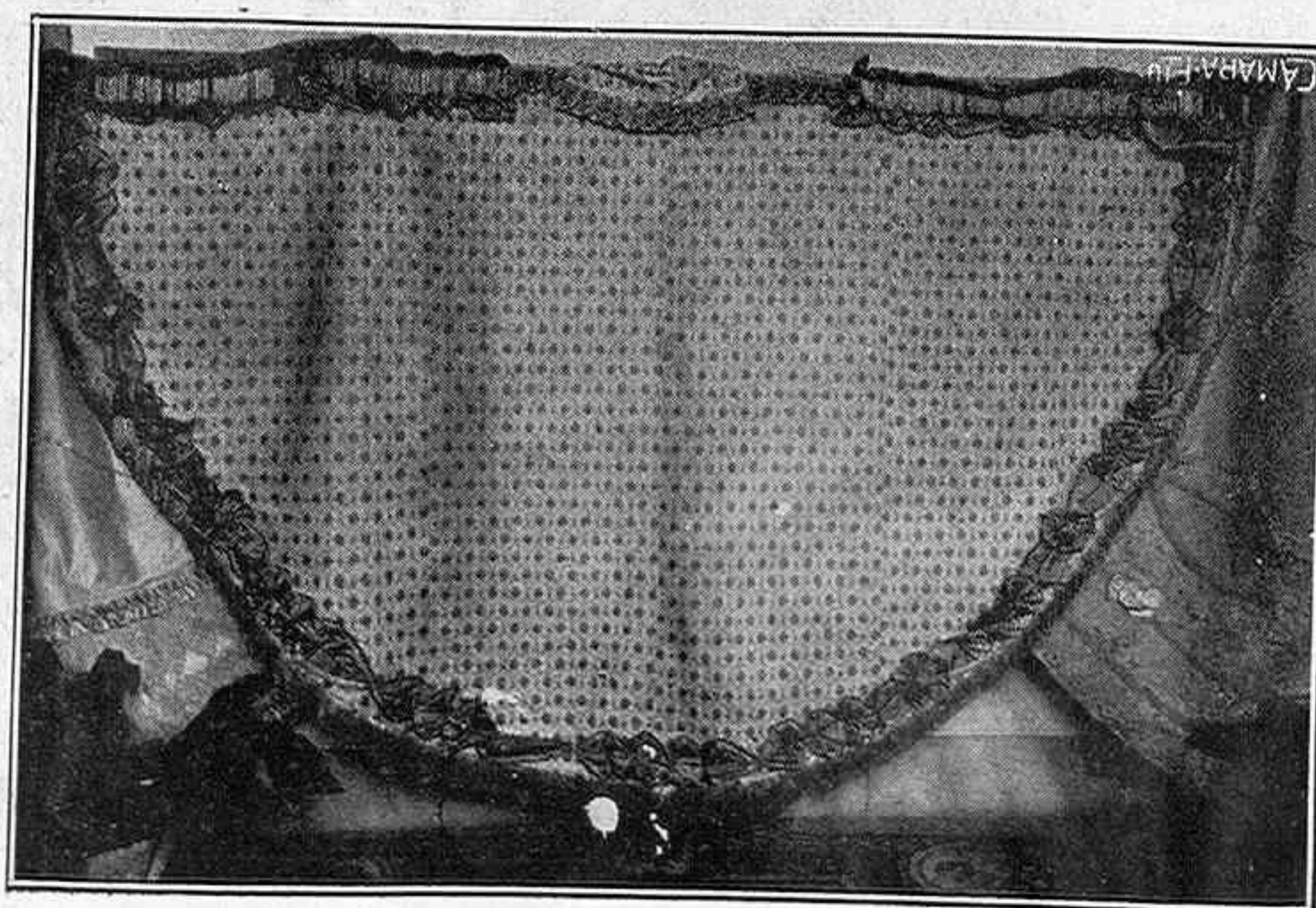
De cómo fué á casarse Isabel II, nos dice Galdós: «... Iba Isabel en sus glorias; gustaba de las exhibiciones al aire libre, ante gentes que en nada se asemejaban á las empalagosas figuras palatinas; entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba; había algo de fraternidad, un sentimiento eualitario de que emanaba la reciproca confianza. Nunca hubo Reina más amada, ni tampoco pueblo á

quien su soberano llevase más estampado en las telas del corazón. Por esto, el mayor gozo de Isabel era ver las caras mil, complacidas, satisfechas, que á su paso la sonreían; no se cansaba de saludar á todos, cara por cara, si podía, y de buena gana hubiera puesto nombre á cada semblante, para añadir la expresión de la palabra á la de la sonrisa. Corto se la hacía el trayecto de Atocha á Palacio.»

No mucho más tarde de aquel día glorioso para ella, Isabel II, al salir del templo, precisa-



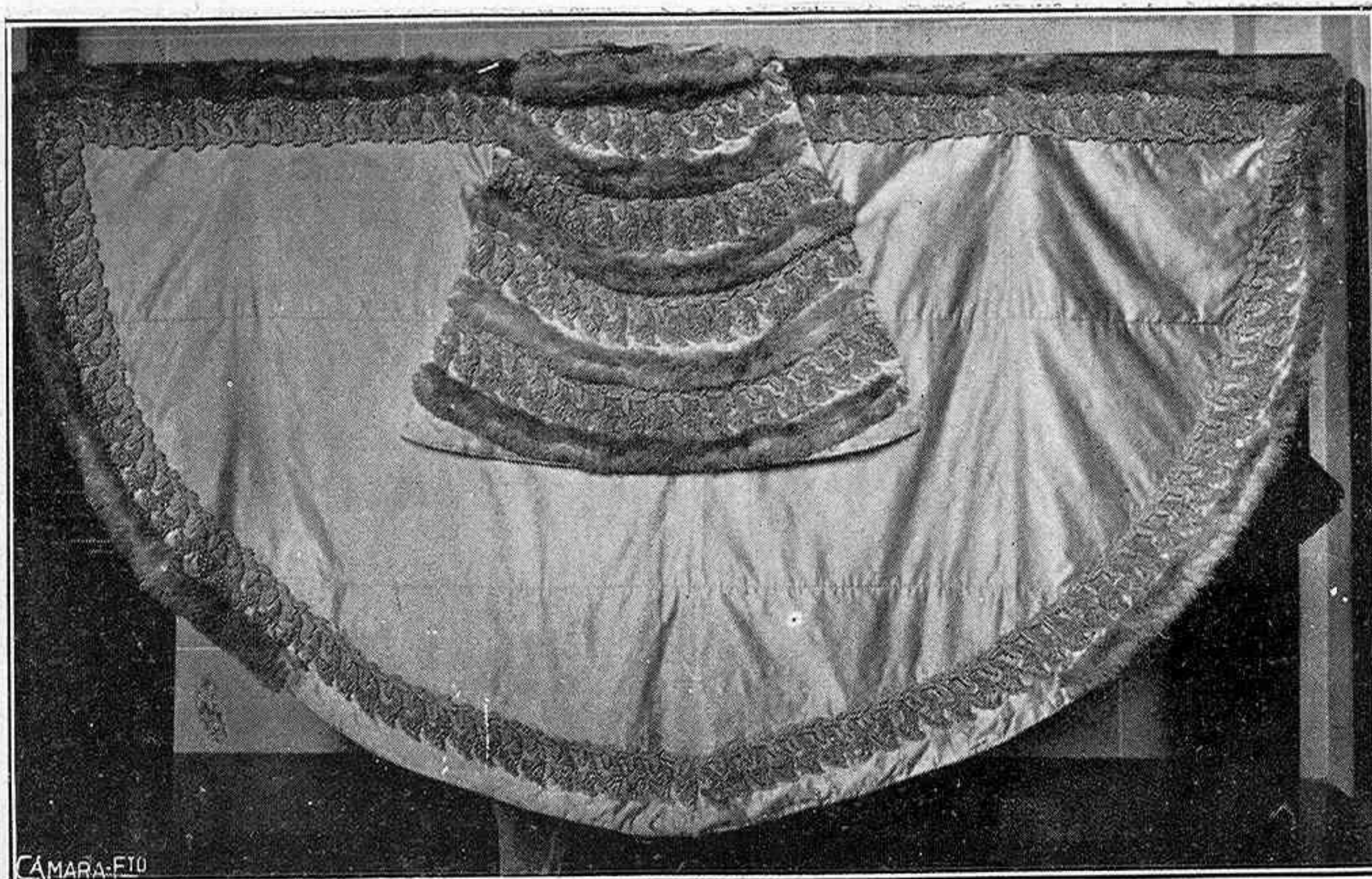
Manto de la Reina Doña Cristina, esposa de Fernando VII, año 1829



Manto del vestido nupcial de la Infanta doña Isabel

mente, de ofrecer su hijo á la Virgen, fué víctima de un atentado: el cura Merino la agredió con un puñal, que oportunamente detenido por un recamado del traje de la Reina, no causó el daño que el regicida quería causar.

La ineficacia de la agresión no fué, sin embargo, causa suficiente para que el Gobierno ejercitase la piedad: eran los tiempos de la justicia inexorable, vengativa y ejemplar, en el concepto de los que habían de aplicarla, y aquel desdichado, para que sirviera de ejemplo, fué castigado con la misma crueldad. Un estudio del profesor Salillas, hecho y publicado muchos años después, muestra al alo-



Manto de la Reina Mercedes, adornado con plumas y perlas, y que regaló á la Virgen el año 1878

su prestigio cortesano. En realidad, el templo era impropio de su alta significación cortesana, y aun reconstruido no puede decirse que sea muy adecuado para ella.

Tenia en sus mejores tiempos, en la época en que era visitado semanalmente por los reyes, todo el aspecto de un caserón feo, destartado y frío, al que apenas si lograban dar una nota más cálida las banderas, que, trofeos gloriosos de la Patria, le ennoblecían.

El templo de San Jerónimo, en que se celebró ya el matrimonio de Don Alfonso XIII, es ya, por su empaque, más apropiado marco para ceremonias cortesanas tan fastuosas y trascendentes; pero también pa-



La Reina Doña María Cristina, esposa de Fernando VII

rendir homenaje al cadáver del gran político y general villanamente asesinado.

Poco antes se había realizado en el templo un acto insólito, que escandalizó enormemente á los retrógrados: los funerales masónicos de Prim, que realizaron las logias de Madrid, á ciencia y paciencia del superior del templo, al que luego acusaron de ser también masón.

Puede decirse que entonces comenzó Atocha á ser panteón de hombres ilustres, y con trágico destino, marcado ya por el sepulcro de Prim, singularmente á panteón de gobernantes cuyas vidas fueron truncadas por los magnicidas.

La historia de la política española contemporánea tiene en aquellas tumbas las más fehacientes demostraciones, no ya de la fuerza del fanatismo cuando preside en cerebros débiles, sino también de la absoluta esterilidad de esa fuerza cuando se traduce y condensa en el atentado personal.

Atocha y los magnicidios tuvieron siempre íntima relación, y algunos de los atentados contra Don Alfonso XII fueron cometidos cuando el rey volvía de la Salve. No fué, sin embargo, ese el motivo de que Atocha perdiera

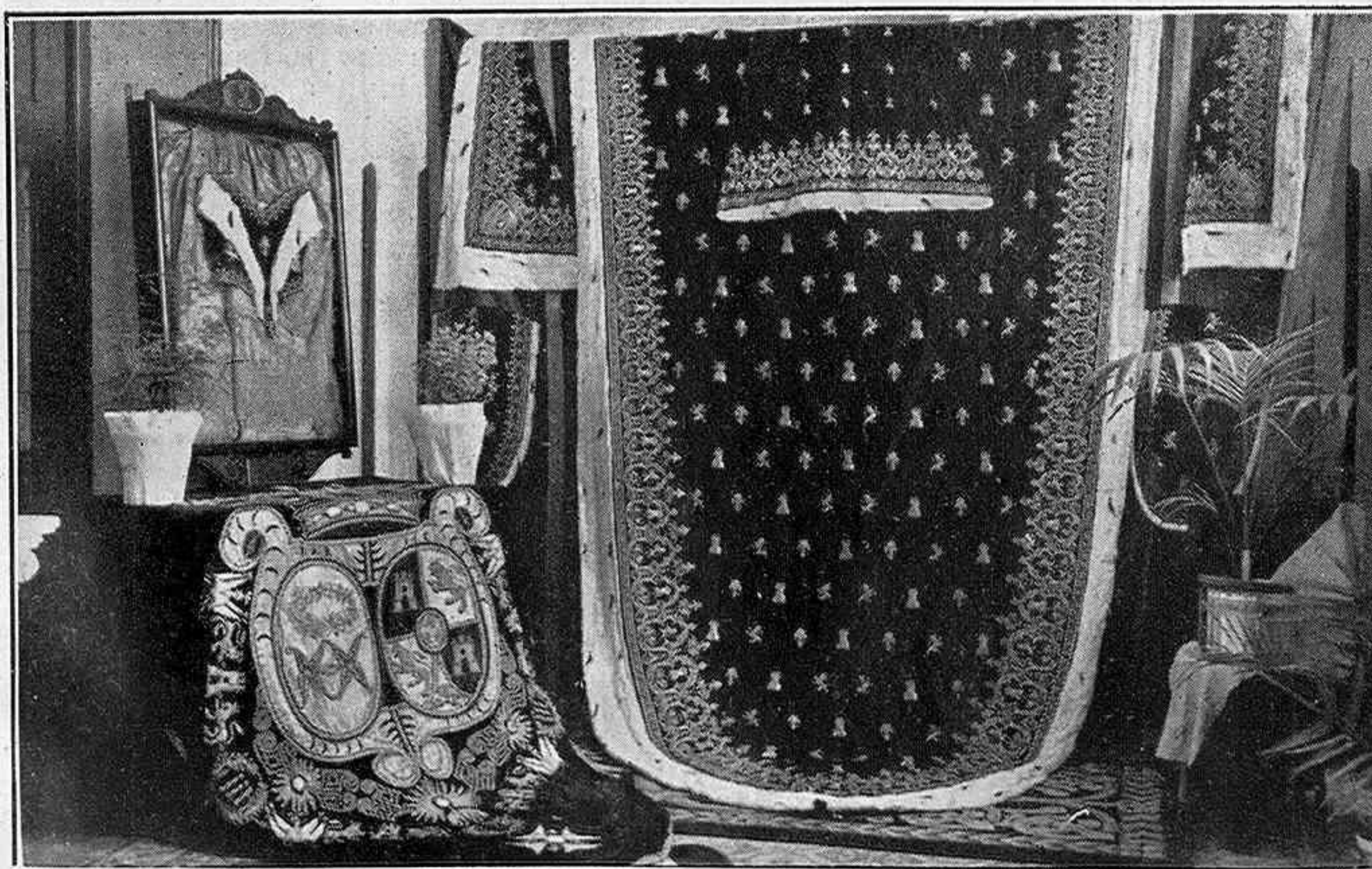


La Reina Doña Isabel II, esposa de Don Francisco de Asís

cado sacerdote como más digno de piedad.

El traje que aquel día llevaba la Reina fué también ofrecido por ella á la Virgen de Atocha, y figura en la Exposición abierta ahora en la Basílica, que no se parece ya en poco ni en mucho al templo aquel en que se realizaron tantos acontecimientos históricos, que era feo y destartado, y al que sólo embellecían los recuerdos históricos, y singularmente las banderas con todos sus prestigios.

Algún Rey visitó la Basílica en un momento trágico: Don Amadeo de Saboya, al llegar á Madrid para posesionarse del trono que Prim había conquistado para él, fué directamente de la estación al templo para



Manto que llevaba la Reina Isabel II cuando fué herida al salir de la iglesia de Atocha, después de oír la misa de alumbramiento, el 2 de Febrero de 1852. En la vitrina de la izquierda, el corpiño y la falda del vestido

rece continuar la trágica historia de la Basílica. Aquel suceso fué ocasión para el más cruento atentado que registra la historia de los regicidios en España. Tan estéril, afortunadamente, como todos los demás, en cuanto al fin perseguido por su autor, no fué, como ellos, inócuo: costó muchas víctimas, en cuya memoria se alzó el monumento que puede verse frente á la iglesia de Santa María y que fué punto de atracción para otro regicidio frustrado.

La Exposición de mantos de la Virgen de Atocha es muy interesante desde el punto de vista artístico y muy evocadora desde el punto de vista histórico.

ANTONIO DE MADRID



«De la Sierra de Gredos»,
cuadro de Martínez Vázquez

IDEAL PROGRAMA

*Lenguaje universal
y el mundo para todos.*

*Diversidad en gustos,
en ropajes é ideas.*

*Una única ley:
el divino Decálogo.*

*Una prohibición:
lo superfluo en todo.*

*Y una gran tolerancia
en el amor.*

*Una sola moneda:
el favor por favor.*

*¡Y el mundo, de este modo,
sería encantador!...*

P A T R I A

*Vé, alma mía,
por el mar sin fronteras,
capitana de la ilusión.*

*Tu nave, empavesada con todas las banderas
de todos los países,
tiene una patria única:
¡la universal nación!*

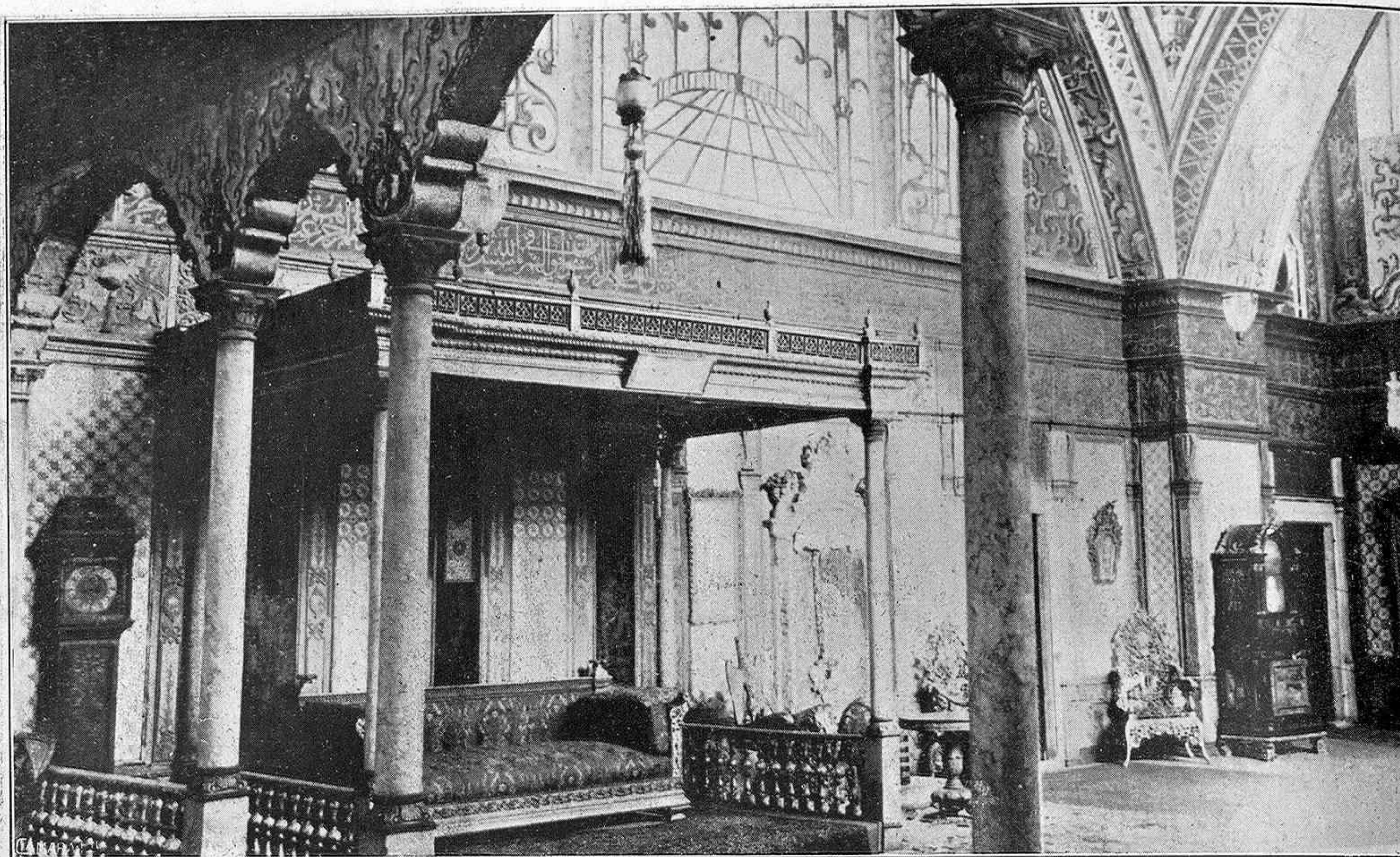
*¡Oid, hijos de la Tierra,
madre común de todos los humanos!
Hombres, todos hermanos,
abominemos de las palabras execrables
pasaportes, fronteras, aduanas,
guerras, dialectos, separatismos...*

*Tejamos la gran red de las ondas hertzianas.
Llenemos de igualdad los sociales abismos.*

*Derribemos
la absurda torre de Babel.*

*Derramemos
la sal sobre Caín y el trigo sobre Abel.*

GOY DE SILVA



Dormitorio de la favorita en el harén de los emperadores turcos

LOS MISTERIOS DE CONSTANTINOPLA

EL HAREN DE LOS EMPERADORES TURCOS

LA nueva Turquía es enemiga del misterio y, caídos los velos que cubrían los rostros de sus mujeres, no podía continuar, porque no era lógico, el misterio del harén de sus emperadores.

Aquellas fastuosas estancias, que sólo unos pocos iniciados conocían, y que, por desconocidas, habían actuado con tanta fuerza sobre las imaginaciones exaltadas, han sido recientemente abiertas al público, y los turistas tendrán en lo sucesivo un lugar más que visitar en Constantinopla.

Para realizar la visita, el Gobierno turco, después de ordenar la apertura del harén, cumpliendo una ley votada por el Parlamento, ha puesto á la disposición de los viajeros guías especiales que dan en sus relatos una imagen de lo que era la vida del harén en los tiempos de la vieja Turquía.

Para hacer posible todo eso, ha sido necesaria una profunda transformación de las costumbres que por te-

ner su arraigo en la religión parecían indestructibles.

En esa transformación tan aproximadora de Turquía, en cuanto á usos y costumbres, á los países de occidente, han influido enormemente

los millares de muchachos que hace veinte ó treinta años Turquía envió á esos países, y singularmente á Francia.

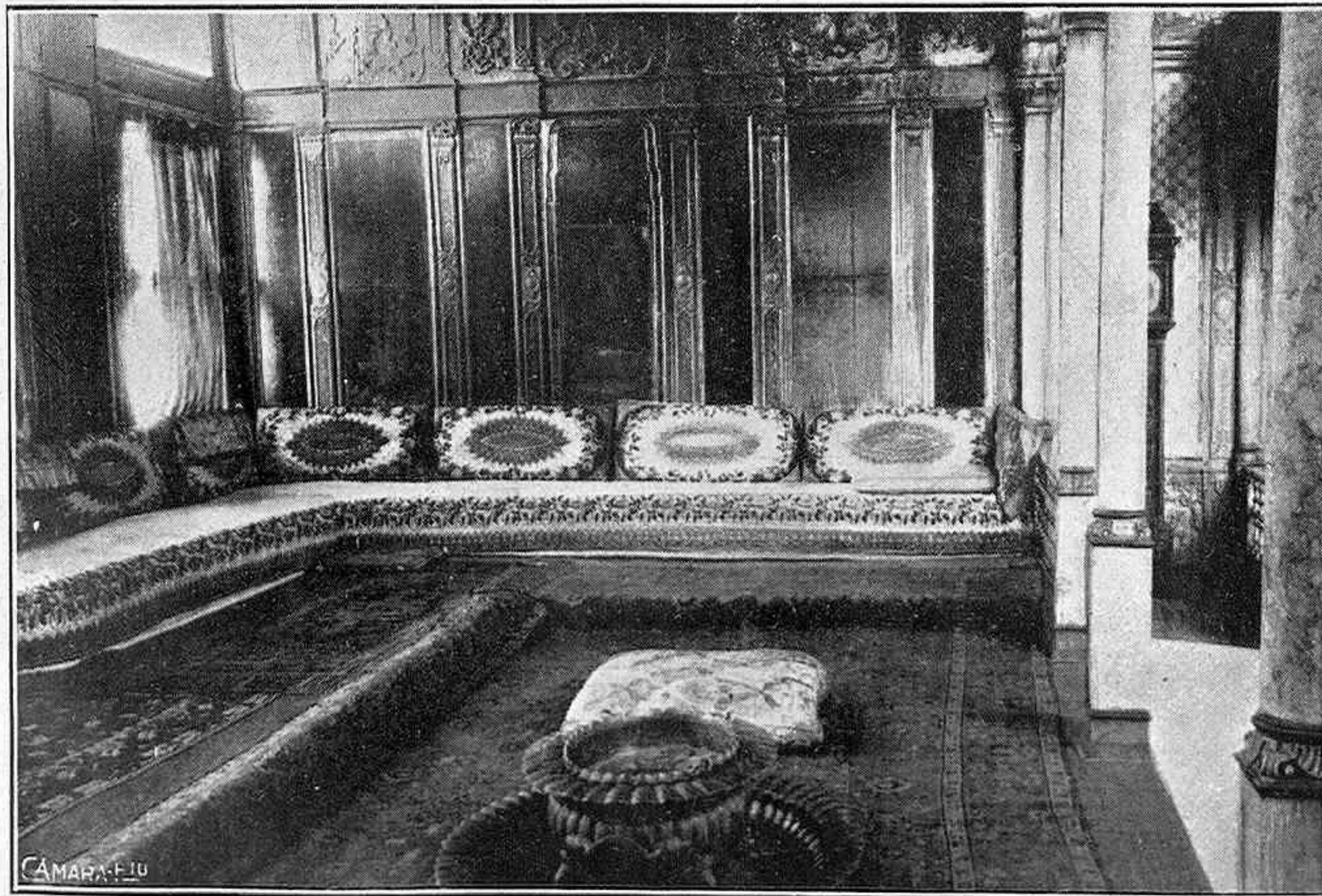
En aquella época, el Barrio Latino de París estaba invadido por los jóvenes turcos, como

ahora por los japoneses; y aquel éxodo, que significaba ya un amplio é intenso propósito de renovación, produjo los resultados naturales que son los que ahora vemos.

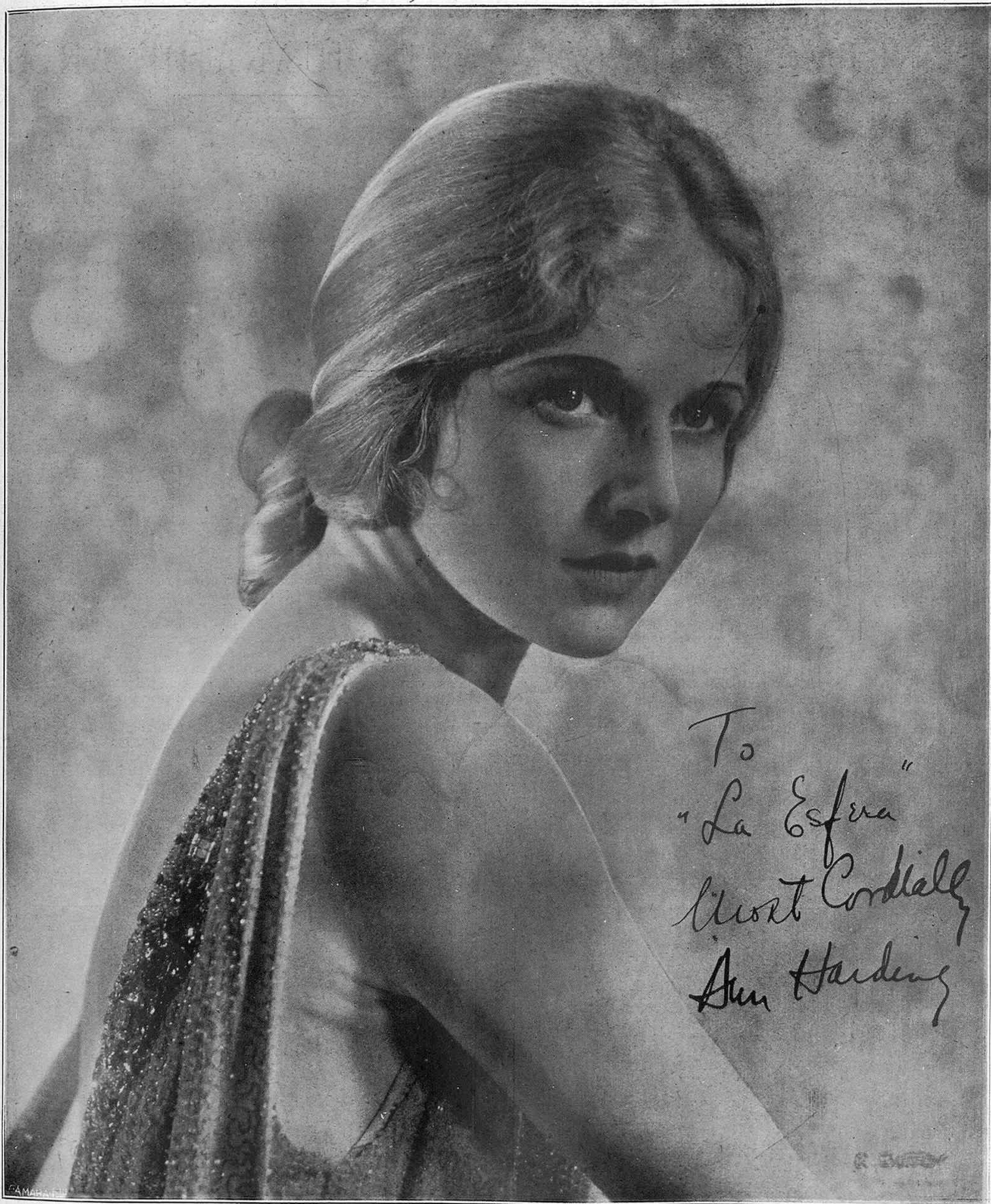
La influencia de los arcaísmos, que parecían inseparables de la religión musulmana, no ha podido contrarrestar á la corriente innovadora, y la religión no parece haber padecido por ello.

Es que generalmente se culpa á la religión de muchos males que son imputables únicamente á la rutina y al misoneísmo.

Un examen atento, analítico, que separese en el espíritu de la masa lo que realmente es respeto á la religión de lo que toma ese disfraz para subsistir, libraría á la Humanidad de muchas preocupaciones.



Salón de visitas del emperador en el harén



.....
**LAS «ESTRELLAS» DE
ORO DE CINELANDIA**
.....

La ingenua Ana Harding es una de las más jóvenes «estrellas» de Hollywood. Su labor, breve, pero destacadísima, se ha afirmado recientemente con sus últimas producciones. Ana Harding, linda «star» de cabellos de oro, ha dedicado a los lectores de LA ESFERA esta fotografía que hoy publicamos.

RELIGIÓN Y PATRIOTISMO

UN NUEVO TEMPLO A SANTA JUANA DE ARCO

EN Domremy, pueblecillo en que nació Santa Juana de Arco, los católicos franceses han levantado una nueva basílica dedicada á la Santa, y que muy próxima á su casa natal, forma con ella extraordinario contraste.

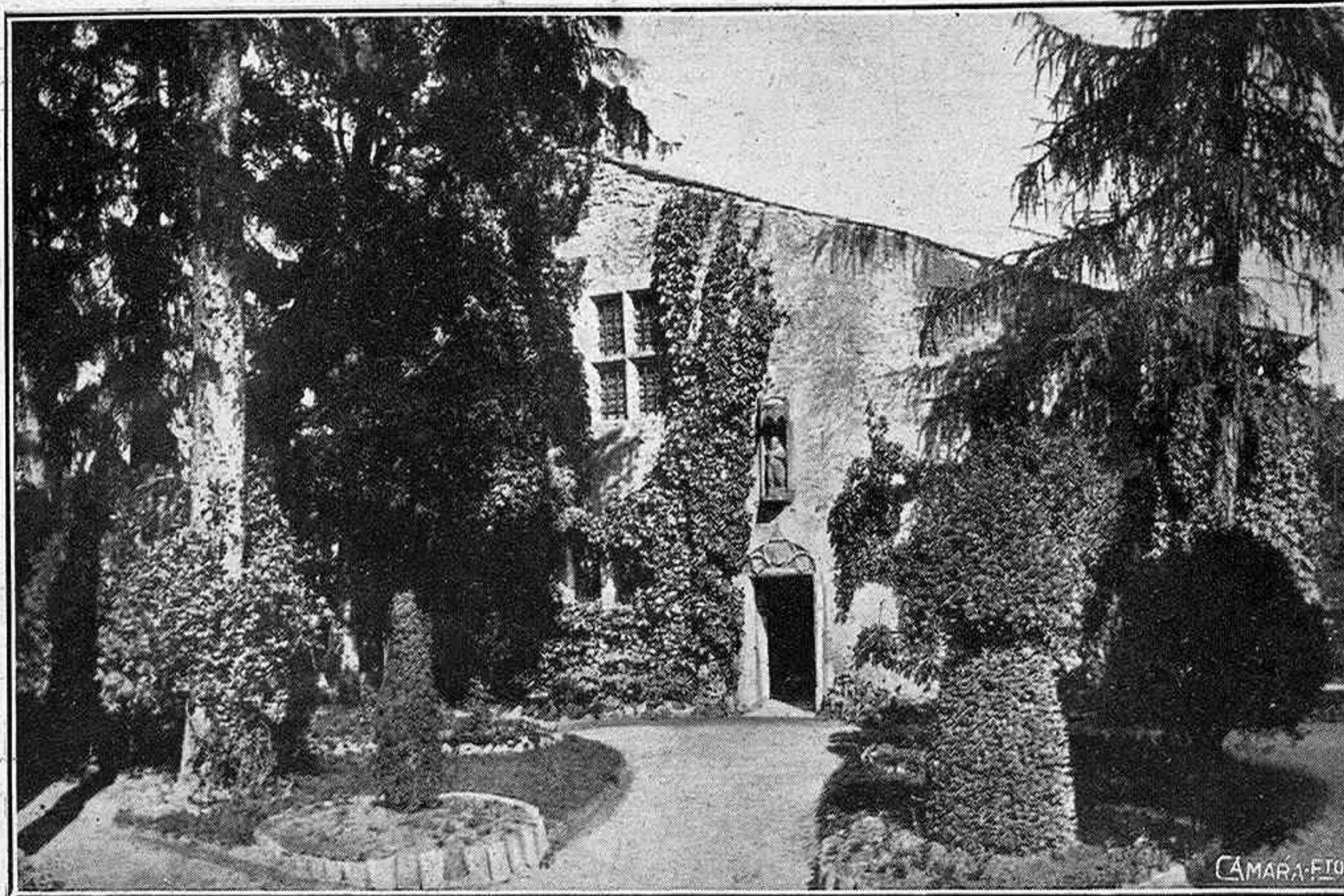
La devoción á Santa Juana de Arco es quizás la más viva y la más difundida entre los católicos franceses; se mezclan para que así sea dos motivos igualmente fuertes en muchos espíritus galos: el religioso y el patriótico. Antes de ser canonizada Juana de Arco, era ya un símbolo para los patriotas franceses; después de la canonización, y de un modo natural, ese sentimiento se ha exaltado, y en el mismo templo magno de Nuestra Señora de París, la imagen de la «Virgen de la Lorena» tiene constantemente máximo culto y mayor número de devotos que ninguna otra.

Se comprende fácilmente que así sea, porque á mayor abundamiento, la beatificación, primero, y la canonización, después y sobre todo, de la heroica mártir, han coincidido con pasos terribles para Francia de máxima exaltación del patriotismo y de incremento extraordinario y justificado de los sentimientos religiosos.

Anualmente, las fiestas de Juana de Arco son celebradas con extraordinario y progresivo entusiasmo en diferentes lugares de Francia, y este año, con ocasión de ser inaugurada la nueva basílica, esas fiestas serán aún más grandiosas.

Domremy será, con ese motivo, aun más que antes, lugar de peregrinación, y la humilde casa natal de la Santa será más visitada que nunca.

Es una sencilla casa aldeana, que ha conservado durante siglos el patriotismo de los franceses en general y de los loreneses en particular,



La casita de Domremy en que nació Santa Juana de Arco

y que ahora, con su doble significación, tendrá para muchos el sabor de templo en que gustarán de orar, como en comunicación más íntima con la Santa, que la posible entre el esplendor y la suntuosidad de la basílica.

Los franceses, efectivamente, gustan de adorar á Santa Juana de Arco, más que en sus imágenes guerreras, cabalgando en brioso corcel y cubierta por recia armadura, en su aspecto humilde de pastorcilla iluminada.

Los mismos pintores han preferido muchas veces reproducir á la Santa antes de que lo fuera, con ese aspecto humilde, y uno de los lienzos más famosos de la iconografía de Juana de Arco es el de Augusto Maillard, que reproducimos con estas líneas, y que representa á la Juana de Arco pastorcilla, despidiéndose de su rebaño al partir, inspirada por Dios, para salvar á Francia.

Mucho antes de la beatificación de la pucella de Orleans, la casa en que nació había sido ad-

quirida por el Estado y convertida en museo, y no lejos de ella se alzó un monumento conmemorativo.

La basílica se alza sobre el sitio de una capilla que estuvo bajo la advocación de Santa Catalina, y que fué visitada frecuentemente por Juana de Arco.

El mismo pueblecillo en que tales recuerdos históricos se asientan lleva en su nombre el de la doncella: su verdadera denominación es Domremy-la-Pucelle, y conserva aún su misma humildad primitiva, dentro, naturalmente, de la evolución total de Francia, que requiere para las mismas proporciones diversas magnitudes.

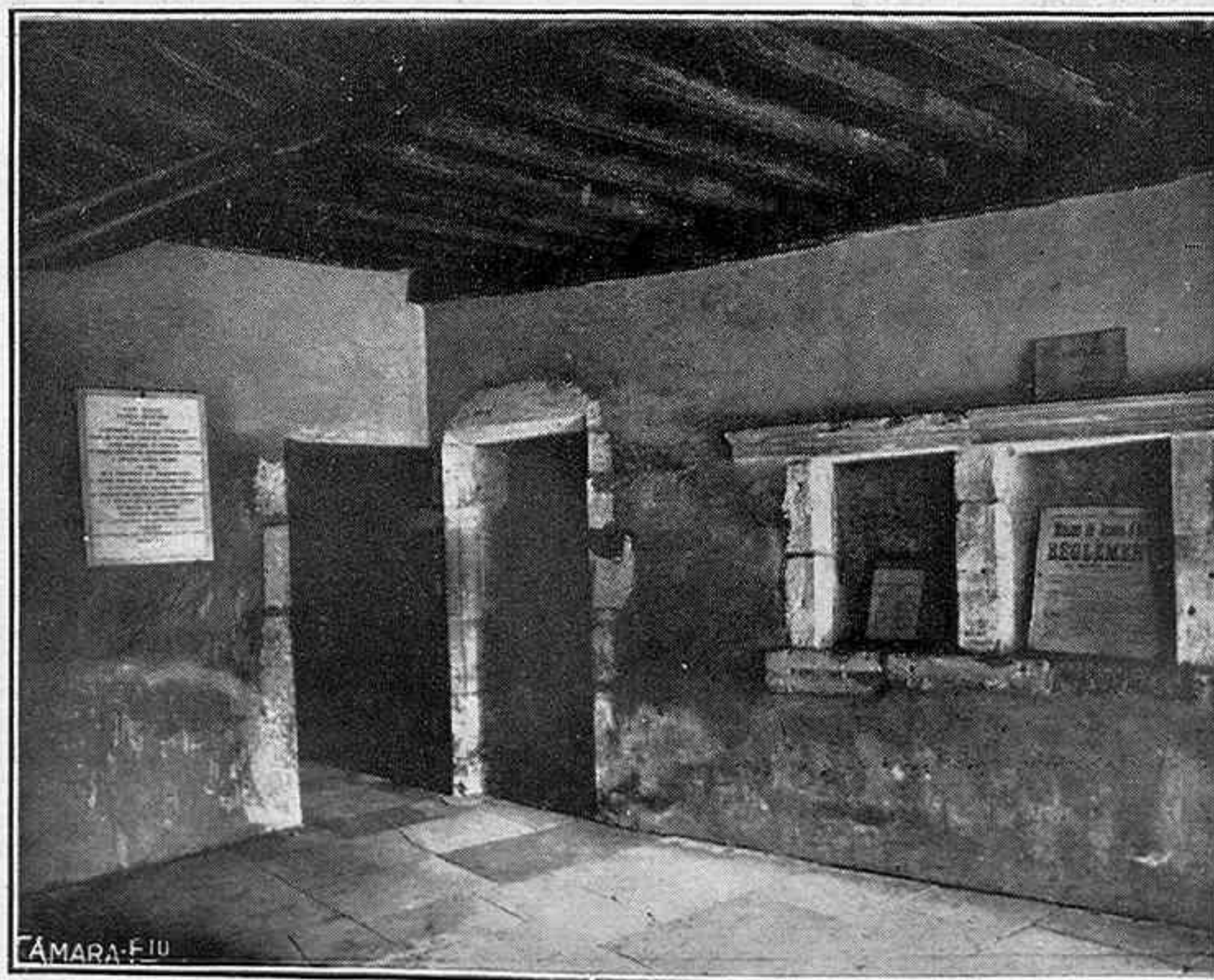
Las fiestas anuales en honor de Juana de Arco llevan á la villa muchos centenares de peregrinos; pero tienen

repercusión en otros muchos lugares de Francia, donde el patriotismo exaltado suele aprovecharlas para manifestaciones no siempre muy conformes con los sentimientos religiosos.

En Juana de Arco, no obstante, el sentimiento patriótico fué engendrado por la piedad; fué el Cielo quien la confió la misión de salvar á Francia y fueron voces celestiales las que la impulsaron primero y la sostuvieron después en sus terribles luchas.

Primero fué una voz angélica la que señaló el camino, un día en que Juana—Juanita entonces—meditaba en el jardín de su modesta morada; más tarde fueron Santa Catalina, Santa titular de la ermita próxima; Santa Margarita y San Miguel, los que en otros lugares la hablaron distintamente, antes de que saliera de Domremy, excitándola para realizar la magna empresa y prometiéndola su ayuda constante.

Fueron aquellos parajes de los Vosgos, próximos al Mosa y bellos y frondosos, los que, pro-



Interior de la casa natal de Juana de Arco, en Domremy



Grupo formado por descendientes de Juana de Arco

(Fot. Amós)



La Basílica de Santa Juana de Arco, construída en el pueblo natal de la heroína

picios á la reflexión y á la exaltación de las construcciones imaginativas, el más apropiado escenario para esa primera parte de la vida de la Santa.

Muy cerca de la casa de Juana estaba la *Fuente de los groselleros*, delicioso paraje sombreado por un haya secular, que llevaba el nombre de *Árbol de las hadas*. Un poco más lejos, un bosque de encinas, también apropiado para los ensueños, y ambos lugares fueron constantemente frecuentados por la muchacha, que unas veces sentada en la umbría y otras paseando, con la mirada en el suelo, meditaba siempre y veía con toda claridad su destino.

No pudo figurarse su trágico fin, fruto de la injusticia y del encono de los hombres, inmensamente más grandes de lo que la imaginación de una muchacha que la imaginación de una campesina, sin nociones exactas del mundo y de la vida, podía siquiera sospechar.

La ingratitud monstruosa de Carlos VII que, impasible, dejó consumar el martirio de la que le había salvado, supera efectivamente á cuanto puede ser imaginado. Ciertamente que, arrepentido y atenazado por los remordimientos, el Rey provocó, al fin, una rehabilitación de la heroína; pero ello no hace sino demostrar más claramente aún lo horrendo de su conducta anterior.

Más justo y más agradecido fué el pueblo francés, que desde el primer momento tuvo para Juana inmenso amor. Para él, la cremación de Juana de Arco no pudo consumarse, porque el corazón de la muchacha resistió al fuego más ardiente. Quizás fuese más exacto decir que ese



«Juana de Arco despidiéndose de su rebaño», cuadro de Augusto Maillard

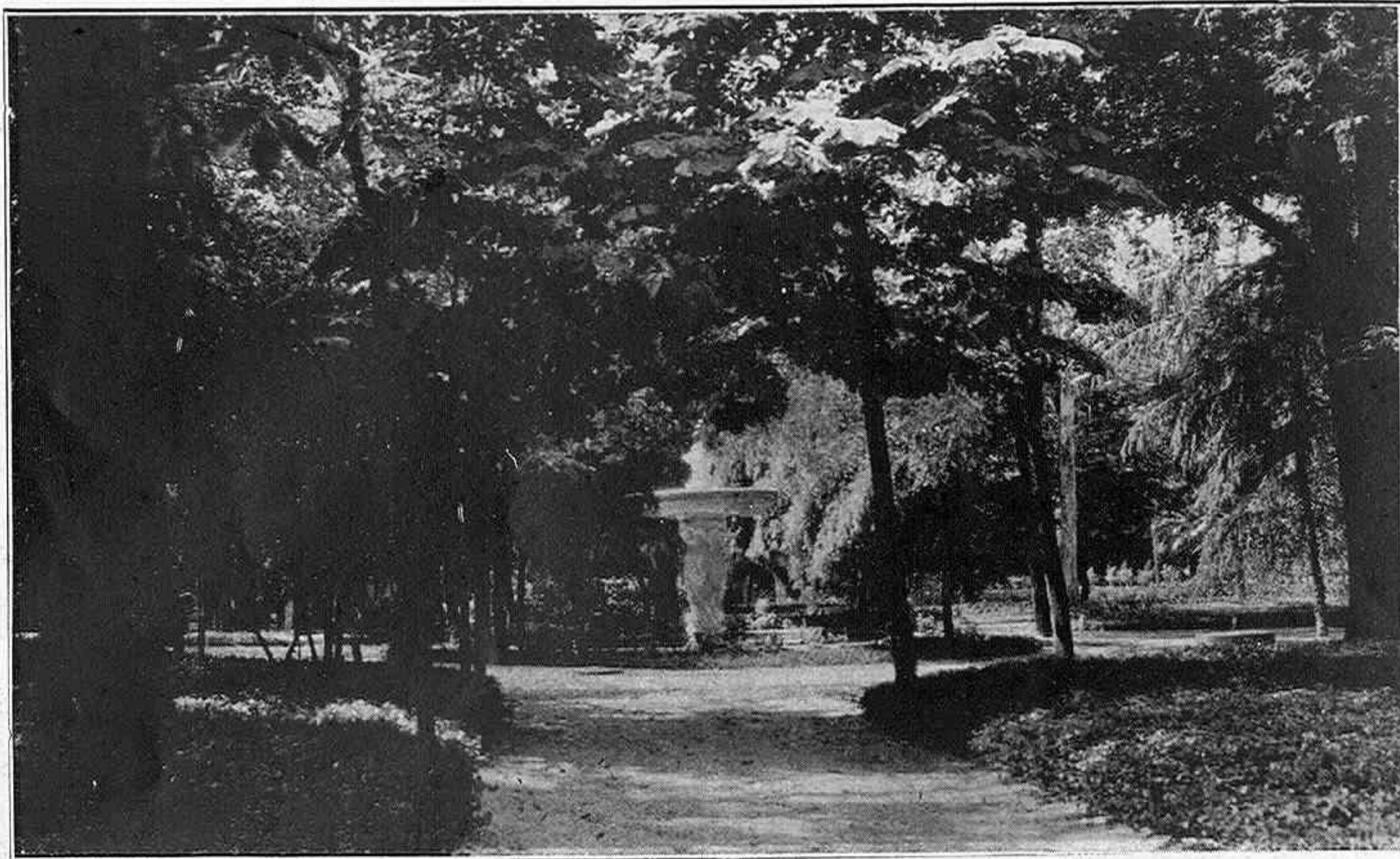
corazón no podía arder, porque se había inflamado mucho antes en piedad y patriotismo para cumplir la misión divina.

La literatura dramática, que se apoderó muy pronto de la bellísima y atractiva figura de Juana de Arco y ha culminado recientemente en una obra de Bernard Shaw, muy comentada, no ha sentido su protagonista con el fervor con que suelen adorarla los franceses y que cuadra tan bien con ese ardor cordial de la pastorcilla. Unas veces, como en algún viejo drama español, han diluido el personaje en oleadas de retórica más ó menos sincera. Otras, como en el drama de Bernard Shaw, han buscado, más que ninguna otra, la emoción trágica del final de aquella vida intensísima.

Mostrarla junto á la *Fuente de los groselleros*, bajo el árbol de las hadas, con toda su ingenua sencillez y toda su exaltación imaginativa, hubiese conducido á una comprensión lógica de su poder de sugestión, tan grande en algunos momentos; y seguirla después analizando de modo análogo, la transformación de sus ideas y de sus sentimientos, y sobre todo las reacciones del medio en que vivió ante ello, hubiese dado un drama de honda psicología individual y social y de intensa evocación arqueológica.

Peró es natural que ese drama esté aún por hacer: falta para hacerle un autor capaz de estudiar á fondo la época y el ambiente en que la heroína vivió.

D. T.



Plaza del Ángel Caído, en el Parque de Madrid

LA TRANSFORMACION DE LA VILLA Y CORTE EL PARQUE DE MADRID

Por su excelente situación, su amplitud, sus fuentes y estatuas, su estanque, Casa de Fieras, palacios y otros diversos adornos, la espesa arboleda y el exquisito cuidado de jardines y paseos, constituye el Parque de Madrid el sitio de recreo predilecto de los madrileños. Siempre lo fué, desde su fundación hasta los días de más esplendor; lo mismo cuando era posesión real, que al cederse al Concejo.

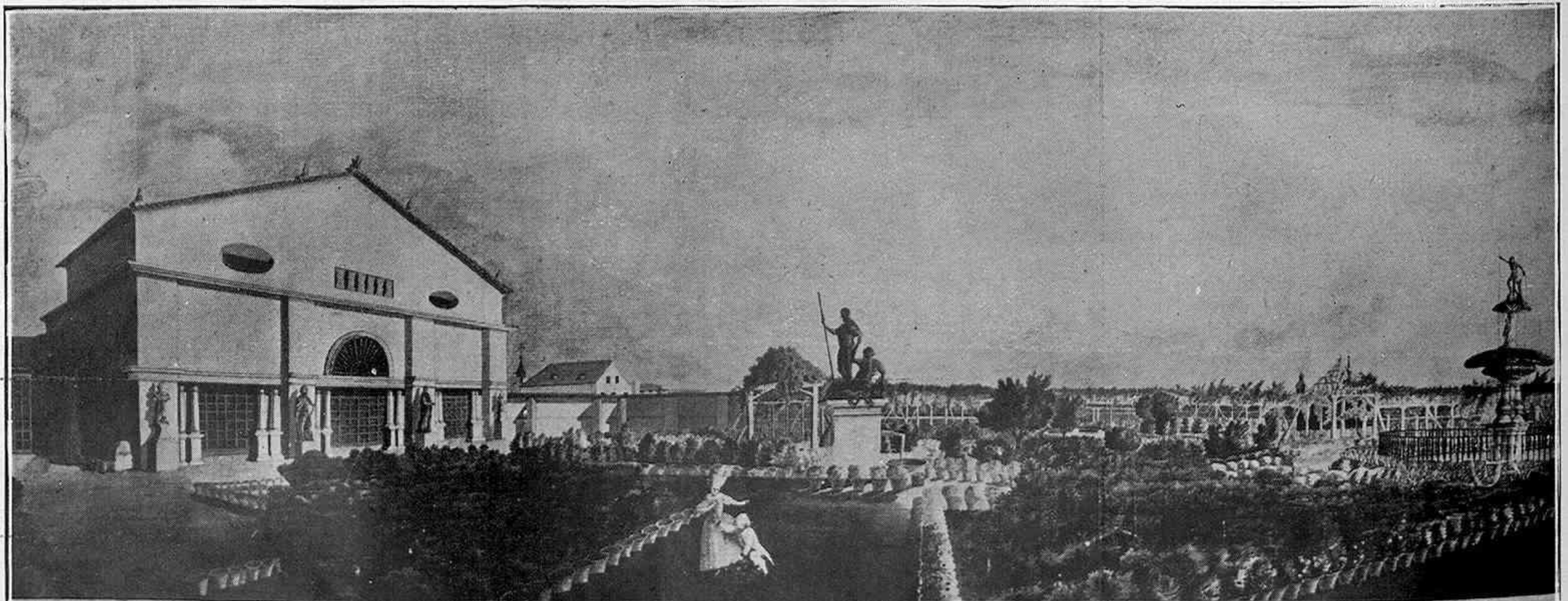
Ocupa una superficie aproximada de doscientas veintitrés fanegas, ó un millón cuatrocientos mil metros cuadrados. Su perímetro tiene cinco lados desiguales, tendiendo á formar un rectángulo prolongado de Norte á Sur. Dicho contorno, partiendo de su fachada y puerta principal, ha-

cia la izquierda, estaba limitado antiguamente por el Prado, rondas de Alcalá y de Vallecas, olivares de Atocha y cerro de San Blas, que corresponde hoy al paseo del Prado, calle de Alcalá, plaza de la Independencia, calle de O'Donnell, avenida de Menéndez y Pelayo, tapias del cuartel de María Cristina y calle de Alfonso XII. Únicamente se ha reducido por la parte del paseo del Prado, siguiendo la línea de la calle de Alfonso XII, desde las tapias del cuartel de María Cristina hasta la plaza de la Independencia.

Hay un error en la fecha de su fundación. Se señala la de 1631. Ya en el año 1626 se ejecutan las obras, por aquellos días en que Que-

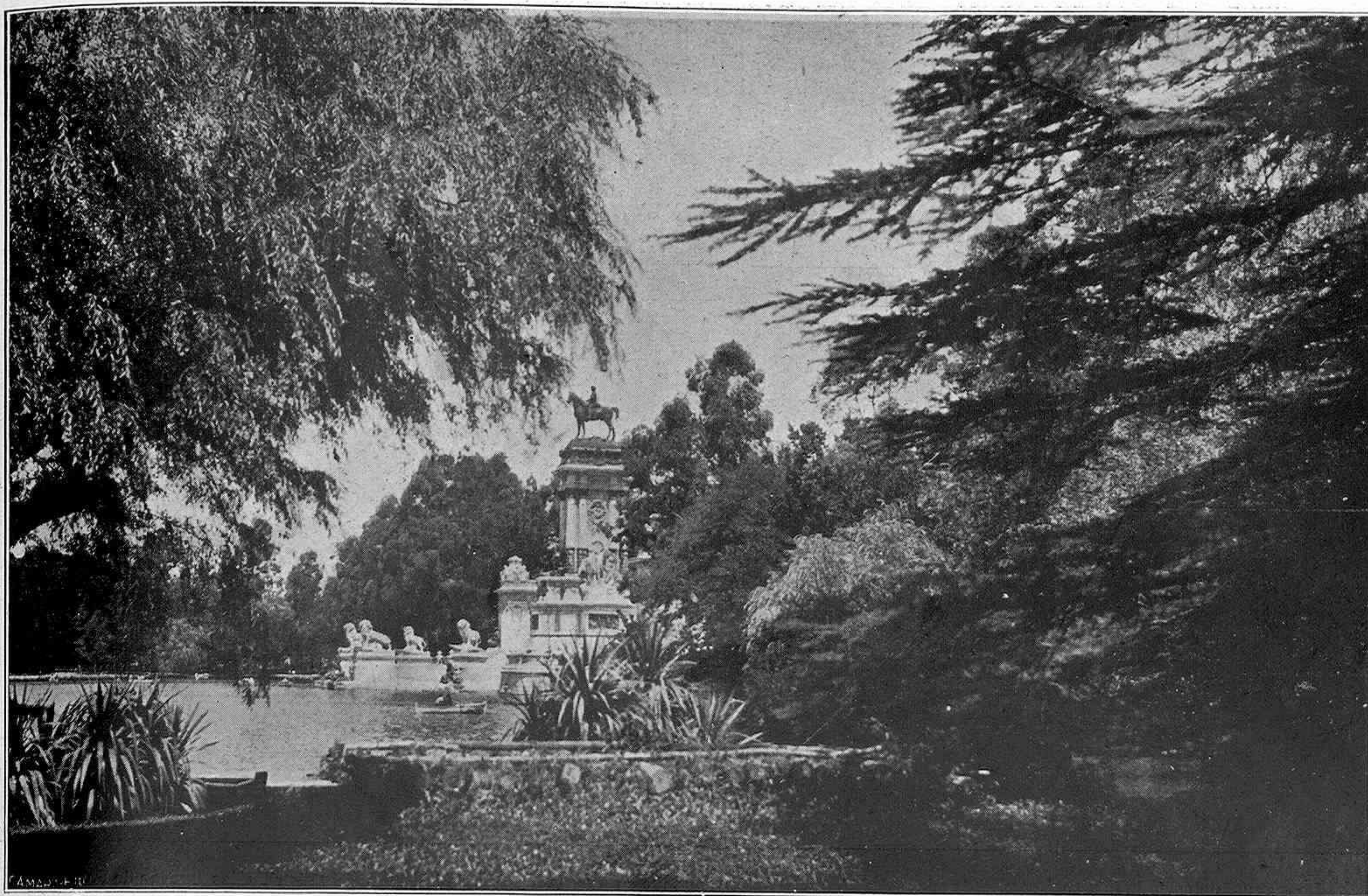
vedo era conducido á la torre de Juan Abad. Realmente, el Retiro empieza en el año 1630. En el de 1631, el conde-duque de Olivares ofrece al rey Felipe IV las fiestas más suntuosas de que hay memoria, celebrándose las bacanales de las cuales casi todos los invitados salían privados de razón. En agradecimiento, el Rey nombró á Olivares alcalde perpetuo del Buen Retiro y de la Zarzuela.

Este parque se llamó, y se llama todavía, Retiro, por la costumbre que tenían los monarcas de retirarse á esta apartada mansión, cuando acaecían muertes ó desgracias á sus familiares, y por recibir allí á sus futuras esposas, príncipes y embajadores.



EL JARDIN DE SAN PABLO EN EL BUEN-RETIRO
VISTO DESDE LA PARTE DE LA DERECHA JUNTO LA FUENTE
O ESTANQUE PEQUEÑO CIRCULAR

(Según una estampa antigua)



Monumento á Alfonso XII y estanque grande en el Retiro

Desde su fundación hasta el año 1868, que dejó de ser posesión real, se denominó sucesivamente Cuarto, Gallinero, Buen Retiro, Jardines del Real Sitio del Retiro y Retiro. Al cederse al Ayuntamiento, toma el nombre de Parque de Madrid. El pueblo sigue llamándole sencillamente Retiro, habiendo popularizado la frase: «El Retiro son los pulmones de Madrid.»

La infantería de Marina daba guardia en la Casa de Fieras, Embarcadero y Telégrafo. En los paseos más principales había colocadas varias sillas de paja, cobrándose cuatro cuartos por asiento. Los refrescos solamente se despachaban en el Plantío nuevo y en el puesto del Mallo. No se permitía la entrada sino á cuerpo descubierto y destacados, lo mismo hombres que mujeres. El acceso, en las estaciones de verano y otoño, era de media mañana abajo; pero para salir se fijaba la hora de las nueve, porque á la media se cerraban las puertas.

No voy á repetir la historia tan conocida de este recinto. El presente estudio no tiene más objeto que puntualizar los lugares de ayer en los de hoy, recorriéndolos del modo siguiente:

La parte más importante del primitivo Cuarto, que Felipe II ensanchó con grandes galerías, convirtiéndolo en hermoso vergel, comprendía lo que ahora son calles de Felipe IV, Academia, Méndez Núñez, Lealtad, Alarcón, Moreto y Alfonso XII.

El palacio correspondía al actual Museo de Artillería, convertido en tal el año 1803, con el nombre de Museo Militar, y empezado á trasladar á Toledo durante la reciente Dictadura. Más á la izquierda quedaban unos jardines y la puerta chica del Angel. Donde ahora el monumento del Dos de Mayo, el juego de pelota.

En el terreno que ocupa la Real Academia Española, abríase la plaza del Palacio. A la derecha, el monasterio de los Jerónimos, del cual resta la iglesia. El Museo de Reproducciones es el Casón mismo, el célebre salón de baile, cuyo techo pintó Jordán.

Frente por frente, en lo que antes era calle de Granada, veíase la plaza de la Pelota, allí donde ahora se ha colocado, restaurada, la puerta de piedra que data nada menos que del año 1690, cuando se propagaban los autos de fe. Más á la derecha estaban la parroquia del Retiro, destruída en 1870; la ermita de San Isidro y, posteriormente, el citado juego de pelota.

Otra parte primitiva del Retiro comprendía lo que ahora son calles de Juan de Mena, Montalbán, Valenzuela y Alfonso XI.

Desde la calle de Juan de Mena se levantaba el cuartel del Presidio, de Artillería ó del Pósito, derribado en 1870. Más á la izquierda, los Jardines de Apolo correspondían al actual Palacio de Comunicaciones, convertidos después en Jardines del Buen Retiro. Entre el cuartel y los jardines corría un arroyo llamado Río Chico. Parte arriba de los Jardines de Apolo, hacia la calle de Alcalá, alzábase el palacio de Portugallete, donde hoy el del marqués del Riscal. Contigua, haciendo esquina á la calle de Granada, hoy de Alfonso XII, se extendía la Huerta del Rey, y allí mismo estaban la ermita de San Juan y la puerta Verde.

Toda esta parte primitiva ha desaparecido totalmente, formándose el barrio aristocrático del Retiro, con protesta del vecindario cuando se trazaron las calles urbanas, y dejando aislada y cercada la magnífica posesión.

El Parque de Madrid tiene su entrada principal, salvando una amplia escalinata, por la calle de Alfonso XII, frente á la de la Lealtad, hoy día nombrada de Antonio Maura. Esta hermosísima puerta, á la que se llega por dos tramos de piedra de seis escalones cada uno, abiertos en forma de abanico y divididos en tres secciones, coincide aproximadamente con el centro de uno de los lados más largos del rectángulo cuya forma adopta el Parque, y así, pues, desde ella puede trazarse una línea que sirva de eje para dividir el recinto en cuatro partes, con el fin de puntualizar más fácilmente los lugares de ayer

en los de hoy, haciendo el recorrido sencillamente y de este modo:

Primera parte, á la izquierda: desde la citada puerta hasta el estanque, dando vuelta á éste y siguiendo hasta la verja de la calle de Alcalá, bajando á la plaza de la Independencia.

Segunda parte, á continuación de la anterior: desde el estanque hasta la Casa de Fieras y puerta de Hernani.

Tercera parte, á la derecha: desde la puerta principal hasta el Angel Caído y vuelta por el Palacio de Cristal, llegando al estanque.

Cuarta parte, á continuación de la anterior: desde el Angel Caído hasta la Casa de Fieras.

Entremos en la finca. Esta parte de la izquierda es la antigua Pajarera. El paseo principal es el de la Argentina, vulgarmente llamado de las Estatuas, por haber en él doce de las que se destinaron á adornar la fachada del Palacio Real y que fueron traídas aquí merced á la iniciativa de Argüelles y don Martín de los Heros.

A la izquierda queda la plaza del Pino. Más allá hay una fuente rústica.

Más á la izquierda cruza la avenida de Méjico, que sube desde la puerta de la Independencia hasta la plaza de Nicaragua. En este rincón estuvieron la ermita de la Magdalena y la casa de la Pajarera, derribada en 1869 para formar la plaza de la Independencia.

El paseo de la Argentina desemboca en el estanque mandado fabricar por Felipe II, en el año 1569, como obsequio á su cuarta esposa doña Ana de Austria. El embarcadero se puso primeramente al lado opuesto, luego en el frontero y después donde ahora.

A la diestra del Estanque se ve la plaza de Honduras. Un poco más allá, medio escondida, la fuente Egipcia, que el vulgo llama de la Tripona.

Todo este rincón es el antiguo Gallinero.

ANTONIO VELASCO ZAZO





Los pequeñuelos de la institución «Children's Aid and Adoption» mostrando su alegría después de haberles sido distribuidos huevos de Pascua.

PLACERES INFANTILES

Los muchachos tienen fácilmente motivos de alegría

DICHOSA edad la de los niños, tan fáciles al sentimiento como á la alegría, pero en que la alegría y el placer suelen vencer y dominar á la tristeza!

Tienen los niños una extraordinaria fuerza imaginativa, y ella les hace ver las cosas, no como son, sino como ellos las sueñan, con sueños que aún son perpetuamente de color de rosa.

Ignoran aún, naturalmente, el dolor moral, siempre el más cruel de los dolores, y sus penas son tan efímeras como sus causas motivadoras: no dejan huella y mal pueden matizar el alma con pesimismo que les amargue las horas felices.

El mundo les ofrece sólo horizontes risueños, y así encuentran fácilmente motivos de alegría.

Ved, por ejemplo,



La apertura de la temporada de «cricket» ha excitado el celo deportivo de los muchachos indígenas de la Ciudad del Cabo, que imitan en la calle los gestos deportivos

(Fot. Agencia Gráfica)

los niños acogidos en un asilo; privados del calor de hogar imposible de substituir por el celo de los cuidadores, con triste pasado, que les llevó al asilo y porvenir incierto; ignorando uno y otro, reciben con el máximo regocijo el menor obsequio con que protectores, generalmente desconocidos para ellos, les favorecen.

Una distribución de huevos de Pascua en un asilo inglés nos da ocasión de contemplar una fotografía en que apenas si hay un rostro que no se dilate en franca expresión de exaltado regocijo. ¿Qué importan el pasado ni el porvenir cuando el presente tiene la forma y la esencia de un huevo de sabroso chocolate que, además, encierra en su seno algo gratisimo?

Imaginar, para los pequeñuelos, suele ser en gran parte, inicial-

mente al menos, imitar. Los muchachos indígenas de la Ciudad del Cabo tienen en el comienzo de la temporada de *cricket* motivo bastante para imitar á los jugadores y sentirse luego perfectamente capaces de realizar las más extraordinarias proezas deportivas. El modelo se borra pronto, el recuerdo deja su lugar á la fantasía, y juegos muy remotamente parecidos á los partidos verdaderos, les parecen á los pequeñuelos que los fingien verdaderos finales de campeonato.

¿Por qué no, si apasionan á los pequeñeos, como verdaderas regatas, las caprichosas evoluciones de los *yachts* de juguete, en la gran fuente del Luxemburgo ó en más reducidos pilones de las fuentes londinenses?

Cierto que para conseguir que el diminuto barco llegue á su meta y llegue anticipándose á los contrarios, se necesita habilidad, y en tenerla, mediante un adiestramiento que es también un placer, está otra satisfacción y, por tanto, un inmenso placer. Un juego, pero que tiene en sí todas las fuerzas engendradoras de una intensa vida social.

Los niños que entran pronto en esa vida, mediante una prematura formación profesional, gozan y ríen; son felices cuando pueden asimilarse los sentimientos que habrán de ser fundamentales, cuando ellos sean hombres, en su existencia.

Ningún entusiasmo mayor en las grandes regatas inglesas, tan famosas siempre, que el de los muchachitos, futuros marineros, que hacen su aprendizaje en el *Stork*. Ellos aclaman con más calor y con más autoridad que nadie á los fuertes remeros, porque más que nadie pueden sentir y sienten lo que vale, lo que cuesta y lo que significa el esfuerzo del hombre en su lucha contra el mar, tan cruel y tan recia.

De ese modo van adquiriendo los muchachos el amor á la profesión, que, tomada primeramente como juego, amada después por los estímulos de esas competencias de adiestramiento



Los futuros marinos ingleses que hacen su aprendizaje en el «Stork», aplauden entusiasmados á los remeros de Oxford

y de energía que dan á la labor un tono afectivo siempre helénico, es, finalmente, algo tan propio y esencial del hombre, que constituye en él como una esencia fundamental.

Los psicólogos se han dado cuenta hace tiempo del valor psíquico del juego, y estilizan la observación del juego como medio de conocimiento del niño y, singularmente, de su carácter.

Se ha formulado acerca de ese valor, sobre todo para conocer la génesis de determinadas reacciones psíquicas (sobre todo desde que el profesor ginebrino formuló su pregunta: «¿Para qué sirve el juego?»), teorías muy diferentes y generalmente ingeniosas, que no hemos de señalar aquí, porque su nueva enumeración care-

cería de valor, y falta espacio para exponerlas como merecen. Por otra parte, interesan más las aplicaciones prácticas que de la observación de los juegos pueden sacarse.

Es éste un campo de estudio en que aun queda mucho por hacer, pero en el que hay ya trabajos muy interesantes.

En algún laboratorio belga se persigue actualmente una investigación encaminada á establecer una relación entre los diversos juegos y sus particularidades especiales en relación con la edad de los niños y, naturalmente, con la evolución de sus caracteres á lo largo de caminos diversos, determinado por la psicología propia de cada muchacho y por sus condiciones físicas también.

Como se ve, el estudio tiene un interés trascendental, y sería conveniente que fuera realizado en todos los países, puesto que hay diferencias étnicas que tienen, naturalmente, su valor.

De todos modos, lo conseguido ya demuestra que así como el personaje de Daudet decía: «La vida no es una novela», podría decirse: «El juego infantil es una cosa seria».

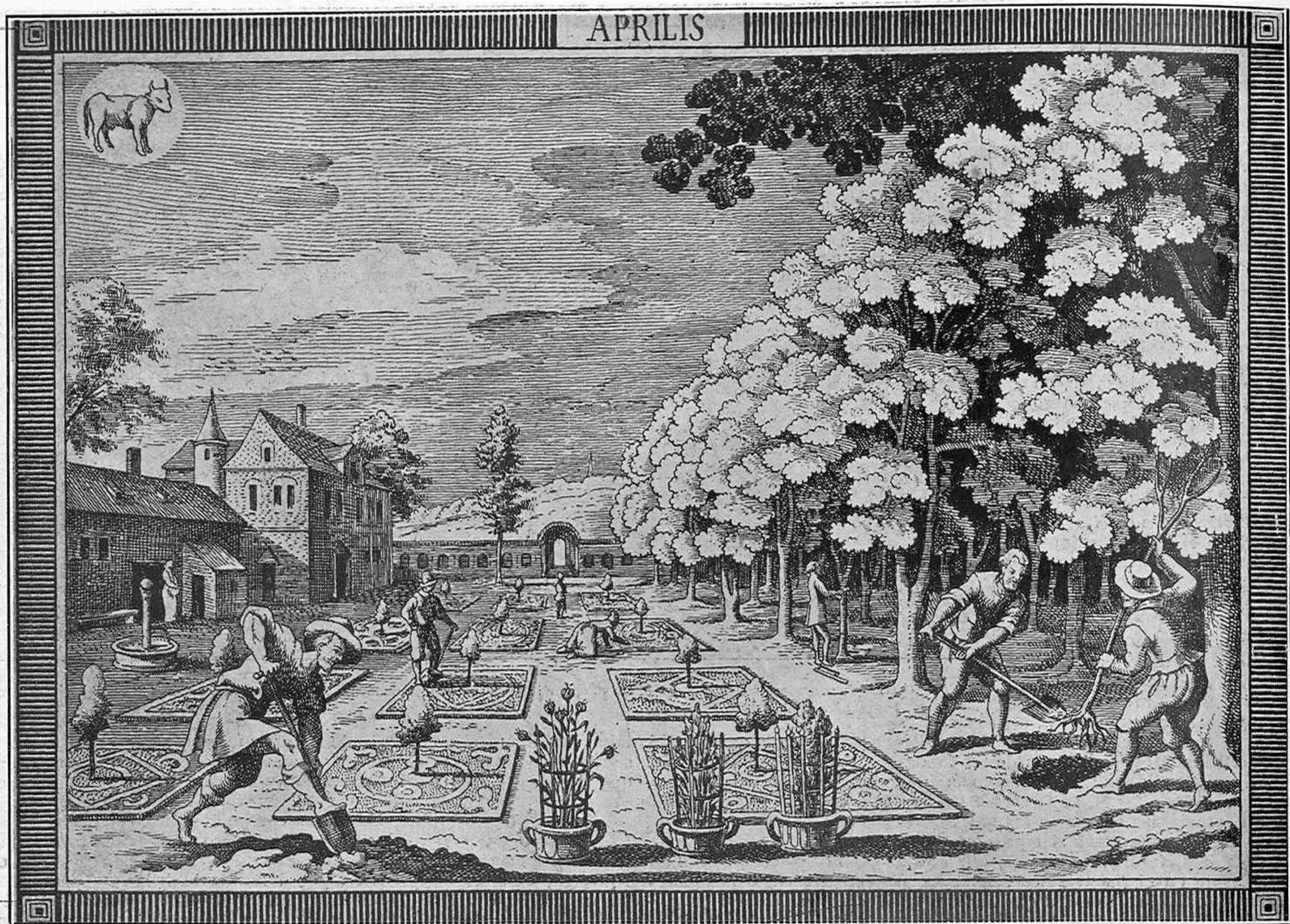
Para estudiar esos problemas, los investigadores belgas colocan ante el niño juguetes diversos y en condiciones de la más amplia libertad para usarlos, lo que permite conocer y valorar sus preferencias: ver cuál es el juguete preferido y durante cuánto tiempo, son ya dos datos fundamentales para conocer al niño; pero aun pueden obtenerse algunos más, y muy esenciales son también los que resultan del modo de manejar el juguete predilecto.

Se ha determinado ya etapas diversas, en que las fundamentales son la de destrucción y la de construcción; pero hay, además, otros muchos matices.

Cuanto contribuya á conocerlos y quizás lo más eficaz sea, en primer término al menos, la observación de los pequeñuelos por sus madres y esas observaciones contribuirán al mejor conocimiento de la psicología del niño.



En Londres, como en París, los muchachos son muy aficionados á lanzar sus diminutos «yachts» en fantásticas regatas



«Abril», grabado original de Aubert, de la serie los Doce meses de Mattheus Merian (siglo XVII)

P R I M A V E R A

Ya apunta la Primavera
en el huerto;
de blanca seda ha vestido
su desnudez el almendro,
y, en los arriates, la vida
da su jalerta! en los renuevos.

¡Madre, siento una alegría
aletear en el pecho...!
¡Mira, mira el cielo azul...!
¡Qué bonito está así el cielo,
sin una nube que empañe
su pureza, sin el ceño
con que nos miró este largo
crudo invierno!
Con su empavonada pluma

de acero,
ha suscrito su venida
en él, y está en nuestro alero,
cantando, una golondrina...

¡Madre, yo no sé qué siento!
Mi corazón quiere unirse
á ese glorioso concierto,
y de un no sé qué, de un algo
inconcreto,
impreciso, dulce y suave,
siente anhelos.
Una mariposa blanca
vuela, repartiendo besos
á unas rosas, que trasvieren
sus perfumes al sendero.

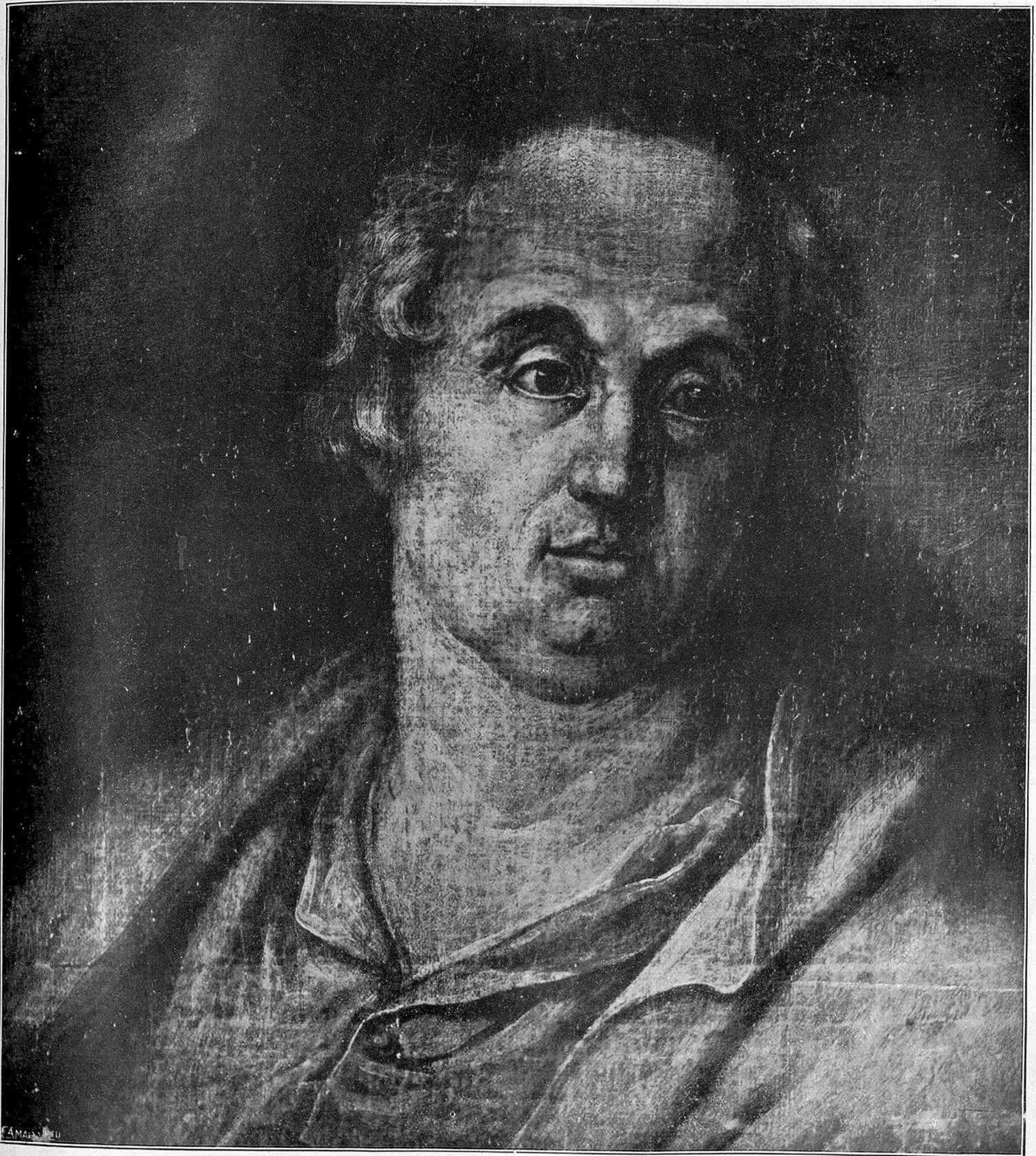
Silba un mirlo en su ocarina,
sentido andante abribeño.

El sol en el alto añil
ríe con risa de fuego.
En la brisa perfumada
flotan melodiosos ecos.
El airón del surtidor
—plata al sol— tiembla en el viento
como una llama encendida
por mil divinos deseos...

¡Madre, siento una alegría
aletear en el pecho...!

Julio GARCIA QUEVEDO

UN VERDADERO HALLAZGO RETRATO INÉDITO DE COLÓN



En la Exposición de Sevilla admirarán los artistas un magnífico retrato de Cristóbal Colón que tiene un doble interés: artístico por su indiscutible belleza é histórico porque se trata de una obra del siglo XVI, hecha directamente del natural y rigurosamente inédita. Representa á Colón en su vejez, y damos hoy las primicias de su reproducción gracias á la gentileza de su propietario, el ilustre poeta y colaborador constante de LA ESFERA, Goy de Silva, á quien agradecemos la merced (Fot. Moreno)

Elegancias



Vestido en seda estampada, sobre fondo «beige» claro

(Modelo Cecille Welly)



Vestido de «crêpe marocain» azul marino, combinado con «crêpe» satín estampado

(Modelo Cecille Welly)

Sombrero de «bangkok» negro, combinado con encaje de crin
(Modelo Hélène le Cop.—Fot. Henry Manuel)

Los vestidos de entretiempo para ir sin abrigo tienen dos aspectos distintos: uno, el de la mañana, que puede también aplicarse al deporte; y otro, el de la tarde, con carácter muy *habillé*. Para la mañana se emplea el *reps*, muy fino, y el *cheviote* con ó sin entramado, formando dibujos clásicos, como las telas inglesas destinadas á los hombres; los colores son más bien pastelizados en las gamas grises y marrón.

En los trajes para la tarde, las lanillas muy finas, los crespones de lana y demás derivados de ésta, pero en calidades consistentes, son los tejidos que mejor responden á las necesidades de la estación que transcurre.

Estos trajes de hechura sastre, de fantasía los más de ellos, á la par que resultan muy de vestir, tienen la cualidad inestimable de una gran sencillez.

Un detalle es más que suficiente para adornar estos vestidos y darles la apariencia de *habillé*, de que hemos hablado.



Vestido de corte de sastre en «reps» azul marino y blusa blanca de seda

(Modelo Cecille Welly)



Vestido en «crêpe georgette» color rosa pálido (Modelo Philippe et Gaston.—Fot. Manuel Frères)

CÁMARA-FIU

Las blusas, tan bonitas y tan femeninas, están cada día más de moda.

Los finos trabajos ejecutados á mano, los complicados cortes de volantes y cascadas de tela que cruzan en un sentido y otro el cuerpo en la parte de delante, los motivos de decoración cuando se trata de bordados planos ó en realce, hacen que la blusa sea de un exquisito gusto.

Hay prendas que nunca debieran desaparecer de la moda, y ésta es una de ellas; con ninguna otra está la mujer más seductora, pues nada habla tanto de feminidad como la ropa íntima. ¿Y no tiene la blusa un punto de contacto bien marcado con la lencería interior?

Esos encajes y tejidos que transparentan el cuerpo son un aliciente imponderable, un arma más que puede esgrimir la coquetería perenne de la mujer. La blusa puede también ser *seria*, honesta como la más austera prenda, bastando para ello con confeccionarla en un grueso crespón, y no adornarla sino con la misma tela.

ANGELITA NARDI



Vestido de corte de sastre en lanilla inglesa moteada

La capa flotante hasta la cintura, el cuello *écharpe* de piel, anudado en el hombro y cortado en forma de pico en la parte de detrás del cuello; la lencería finísima, en crespón ó encaje, que asoma por la pechera y puños del cuerpecillo, levemente ceñido en el busto; el volante en diagonal, cruzándolo desde el descote hasta el talle en su sitio normal...; tales son los detalles, que constituyen luego un conjunto bellísimo.

•••••

Las capas son *leitmotiv* de la Primavera y del verano.

Raro es el modelo que no va acompañado de una graciosa capa susceptible de poner y quitar, según lo cálido del ambiente.

Los vestidos de muselinas estampadas van rematados por una capa de la misma tela, bien larga, hasta el borde mismo de la falda, hasta las caderas ó el talle, ó bien muy corta, como esclavina.

Estas capas de muselinas no van forradas, porque esto sería restarles la vaporosidad, que es uno de sus principales atractivos.

Las capas, en general, dan á los nuevos trajes un interés máximo. Ellas armonizan perfectamente con las faldas largas y los talles altos y ceñidos.

Algunos abrigos de verano también adoptan la capa *assortie* ó la esclavina. Hay modelos muy bonitos, sobre todo uno de Premet, en *tweed* de seda y lana muy fina, de forma *neuf-dixièmes*.



Casa de Beethoven, en el barrio Heiligenstadt, de Viena

RECORDANDO AL MAS ILUSTRE MÚSICO

LUDWIG VAN BEETHOVEN

EL día 26 de Marzo se celebró en toda Alemania el 103 aniversario de la muerte de un gran artista, en cuya labor se ha inspirado la historia musical de un pueblo. Se trata de Ludwigs van Beethoven, nacido en Bonn el 16 de Septiembre de 1770 y muerto el 26 de Marzo de 1827.

Igualmente, Viena rinde este día un tributo de admiración á quien por espacio de casi toda su vida honró con su estancia y producciones la fibra musical de otro pueblo que ha seguido, igual que sus convecinos los alemanes, la escuela que aquel insigne compositor dejara trazada en su pentágono, como musicalidad eterna.

No nos proponemos reseñar la vida del gran músico, y el sinnúmero de composiciones producidas por aquel, hartamente conocidas una y otras.

Es justo, sin embargo, recordar ese día para quien manifestó que «la música debe hacer resplandecer el fuego en el alma de los hombres». Estos, por la acción de los años transcurridos, han socavado el concepto del valor é inteligencia musicales de aquel artista rindiendo un fervor apasionante á sus ideas, como movimiento que sabe adaptar y organizar la conducta y experiencia de una modalidad musical.

Tenía que ser Beethoven, necesariamente, un gran músico. Desde la edad de cuatro años permanecía por espacio de seis horas diarias frente á un clave, encerrado en una habitación por orden de su padre, tenor de ópera muy mediano, en cuyos estudios alternaba otras veces con un violín. Ordinariamente el pequeñuelo terminaba con lágrimas en los ojos, que para nada inquietaban á su padre, cuyo corazón de piedra para toda clase de sentimientos, se rendía únicamente ante el alcohol del que era amigo inseparable.

Alternó Beethoven por primera vez en una orquesta de teatro cuando sólo contaba once años de edad, y dos años más tarde, su

nueva misión tuvo fuerza ejecutiva como organista. Huérfano de madre á los diez y siete años, y por el abandono que de él hizo su padre, comenzó para él el turbión de la vida que obscurecía la formación de la que creara su adversario de la sociedad. El solitarismo que le rodeaba no amedrantó su espíritu brillante, y en 1796 musicó dos poesías bélicas, después de haber verificado su debut como pianista en un concierto público, en un teatro vienés, el año anterior, á cuya ciudad fué á instalarse.

Aquella vida que él había sabido empezar á organizarse, se transforma por el fermento de una manifestación que cambia su equilibrio, haciéndole sufrir espiritual y materialmente. Ante ella pone todo el fuego de la acción de su voluntad, que poco á poco es la corriente destructora que extravía la función de sus fuerzas, y le sumerge en una preocupación y aislamiento de sus amigos, ante los cuales trataba de disimular el defecto que de él se apoderó hasta su muerte.

Un catarro que contrajo en la trompa de Eustaquio en 1797, empieza á adquirir más desarrollo en 1799, convirtiéndose en otitis medio aguda, que hizo aumentar considerablemente su sordera, que á nadie comunicó particularmente, excepción hecha de sus íntimos amigos Wegeler y Amenda, á los que escribió en 1801, manifestándoles que el secreto era sólo suyo.

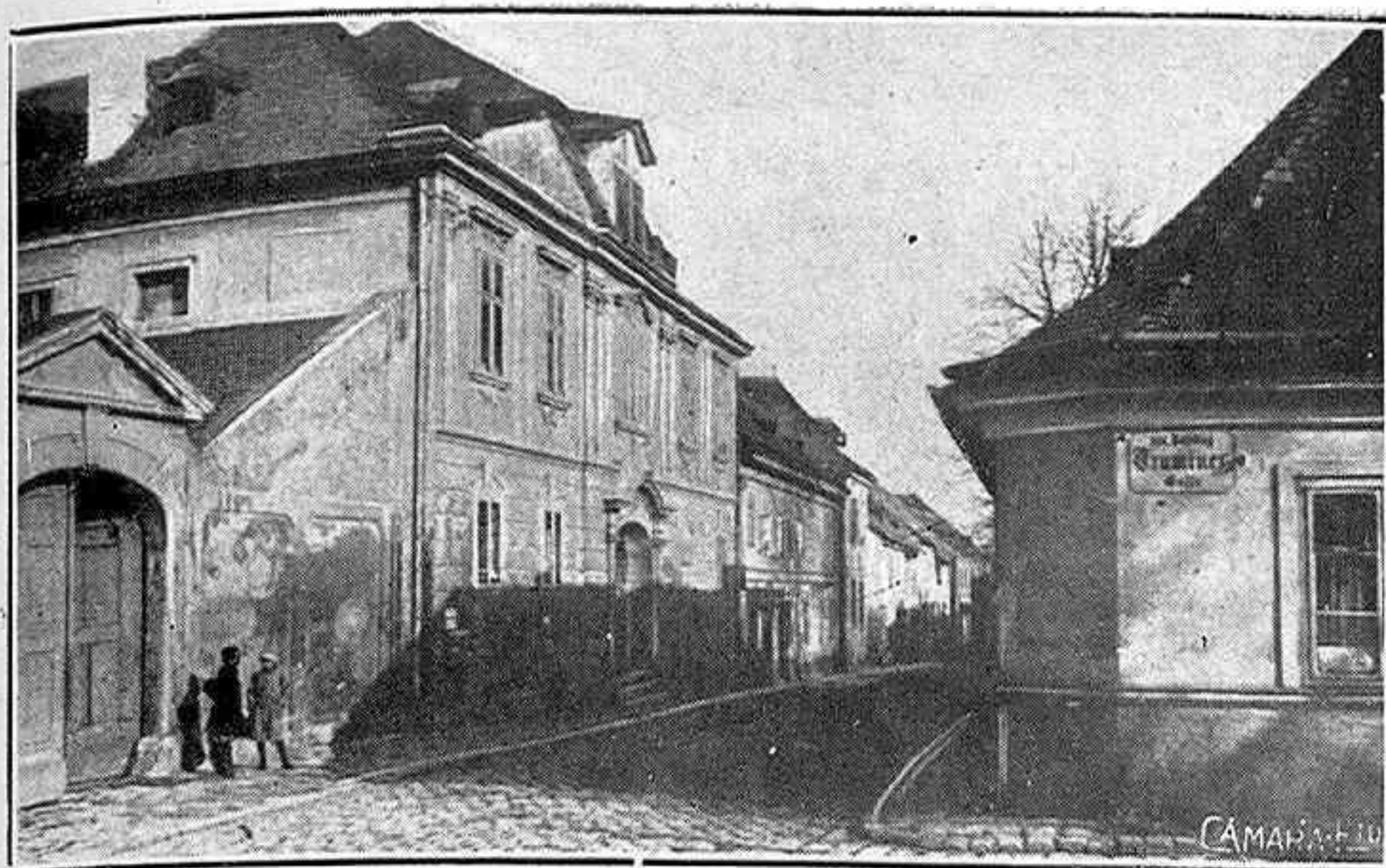
A juicio del doctor Klotz, que le asistía, la sordera de Beethoven la achacó en 1805 á la tuberculosis hereditaria que padecía su madre.

Tenía Beethoven la facultad de percibir mejor los ruidos y notas bajas que las altas. Existía en aquella época, afortunadamente para él y para el arte musical, un profesor llamado Maelzel, quien construyó unos aparatos especiales de acústica que se aplicaba el maestro, cuyos instrumentos se guardan como reliquias en el museo de Beethoven de Bonn.

Existía en aquella época, afortunadamente para él y para el arte musical, un profesor llamado Maelzel, quien construyó unos aparatos especiales de acústica que se aplicaba el maestro, cuyos instrumentos se guardan como reliquias en el museo de Beethoven de Bonn.



Estatua de Beethoven, en Viena



Casa en la que vivió el artista, en Nursdorf, cerca de Viena



Casa de Beethoven, en Modling

El pesar que en sus facultades produce aquel defecto y su dolor, lo expresa en la *Sonata patética* (op. 13-1799); pero sobre todo lleva su sufrimiento á reflejarse emotivamente en el *Largo* de la *Tercera sonata* (op. 10-1798). Su espíritu, consciente de la obra que realiza, es atraído por las notas musicales para las que vive, y en las que pone toda su prodigiosa inspiración, con tesón y voluntad férreas, como si con aquellas buscara una cooperación de su sufrimiento.

No habría de faltar en su vida la página amorosa de todo artista. Conoce en 1800 á Giulietta Guicciardi, é inspirándose en la pasión que despierta en sus sentidos, que fué para él como una hipnotización espiritual, compone, pensando en aquella mujer, la sonata *Claro de luna* (op. 27), que á ella va ofrendada como admiración de su diabólica belleza. Es incomprendida la ternura del artista enamorado.

El egoísmo insaciable de Giulietta va aparejado con la coquetería que en ella tienen una maravillosa capacidad, y desdeñando el amor sencillo de Beethoven, lo reemplaza con el del conde Gallenberg, para más tarde contraer matrimonio con éste.

El sufrimiento y las emociones de su corazón de ilusionaron al maestro, sumiéndole en una recóndita tristeza, hasta el punto que redactó por aquella fecha (1803) su testamento, obligado por los deseos que abrigaba de suicidarse.

Pudo más que aquella voluntad el recuerdo que ocupaba en su pensamiento un sobrino de Beethoven, por el que el maestro sentía admiración y del que se había erigido en tutor suyo por carecer de familiares y que, de poner fin á su vida, se encontraría desamparado.

Este amor abrió sus puertas hacia un mundo desconocido hasta entonces para el artista, centralizando su nueva sensibilidad en aquel ser para quien vivía y trabajaba, como hijo propio.

Da su último concierto como pianista en Viena en el año 1814, y empieza para él un nuevo sufrimiento. La afección del oído va aumentando hasta el punto de que se traduce en sordera total un año después. Se deprime su ánimo, y así le vemos reír con risa violenta, rápida, en la que refleja, junto con su mirada penetrante y fuerte, salida de aquellos ojos azul-gris, que se dilataban ante sus órbitas, el recuerdo constante de su sufrimiento, el que le obligaba á rehuir el contacto con sus amigos y admiradores, quienes para comunicarse con él tienen que utilizar la escritura, para de esa forma conocer su pensamiento.

Nuevas dolencias vienen á aumentar en 1820 la agitación en que ya estaba ofuscado el maestro. Empiezan á manifestarse en su naturaleza el reuma, y poco después la conjuntivitis. Unidas éstas á la sordera y miopía que eternamente padeció, proyectan en el músico una mayor resignación para afrontar el futuro.

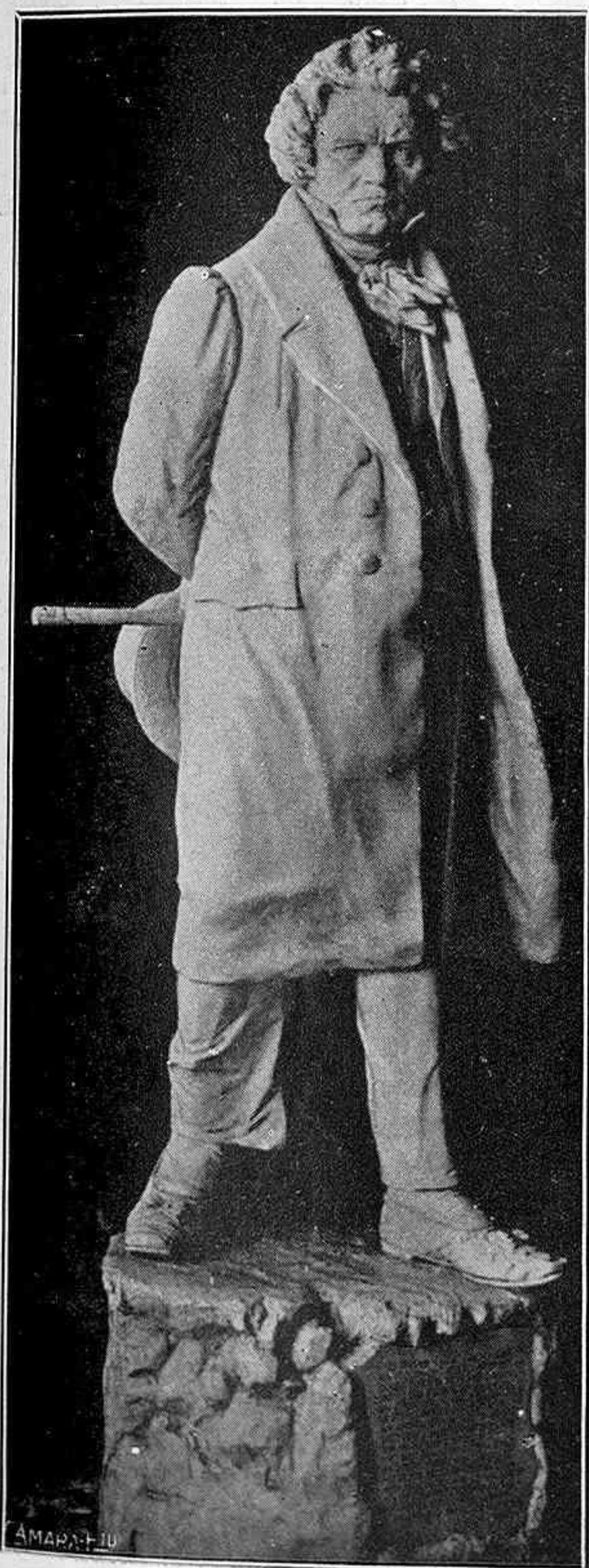
Su producción, que

fué muy extensa, no le suministró, sin embargo, ingresos proporcionados. Sus incomparables *Sinfonías* que le ocupaban, ordinariamente algo más de dos meses de trabajo cada una, eran compradas por cuarenta ducados. Los escasos provechos que su labor le reintegraba, juntamente con las dolencias que sufría, y la vida de completo desorden que durante su estancia en Viena, por espacio de treinta años, verificó, hicieron que muriese pobre. Hay en su vida artística un gran triunfo como compositor. Lo alcanzó en el Teatro Imperial de Viena la noche del 7 de Mayo de 1824. Se ejecutaron su *Novena Sinfonía* y su *Misa en re*, cuyo estreno tuvo lugar en aquella velada. Las ovaciones de que fué objeto el maestro no se recuerdan iguales, como tributadas á ningún compositor en el mencionado teatro.

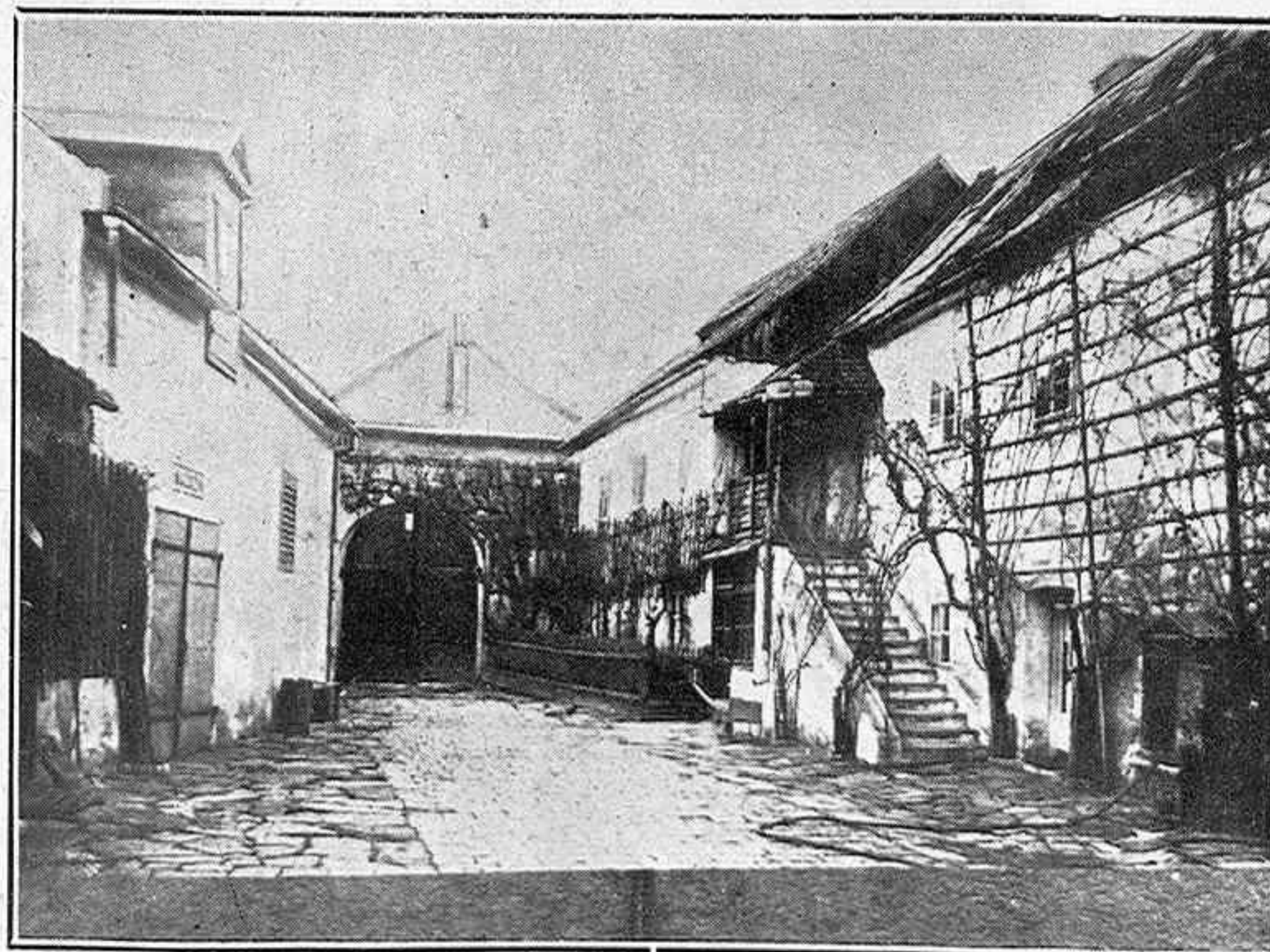
Surgió un retroceso, tanto en su carrera musical como en su individualismo. Al desarrollo de la otitis fué necesaria la intervención quirúrgica durante cuatro veces, y hallándose Beethoven ya sin recursos, se dirigió á la Sociedad Filarmónica de Londres, en 18 de Marzo de 1826, exponiendo la situación precaria en que se hallaba, la cual Sociedad hizo un envío de 100 libras esterlinas al inolvidable músico.

Una quinta operación en el oído fué para él el invierno de su vida. El gran músico, sin embargo, esperó con resignación el efecto que hicieran, juntamente en su naturaleza, la sordera, el reuma y la conjuntivitis; dolencias que aun le hacían recordar á aquel historiador y gran moralista griego Putarco, como alivio á los padecimientos que sufrió un hombre, cuyas últimas palabras que pronunció al morir fueron: «He aquí el final de la comedia de mi vida».

RAMON PARRONDO



Estadua de Beethoven, en Viena



Casa donde falleció el gran músico, llamada «Casa sagrada», en Heiligenstadt

OTRA ESTAFA QUE SE HACE CLASICA

MUCHOS MILLARES DE CUADROS APÓCRIFOS

Hemos hablado tantas veces de la provechosa «industria» que explota la tontería humana de los seudoamadores del arte, falsificando obras maestras, que podemos ahora prescindir del comentario que, una vez más, sugiere el descubrimiento de una amplia falsificación, de una verdadera fábrica de «falsos», que tenían fundada y funcionando á todo vapor un copista de talento, M. Cazot, y un nieto del gran pintor, autor del cuadro famoso *El Angelus*, Millet.

La empresa funcionaba con inmejorable éxito: el nombre de Millet niéto era una garantía para los grandes compradores, y el arte de Cazot, suficiente para que la mercancía fuese susceptible de llevar el pabellón que la avaloraba, y así habían logrado vender millones de cuadros—según se dice, aunque parezca exagerado—, que ahora decoran grandes galerías europeas y americanas, y aun alguna de Museo Nacional, lo que aún resulta más deshonroso para los expertos.

El negocio ha quebrado porque alguien ha hecho intervenir en él á la Justicia: vender cuadros falsificados es una estafa, según la ley, y lo será seguramente á juicio de M. Millon, juez instructor de Melun, que habrá de resolver en primera instancia; pero realmente no es una estafa que indigna demasiado á las gentes. En definitiva, Cazot, que era primitivamen-



Un falso Millet fabricado por Cazot y vendido por J. C. Millet en más de 300.000 francos

te *son metier* pintor de puertas, podría creerse estafado también cuando cobraba por «sus obras menores», de mera decoración elemental, precios irrisorios, mientras su pintura, decorada con una firma ilustre, la de Millet ó la de Claude Monet, por ejemplo, alcanzaba precios infinitamente más remuneradores.

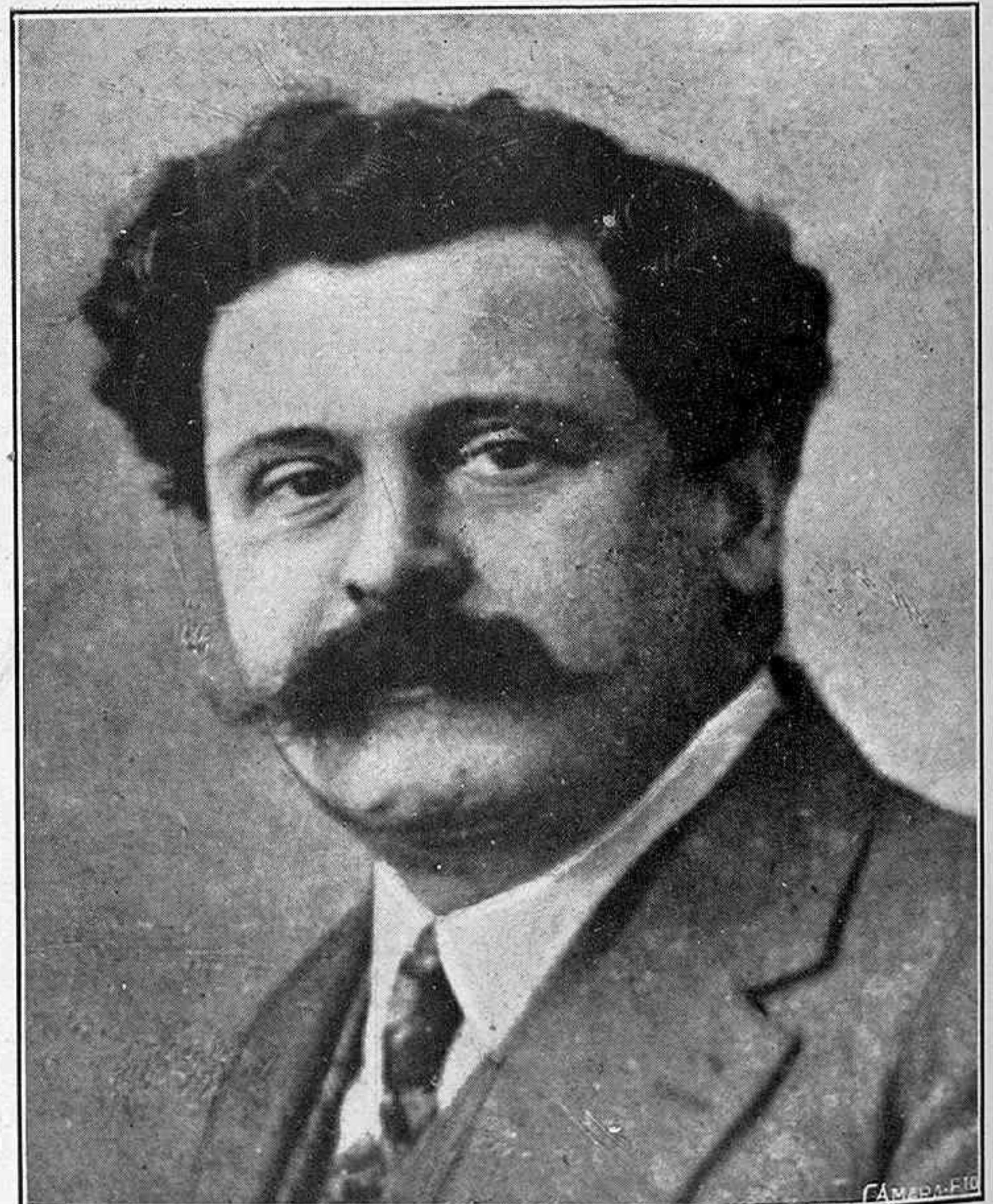
En definitiva, parece que el comprador de una obra de arte es la obra y no la firma lo que compra; pero eso, por lo visto, es mera apariencia; lo que se compra es la firma y no el cuadro, y así se paga por un Cazot lo que se pagaría por un Millet; cierto que además de la firma y del lienzo, que algún valor material tendrá, se paga el derecho á quedarse boquiabierto de estupefacción ante la imaginaria maravilla y la envidia de los papanatas que creen las atribuciones de los catálogos, y por ellas juzgan del valor de las obras.

Para los pintores bohemios, los *rapins* de la *Foire aux croules*, Millet y Cazot tal vez aparezcan como dos vengadores: el burgués que compra un cuadro por la firma, y no por el cuadro en sí, debe parecerles el ser más despreciable de la Tierra, y el que le daña en su dinero, que es incapaz de emplear bien, y en su vanidad, le parecerá un ser digno de encomio.

Y en el fondo, ¿quién tendrá razón?

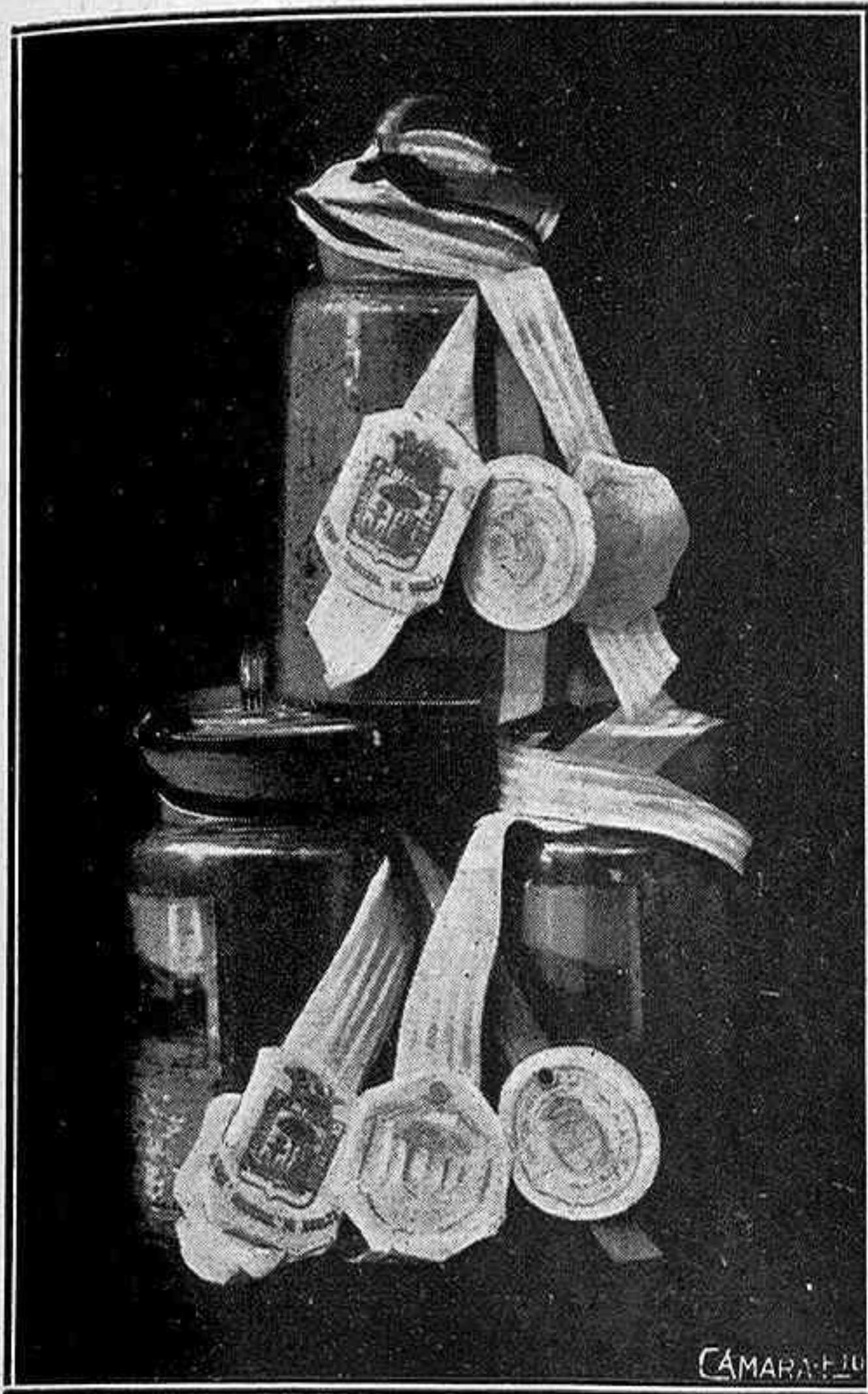


Millet, nieto, agente mercantil de Cazot



Cazot, el socio industrial de la gran estafa

Tierra de España



El suceso merece comentarse y difundirse por su significación y originalidad, y es lástima que no se haya realizado en cualquiera de las Fiestas de la Raza, en las que habría destacado sobre los usuales y retóricos tópicos que las constituyen.

Conocida es la Sociedad Colombina Onubense, de Huelva, que gracias al entusiasmo y a la tenacidad de su fundador, el docto humanista y catedrático don José Marchena Colombo, mantiene viva la memoria de Colón en el humilde y lejano convento de la Rábida, costero al mar.

Aquél fué el primer escalón de esperanza en que puso el pie el que traía en su cabeza unos pensamientos gigantescos que nadie entendía ó á los que nadie prestaba acogimiento, hasta que supo de ellos una parda cogulla, en la que se albergaban, con la fe mística, un cerebro y un corazón. Sabido es que el gran navegante, acompañado de su hijo, el niño Diego, pidió asilo, que se le otorgó de buen grado, en el monasterio y expuso en una de sus celdas sus proyectos y propósitos, que con la misma simpática benevolencia se escucharon.

Esa tierra acogedora que pisó Colón la han pisado después miles de visitantes, sin que á nadie, hasta ahora, se le haya ocurrido rendirla el acatamiento que se merece. Por fin ha sucedido la elocuente apoteosis. Ante notario, extendiéndose la correspondiente acta, ha cogido el ferviente apologista de la Rábida, Marchena Colombo, tres puñados de tierra: uno, del lugar en que el errabundo y soñador descubridor de nuevas tierras descansó con su hijo, al llegar al convento; otro, de su suelo interior, y otro, de su sala de capítulos de la Colombina. Depositadas estas tres porciones en botes de cristal, se han enviado al ciudadano uruguayo don Ignacio Arcos Ferrand, á esta sazón en Barcelona, que los portará á su patria, con destino á la Escuela Nueva España, al Museo Histórico y á la Asociación Patriótica. Llevará también dicho señor un sillar del mismo edificio, encontrado al restaurarse, para la Comisión nacional del centenario del Uruguay.

¡Tierra bendita, que va á repetir una vez más, con sus granos simbólicos, cuál fué el país que supo tender la mano al inmortal navegante!

A. P. N.



PROVEEDORA
DE
SS. MM. Y AA. RR.

CARMEN DE PABLO

MODAS

MADRID

ALFONSO XII, 18

Teléfono 16954

LEA USTED LOS DOMINGOS

crónica

24 páginas

20 céntimos

Libros nuevos

Justa y Rufina, por J. F. Muñoz y Pabón. Novela publicada en la colección *La Novela Rosa*.

Justa y Rufina es, como todas las del esclarecido novelista, una belleza, un encanto de novela, cuya acción tiene lugar en un villorrio andaluz pleno de sol, de flores y alegría, marco luminoso que hace destacar con los relieves de la realidad un tremebundo drama en el que fenecen almas, ilusiones y amores.

—*Las veleidades de Consuelo*, por Carmela Eulate.—Novela publicada en la colección *La Novela Rosa* con el número 151.

La celebrada autora de «Teresa y María», de «Los amores de Chopín» y de otras obras de amena erudición, ha tenido uno de sus momentos

De un concurso de carteles



Cartel original de Penagos, que ha obtenido el primer premio en el concurso organizado en Madrid por el importante diario de Valladolid «El Norte de Castilla»

NUEVOS NÚMEROS DE LOS
TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA

50.009 * 51.017

literarios más felices al concebir «Las veleidades de Consuelo», perfecta evocación de la vida en una capital de provincia española.

—*Un disparo al infinito*, por Otto W. Gail.—Publicado en la colección Aventura.

Como el título indica, se trata de intentar un viaje desde la Tierra á la Luna, el primer viaje interplanetario realizado por los humanos. (Apresurémonos á hacer constar que esta obra nada tiene de común, ni por su acción ni por el modo de llevar á cabo la insólita hazaña, con la tan conocida de Julio Verne sobre el mismo asunto.)

Es ésta una obra que llamará poderosamente la atención, tanto de los que sólo buscan en los libros el mero pasatiempo, como de los que anteponen lo didáctico á lo recreativo.

¡¡ ASTURIANOS DE TODO EL MUNDO !!

Suscribirse á la gran revista mensual asturiana

NORTE

Que publica todos los meses más de cien páginas brillantemente escritas y lujosamente editadas
¡10 pesetas al año en toda España! - Extranjero: 15 pesetas

Dirección y Administración: General Pardiñas, 17.—MADRID

COMPRE USTED HOY SABADO

LA NOCHE DE SAN JUAN

NÚMERO SEGUNDO DE

LA NOVELA POLITICA

Evocación novelesca, admirablemente hecha por Angel Lázaro, de aquel famoso complot revolucionario, que estuvo á punto de derribar la Dictadura. Los ambientes en que se fraguó el complot. Datos interesantísimos y desconocidos de aquellas emocionantes jornadas. Tipos — escritores, militares, actores... — arrancados á la realidad. Escenas auténticas, vividas por sus protagonistas y ciertamente evocadas ahora en este bello relato. Todo ello á través de una acción, intensamente novelesca, en la que destaca el tipo de una mujer extraordinaria, toda rebeldía, pasión y feminidad. A

La noche de San Juan seguirán, entre otros números igualmente interesantes,

La sublevación del cuartel del Carmen Relato veraz de uno de los más dramáticos episodios de la España actual. Uras horas de gobierno soviético en Zaragoza. Páginas en que la verdad desnuda de aquellos sucesos aparece con todo su horror trágico, con toda su dolorosa intensidad.

El Empecinado La vida heroica y la muerte infame de Juan Martín Díaz, de esta gran figura española, caudillo y mártir de la Libertad.

Riego La emoción novelesca y trágica de la vida y la muerte de este caudillo de la Libertad. Su pronunciamiento á favor de la Constitución. Su triunfo. Sus luchas. El horrible cuadro de su ejecución.

Coleccione usted
los interesantísimos episodios de

LA NOVELA POLITICA

30 cts. ejemplar en toda España

Pedidos á
Prensa Gráfica.
Apartado 571
::: Madrid :::